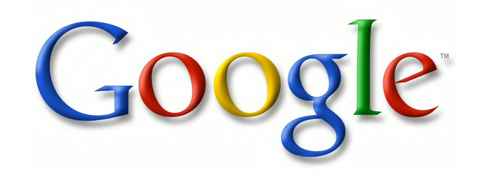
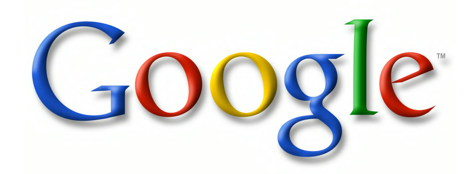
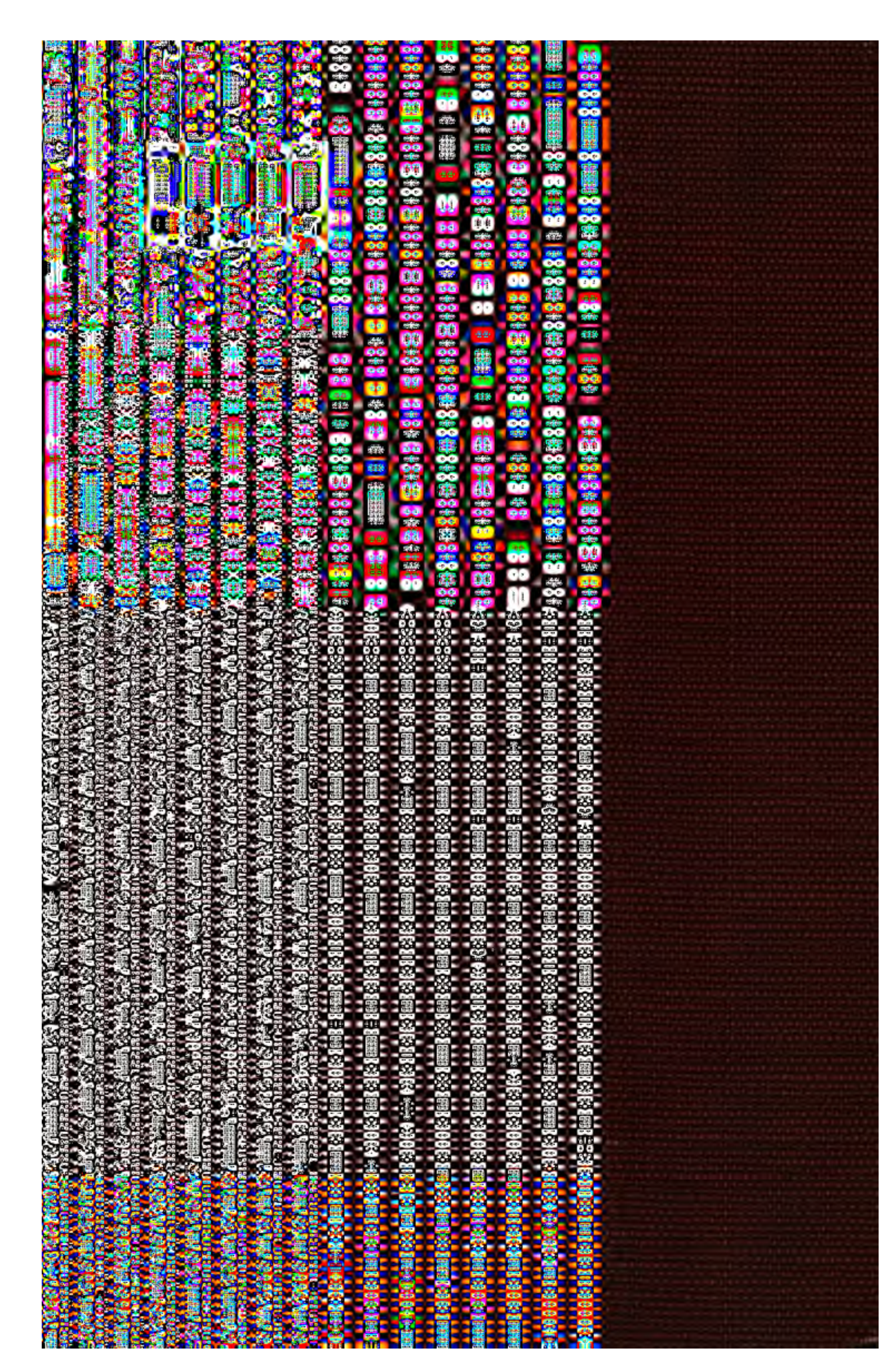
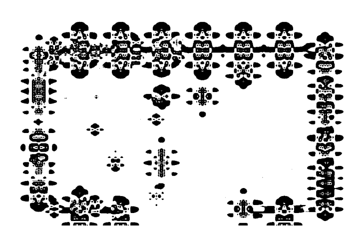
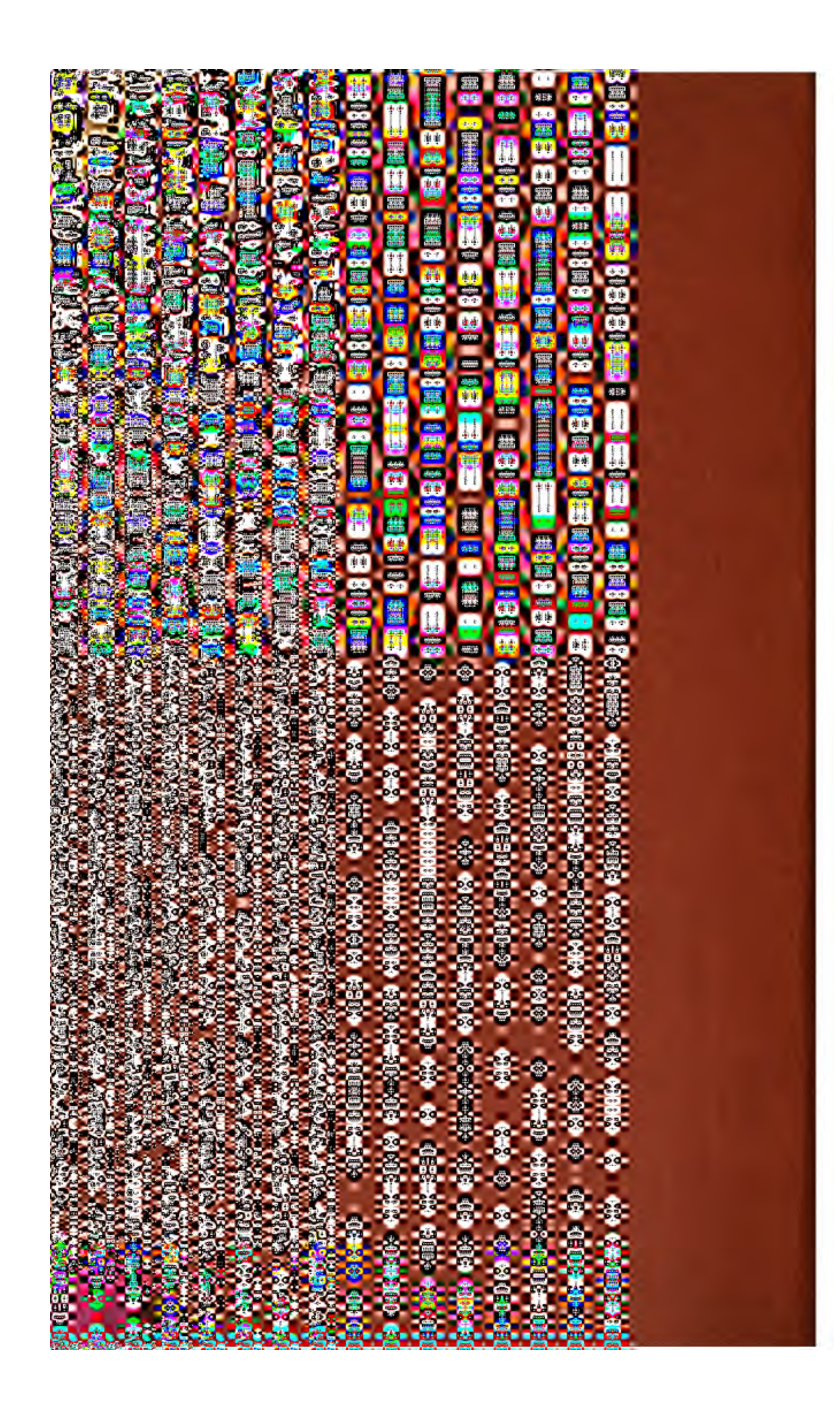














CARLOS PEÑARANDA

MÁS PROSA

ARTÍCULOS LITERARIOS, CRÍTICOS Y BIOGRÁFICOS

(MANILA 1895-1897)



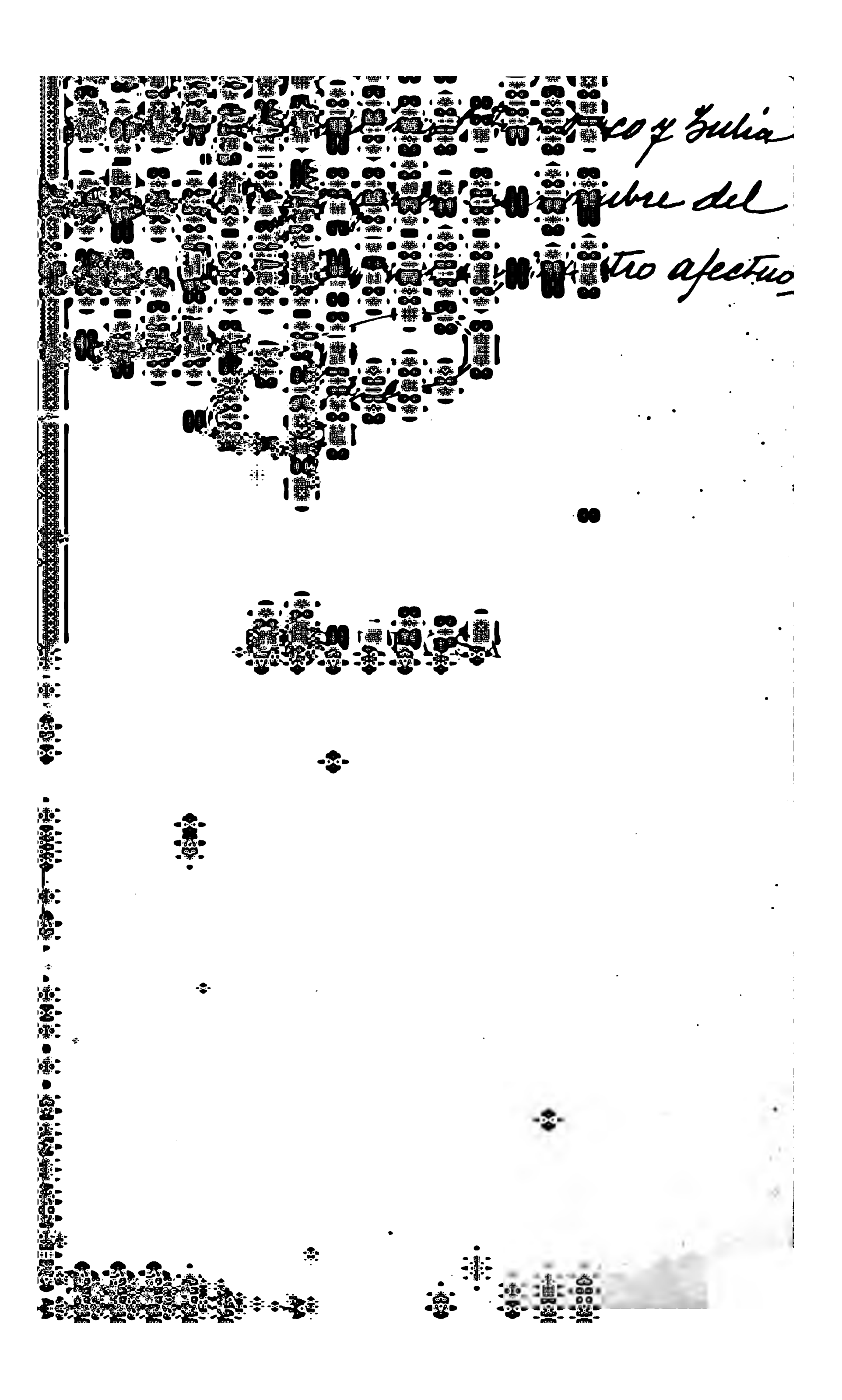
MANILA

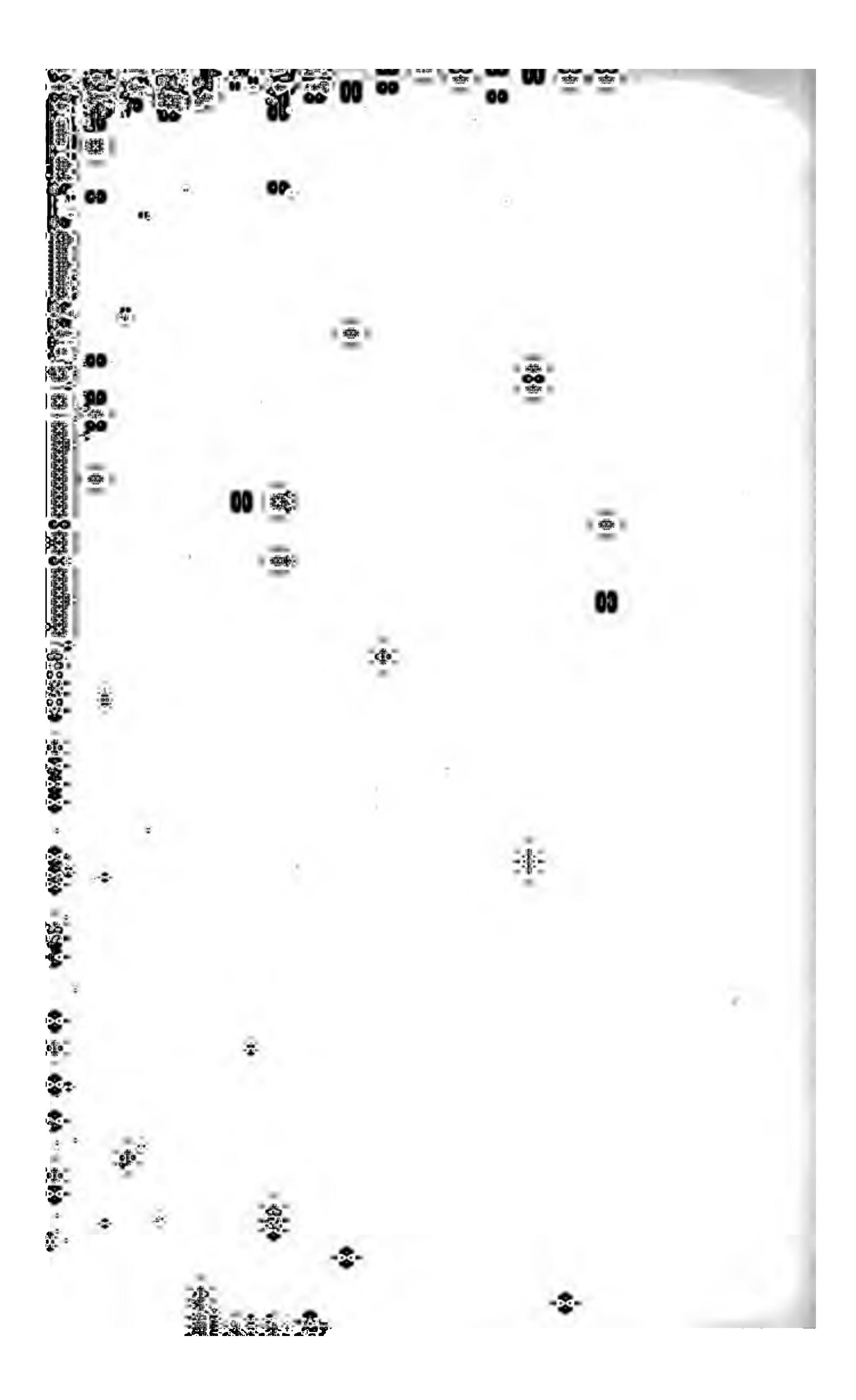
IMPRENTA LITOGRAFIA PARTIER

Plaza Sta. Ana núm.s 4 y 6

1898

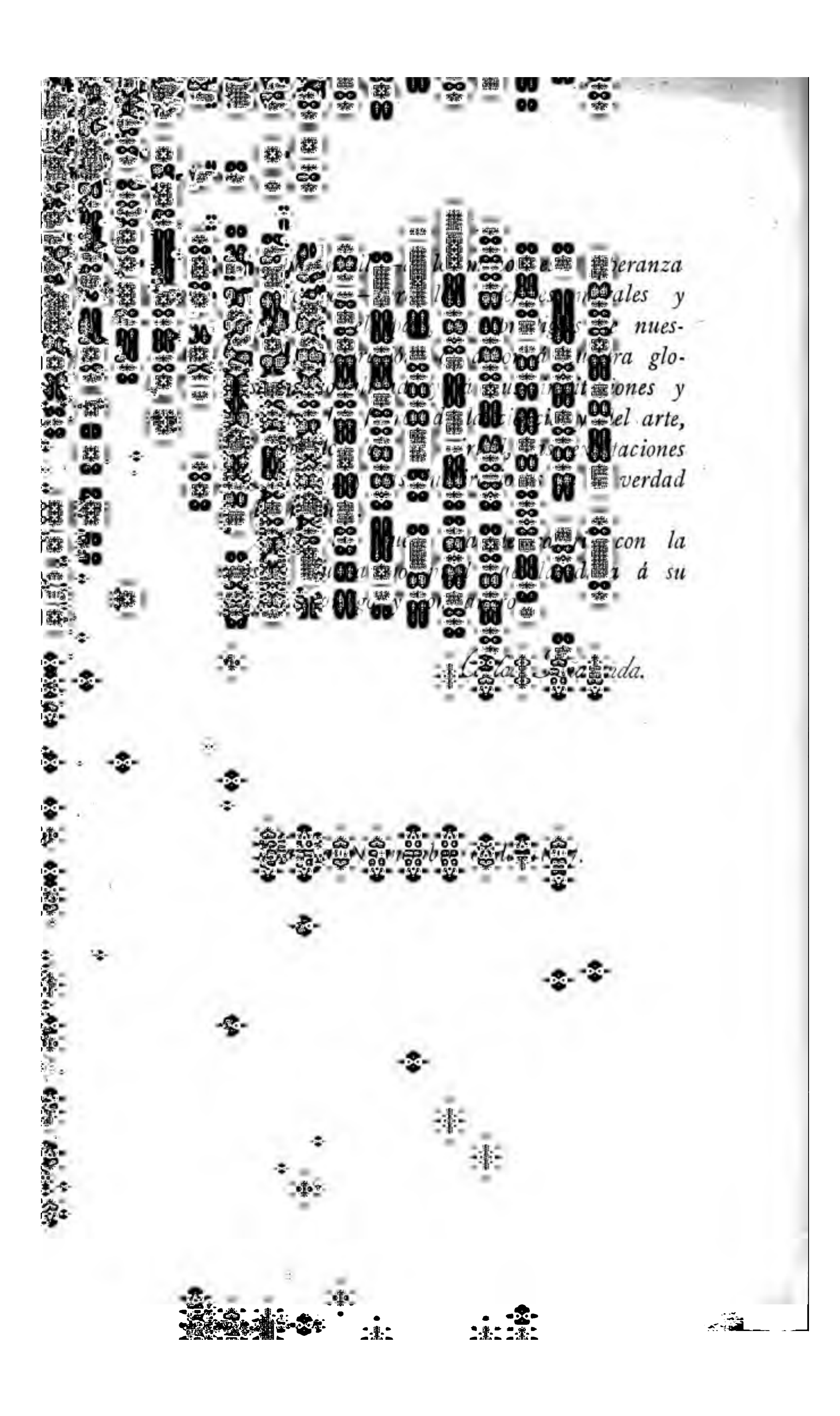



co y Julia
ubre del
tro afectuo



Sr. D. José de Loyzaga y Ageo

Mi querido amigo y compañero: Dedicar á V. este libro reviste, para mí, carácter de obligación, tanto más grata cuanto que á ella se asocia mi deseo. V., suponiéndome fuerzas que no tengo, me hizo salir de retraimiento voluntario, honrándome con el encargo de la sección editorial del acreditado periódico El Comercio, *que con tanto acierto como levantadas miras dirige, y á esa amistosa deferencia de V., que ninguna otra condición justifica, débense estos artículos, que así como los reunidos y publicados con el título de* Por la Pátria, *forman la menor parte, aunque la más apropiada para coleccionarse, de esta labor, que ya se extiende á cerca de tres años, y que, bien se considere deficiente por modesta, ó, por lejana, desvanecida, aquí donde las tareas de este género suelen obtener correspondencias de desdén y premios de olvido, tal vez no resulte*



[illegible] peranza [illegible] ales y [illegible] nues- [illegible] ra glo- [illegible] ones y [illegible] del arte, [illegible] taciones [illegible] verdad [illegible].

[illegible] con la [illegible] á su [illegible] ro.

[illegible] da.

[illegible] Noviembre [illegible]

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Presentimientos, ensayos poéticos.
Notas de una lira, poesías.
Indecisiones, poesías y cantares.
Brisas de otoño, rimas.
Cantos del pueblo.
Odas, poesías varias.
El obrero de Maguncia, drama.
Cartas puertorriqueñas.
Nuevas poesías.
Artículos varios.
La conversión de un *Zegrí*, leyenda.
Prosa.
Poesías selectas.
Por la Pátria.
Más prosa.

TERMINADAS

El tirano de sí mismo, drama.
Memoria oficial de la provincia de Pangasinán (1891).

EN PREPARACIÓN

Filipinas por dentro.
Cuentos y artículos.
Cuentos y epigramas.



[illegible] los
[illegible] Cris-
[illegible] salvó,
[illegible] mano;
[illegible] erena
[illegible] y de
[illegible] en-
[illegible] anto,
[illegible] veni-
[illegible] histo-
[illegible] lec-
[illegible] ustre
[illegible] en-
[illegible] ento,
[illegible] alma
[illegible] oscuros
[illegible] rte, y
[illegible] con
[illegible] con
[illegible] través
[illegible] antici-
[illegible] a me-
[illegible] en su
[illegible] Bon-
[illegible] tuyen
[illegible] ica y
[illegible] s pá-
[illegible] aca-
[illegible] ecirlo
[illegible] se la
[illegible] con-
[illegible] endo,

precipitada, desde el monte Aventino, la civilización pagana, soberbia y deicida, para ascender triunfante, transfigurada, redimida y cristiana, al monte Calvario; óyese el clamoreo salvaje del romano circo, y el rugir del ébrio populacho y de las fieras hambrientas, uno y otras asombrados. y sobrecogidos ante el valor y la firmeza de los humildes mártires, *ricos en virtudes, dominadores entre las potestades, anunciadores entre los profetas, fuertes en la lucha, despreciadores de la vida, y triunfadores de la muerte*, en tan prodigioso número, con tan robusta fé, que entre todos han alzado con sus nombres gloriosos y los sagrados efluvios de su sangre preciosa, una cruz redentora en el planeta, tan grande y tan alta que bien puede ampararse el género humano bajo la sombra de sus brazos.

Todas las idolatrías se parecen: nunca se aplicará esta verdad con más acierto que refiriéndose á las numerosas religiones de la China, que, como antes se ha dicho, explica el P. Arias con tanta lucidez en su excelente libro: prescindiendo de los sistemas filosóficos y morales, más ó menos completos, de Lao-tse y Confucio, mortales elevados á la categoría de divinidades por la superstición del vulgo, y del budismo, tan extendido por la India, puede decirse que lo demás se reduce á ritos y prácticas extravagantes y groseros, de

los dignatarios del Estado y del pueblo, siendo los más extendidos por el imperio los relativos á los antepasados, esto es, las famosas tablillas ó el culto de los muertos, pero sin concepto de alma ni de inmortalidad: la humanidad en perpétua adoración de sí misma.

Los ídolos abundan: lo son el sol y la luna, los manes de los emperadores, la diosa de la seda, las montañas sagradas, los cuatro ríos; como en Egipto, Ammon dios de las causas ocultas, Imhotep, espíritu de la inteligencia; Phtah, de la verdad, y Osiris, el dios de los beneficios materiales: para mayor semejanza, el *uzá* egipcio es la mirada de Dios: el sol es el ojo derecho, la luna el izquierdo; también cuenta la teogonía china el *ojo divino:* el *nirvana* búdico participa de la inmovilidad fatalista de la esfinge, con la diferencia que existe entre los destinos humanos realizados y los impenetrables destinos futuros.

Bien sean Lao-tse (ó *Lao-t-seu.*—S. Julien, París, 1841), con su famoso Taoteking (el libro de la vida y de la virtud), con su panteismo idealista oriundo de la India, hermano gemelo del *moula prakriti* del filósofo Kapila; ó las triadas materialistas y groseras, en que es el esposo el cielo y la esposa la tierra, y la aspiración nacional sínica á las cinco felicidades terrenas, tan distantes del vago y embrionario

monoteismo de los *Himnos Védicos* y del *Zend-avesta,* no hay duda en que está bien aplicada á la China, como lo hace el P. Arias, la célebre frase de Bossuet «Todo es Dios, menos Dios mismo,» frase que sintetiza á maravilla la descripción del estado de las conciencias en el Imperio celeste, hecha de mano maestra por nuestro autor.

Para comprobar el abolengo índico del libro Tao-te-king, hace notar el P. Arias la semejanza de la palabra *Tao* con el *Zeos* ó *Theos* griego, el *Deus* ó *Zeus* latino, y el sanscrito *Div* ó *Daivas:* aún pudo el autor agregar el *Gott* aleman, el *God* inglés, y el *Dieu, Dios* y *Dío* de las lenguas neo-latinas francesa, española é italiana. Lo mismo sucede, en idioma del propio orígen, con todas las voces representativas de ideas universales, como por ejemplo, con la de *padre,* que es en sanscrito *Pitar,* en Zend ó persa *Pidar,* en griego *Patêr,* en latin *Pater,* en alemán *Vater,* en holandés *Vader,* en inglés *Father,* en francés *Père,* y en italiano *Padre,* como es sabido. Por cierto que, como curiosidad filológica, merece la pena de citarse la formación de la palabra *Júpiter,* que se compone de las mencionadas raices *Div* y *Pi-tar:* la primera de dichas raices lo es también del mismo nombre en la *lengua madre indo-germánica,* que yo llamaría mejor *arya* ó *indo-eu-*

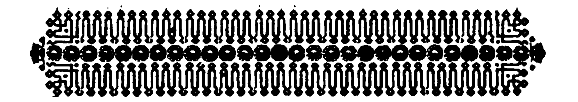
[illegible] n más
[illegible] da, con-
[illegible] e con-
[illegible] s). La
[illegible] ó lo
[illegible] la *v*
[illegible] ue *div*
[illegible] y que
[illegible] sufijo
[illegible] d y la
[illegible] claras
[illegible] vocablo
[illegible] uta de
[illegible] prueba,
[illegible] lógicas
[illegible] meca-
[illegible] as uni-
[illegible] lengua.
[illegible] e otros
[illegible] gala en
[illegible] insigne
[illegible] e y ele-
[illegible] Plinio,
[illegible] los he-
[illegible] mildad,
[illegible] China,
[illegible] en la
[illegible] en las
[illegible] del Fo-
[illegible] por la
[illegible] endo así
[illegible] la His-

toria; y por el método expositivo, histórico-crítico, acertadamente seguido en toda la obra y por sus altas condiciones literarias, instruye y deleita, enseña y edifica: dirige el espíritu al bien y á la imitación de las acciones heróicas, y mueve á la meditación, esa plegaria interna, muda y solemne en que el sér humano busca á Dios, dentro de sí mismo, reconociendo su divino orígen; y á la contemplación, esa grave oración también silenciosa, en que el sér busca á Dios, fuera de sí, á través de las perfecciones de la Naturaleza y de los mundos y las maravillas del infinito espacio.

En verdad temo, á pesar de la extensión de este artículo no haber acertado á dar una idea, siquiera aproximada, de la importancia y excelencias de esta obra admirable del ilustre escritor, prez y ornamento de la insigne órden dominicana.

Manila, 26 Noviembre 1893.





ELEMENTOS DE CULTURA

ADEMÁS de la instrucción primaria, elemento primordial de la civilización de los pueblos, existen otros medios poderosos para la difusión de la cultura popular, y el primero, entre todos, la música, que, desde la antigüedad más remota, ha ejercido, por su doble carácter de universalidad y supremacía, una especie de creciente jurisdicción moral sobre el espíritu humano.

Rambosson afirma que, según la combinación inteligente de las notas musicales, lo mismo afectan á la inteligencia que influyen en los sentidos, excitan la sensibilidad ó activan la locomoción. Si esto puede decirse de la música en general, mucho más cabe decir del canto, que es el lenguaje más universal y elevado que el hombre posee. Parece la música, para los espíritus cultivados, harmonía purísima

[illegible] iende, de
[illegible] bien ex-
[illegible] nostalgías,
[illegible] movimien-
[illegible] fiestan su
[illegible] tinos. Por
[illegible] do que la
[illegible] ón; madre
[illegible] fuente de
[illegible] nsuelo de
[illegible] urezas de
[illegible] presenti-
[illegible] amplitud
[illegible] arte, hace
[illegible] moderna
[illegible] como tra-
[illegible] do del so-
[illegible] píritu; esto
[illegible] elada.
[illegible] d: por eso
[illegible], á Apolo
[illegible] el nimbo
[illegible] fábula, su-
[illegible] ón de los
[illegible] el poder
[illegible] ve con su
[illegible] mente acu-
[illegible] caudalosos
[illegible] para oirle:
[illegible] visitar las
[illegible] artadas tie-
[illegible] ado de as-

tuta asechanza forjada en la soledad de los mares, por un delfin movido á compasión por la dulzura y la armonía de la voz del cantor heleno: niño aún Píndaro, un enjambre de abejas labra un panal de dulcísima miel en la boca del gran músico y poeta predestinado á la Beocia: la filosofía del pueblo inmortal, cuna de las artes, no acierta á explicarse el movimiento regular de los astros, sus marcadas trayectorias, sus evoluciones periódicas, sin el concurso de una gigantesca harmonía, regulada por ritmo grandioso y por acordes inefables.

La música es, en el mundo antiguo, inseparable compañera de la poesía, y la consagración solemne de los actos más importantes de la vida individual y colectiva: el ciego Demodoco, según Homero, enardece el sagrado amor de la pátria en la juventud griega, cantando de palacio en palacio, de festín en festín y de pueblo en pueblo, las altísimas hazañas de la guerra de Troya: al compás de sus himnos marcha al combate, solemniza las fiestas de himeneo y sepulta á sus muertos el pueblo egipcio, inspirándose en las salvajes harmonías percibidas durante el silencio de la noche en el rumor formado por el Nilo al par de los nenúfares y palmeras, en las soledades de los profundos valles. Igual supremacia ejerce la música en

el pueblo de los pueblos, en la raza elegida para los más altos misterios religiosos y designios históricos de la antigüedad; en el pueblo hebreo: los profetas exhalan en grandiosos cánticos su amor al Sér Supremo, la gratitud de los israelitas, sacados, con visibles prodigios, de la *casa de la esclavitud,* y las sublimes palabras en que se vaticina el advenimiento del Mesías y la redención del humano linaje: David aplaca las iras melancólicas de Saul á los sonidos melodiosos del *kinnor*—tal vez el *kinan* ó arpa de los chinos—y en excelsos cantos ensalza á Dios y celebra las victorias de su pueblo contra sus conjurados enemigos; y al son de las trompetas sagradas caen los muros de Jericó ante el Arca Santa en que se custodia el divino depósito, gérmen imperecedero del mundo cristiano y de la civilización de todos los pueblos.

La Edad media, con sus trovadores, juglares y *minnesänger,* sus canciones militares, sus escuelas de bardos y sus córtes de amor, y más que todo esto con la notación neumática, y la gama musical atribuida por Fetis al Aretino, prepara el triunfo del Renacimiento, que abre, al fin, sus puertas de oro al espíritu humano: ya el hombre, en posesión de sí mismo, penetra los arcanos de la belleza y es el verdadero confidente de los secretos de

la naturaleza y del arte: al par que la pintura, la arquitectura y la poesía, la música remonta su vuelo á las regiones de lo infinito. El *ars nova* de los teóricos medioevales, nacida de la antigua música cuyo período cerró con riquísimo broche el canto gregoriano; que en los siglos XIV á XVI, según Lavoix, obtuvo el privilegio de verdaderas representaciones musicales, y que honró un maestro como Orlando de Lasso, llamado el príncipe de los músicos, llega á su plenitud en ese florecimiento del génio latino. Un solo compositor de tan brillante período, Pergolese, puede representar el extraordinario progreso realizado entónces: en el teatro, con la *Serva padrona,* estela luminosa en los anales de la música; en la iglesia, con su famoso *Stabat,* compuesto al recuerdo de los gritos desgarradores de una madre que presenciaba la ejecución de su hijo, y obra que es al divino arte lo que son á la poesía el *Dies iræ* de Tomás Celano y el *Stabat mater* de Jacoponi de Todi, precursor, según ilustre escritora, del sombrío é inmortal, entre los inmortales, poeta florentino.

Poco puede decirse de la edad moderna que no sea de todos conocido. La ciencia, al fijar las leyes del sonido, ha contribuido á elevar la gerarquía de la música, que es la ciencia de los sonidos com-

binados: con Tyndall sabemos que el sonido se produce como la luz y el calor, éstos por movimientos atómicos, aquél por movimientos moleculares: con Whearstone medimos las vibraciones mediante el *Kaleidofono,* y con el auxilio del *Sonómetro* la intensidad y duración del sonido en las evoluciones de las cuerdas vibrantes: asistimos, con asombro, al descubrimiento de las *llamas cantantes* y las *llamas manométricas;* y conocemos que el sonido, esa nota, ese acorde majestuoso que penetra en nuestro oido y franquea los límites recónditos de nuestro cerebro por complicada función fisiológica, llega á nosotros avanzando y ensanchándose en ondas sonoras, con velocidad que se halla en razón directa de la raiz cuadrada de la elasticidad é inversa de la raiz cuadrada de la densidad de la atmósfera, y con intensidad que disminuye en proporción del cuadrado de la distancia.

Prescindiendo de la importancia científica del sonido, y, por lo tanto, de la música, que es el sonido por excelencia, conocidos son los progresos de la música sinfónica y de la música dramática en los tiempos modernos, que llenan los nombres de Beethoven y Mendelssohn, Schumann y Weber, Meyerbeer y Mozart, Rossini y Verdi, y otros ilustres compositores. Hoy, como en los tiempos anti-

guos, los ejércitos van al combate al son de himnos guerreros y enardecidos por los potentes acordes de las bandas militares: los místicos sones del órgano, rey de los instrumentos músicos, se confunden con las plegarias y el humo del incienso bajo las bóvedas del templo cristiano: el drama lírico impera en el teatro universal; el canto y la música constituyen el principal atractivo de los salones y del hogar en las clases cultas. Así como en la antigüdad se fundaron escuelas de música, como la de Tebas, en que recibieron peregrinos conocimientos Píndaro y Pronomos y las famosas de Roma de los tocadores de flauta y los tocadores de trompeta, objeto de un litigio célebre, los pueblos modernos han creado, mediante la iniciativa oficial, Conservatorios provinciales, y debidos á la iniciativa de los municipios y de particulares, otros centros de enseñanza musical y los *orfeones*, que han adquirido gran desarrollo, especialmente en Alemania y algo en Francia, sosteniéndose por la prensa de todos los paises el pensamiento de que sea obligatoria la enseñanza de la música en las aulas de instrucción primaria.

Algo de esto nos parece conveniente y desearíamos para Filipinas, en donde se diría que es un don natural y general la disposición para la música; y aún creemos

que la iniciativa de la Corporación municipal de Manila, respecto á bibliotecas musicales y apoyo moral y material á sociedades corales é instituciones análogas, sería de provechosos resultados para la clase popular, y honroso timbre para los que promoviesen tan útil reforma. A algunas provincias, las que han alcanzado mayor grado de cultura, podía extenderse la realización del proyecto si se adoptase para esta capital la idea de la enseñanza musical en los centros de instrucción que se considerasen más adecuados. El pensamiento puede realizarse de manera modesta y no creemos difícil darle forma.

Oportuno parece recordar que en ello seguimos las tradiciones de nuestra nación que fué la primera en crear una clase de música en la Universidad de Salamanca, innovación desconocida en Europa y debida al rey D. Alfonso X: la protección de Cárlos V á ese arte fué tal que hizo florecer en España, después de Francisco Salinas que desempeñó aquella clase, á músicos tan célebres como Tomás Z. Victoria, Bartolomé Ramos, Pablo Nasarre y Cristóbal Morales, citados por D. Mariano Gallego en reciente erudito trabajo. A ellos puede agregarse el del sublime Eslaba, honra del arte español de nuestro siglo, y, como altas reputaciones de actualidad, los de Marques, Chapí y Bretón,

afortunado creador éste de la ópera española. Los orfeones tienen merecida fama y algunos glorioso orígen, como el de Barcelona, fundado por el insigne Anselmo Clavé: de esta sociedad coral, el ilustre Castelar ha escrito las elocuentes líneas que siguen: «El trabajador catalán, después de emplear el día entero en su fábrica, emplea sus noches en aprender sus cánticos. Cuando el alma siente estos arrebatos líricos, el alma no se vicia. Sabe que ha de volar, y que para volar necesita sacudir el barro de la tierra. Ama la luz y la luz viene del cielo. Así aquellos hombres rudos, de callosas manos, endurecidos en el trabajo, conservan el reflejo de lo ideal en sus frentes.»

Demostrado queda, á nuestro juicio, que la música es un elemento de cultura poderosísimo en todos los tiempos; para las clases populares aún es más, puesto que puede constituir un medio decoroso de subsistencia. Innegable es también, la influencia de la música en las costumbres, si no se la extravía, como sucede con las demás artes. Si en el órden moral la palabra ócio es casi sinónima de vicio mayor semejanza guardan la palabra vicio, y la palabra ignorancia, Alguien ha dicho que el oido es el sentido del amor; herido por la música, es el vehículo de la belleza moral, de las aspiraciones más no-

bles del alma humana, de los sentimientos más puros, interpretados por el lenguaje más universal y más grato al corazón del hombre.

No creemos que la música tenga enemigos, ni siquiera indiferentes, que, sólo en serlo, se harían dignos de compasión. El culto á Mammón puede, sin embargo, ofrecerlos, y ese ángel de la avaricia aún es preferible al semiculto demonio del positivismo moderno. Cuenta Ebers, con referencia á Estrabón, que un flautista de Jasos se vió abandonado de sus oyentes al sonar la campana del mercado: uno sólo quedó á quien el músico dió las gracias por no haberse dejado arrastrar por el ágrio cimbalillo... «¡Ah, sí?—exclamó el espectador aludido;—¿han tocado la campana?—Y echó á correr como los otros.»



LOLA RODRÍGUEZ DE TIÓ

Y

MI LIBRO DE CUBA

SUELEN los grandes poetas hacer su reputación con sólo un libro: los «Gritos del combate» bastaron á Nuñez de Arce para su gloria, no superada, aunque sí aumentada por sus posteriores magníficos poemas: las «Rimas» fueron suficientes para el nombre de Bécquer y de Querol: un volumen de «Doloras» para la popularidad de Campoamor; un poema, «Pedro Abelardo», sin contar la admirable leyenda «Dos cetros y dos almas», para la consagración de Ferrari: las «Melodías íntimas»,—según Sánchez Moguel á cincel labradas y de delicada labor florentina.—para la fama de Palacio; y con «Dolores» se ha alzado, estos días, una nueva gloria en España, la de Federico

Balart, gloria inmarcesible y purísima, porque no debe nada á los halagos obligados ni á las simpatías impuestas de determinadas homogeneidades políticas, ni á los favores, al fin pasageros, de la moda.

En esta legión, doblemente sagrada por lo escaso y escogido del número y por la rapidez indiscutible y decisiva del triunfo, cuenta Lola Rodríguez de Tió,—como cariñosamente se la llama en Puerto-Rico y Cuba,—sucesora insigne de la inolvidable Avellaneda, primer poetisa entre cuantas escriben en lengua castellana, y primera también entre nuestros más ilustres poetas. Un sólo libro suyo, «Claros y nieblas», bastó para su gloria, proclamada,—por no citar numerosos autores,—por escritor tan eminente como Menéndez Pelayo; y su obra nueva «Mi libro de Cuba», que contiene tantas joyas literarias cuantas son sus poesías, si no á superar, porque era imposible, viene á aumentar su reputación y á consolidarla.

No necesita, pues, la eminente escritora puertorriqueña de apologías ni de aplausos: hace tiempo que pasó, coronada por la victoria, bajo los arcos triunfales de la fama.

Y era fácil de predecir éxito tan completo, con sólo conocerla ó con hojear nada más un pequeño volúmen de preciosos cantares, precursores de «Claros y nieblas». En esta poetisa insigne no se sabe dónde acaba la poesía *vivida,* y dónde em-

pieza la poesía escrita, porque ambas se confunden en su naturaleza superior, sin que pueda determinarse la imperceptible línea divisoria, ni la vaga y delicada penumbra: depende circunstancia tan extraordinaria, de que la dama no vale menos que la poetisa, y así su vida es poesía en acción, y su poesía su vida íntima: como ejemplo á esta generación que extrema sus dudas ó su afectado descreimiento, para ensalzar ideales en que no espera y creencias de que no participa—nebuloso y mudable patrón de la moda literaria ó científica en el siglo,—Lola, con acierto maravilloso y con seguro instinto, pulsa, á un tiempo, la lira del patriota y el arpa del creyente, porque su espíritu, despegado de las ásperas realidades de la vida, y vencedor de sus luchas—de esas luchas que distraen y empequeñecen á los débiles, —ama, crée y espera: temperamento de héroe, penetración de genio y sensibilidad de artista, la lucha le ha servido sólo de poderoso acicate, el dolor, de estímulo, la alegría, de tregua, no solicitada, en el combate, igualando así estas fuerzas distintas ante la inalterable serenidad de su espíritu y fundiéndolas al calor de su indomable energía. Tiene una religión, el deber; un ideal, la poesía; un amor supremo, el hogar; un fin, la virtud; un culto, los afectos, y una pasión, las flores, con las que la unen

misteriosos vínculos de familia: su perfil griego responde á su naturaleza escogida, clásica y helena; sus ojos profundos y negros revelan su orígen, mezcla de árabe y celta; así la primera, de acuerdo con su carácter, se determina en gustos áticos, en sentimientos delicados y cultos y en olímpico desdén hácia todos los conceptos vulgares de la vida; y los segundos reflejan la potencia creadora de una fecunda imaginación meridional, caldeada por el sol abrasador de los trópicos.

Sus poesías son, por lo tanto, idea y sentimiento, abstracción y forma, sueños y gemidos, corazón y cerebro: parecería que en ellas resucitaba la lira griega, y en sus formas externas, que examinábamos soberbios trozos de mármol pentélico labrados por cincel prodigioso, si no palpitase en cada estrofa el moderno espíritu de la gran escritora, y no se oyesen, entre los versos magníficos y sonoros, como golpe que quiebra transparente cristal, los *gritos del combate,* esos profundos ayes de dolor ó de protesta que se escapan á los labios más varoniles en el ardor de la lucha: la admirable colección *Mi libro de Cuba,* quizá más todavía que «Claros y Nieblas,» ofrece este doble y feliz aspecto, cuyo secreto poseen tan pocos poetas, de *versos antiguos con ideas modernas;* si la atención se fija solamente en la sonora rotundidad de las

estrofas esculturales y en la serena y tersa diafanidad de la expresión, imagínase transportado el espíritu á la clásica *exedra*, donde los ojos se extasían en la muda contemplación de los frescos alegóricos representativos de héroes y de diosas, mientras acaricia el oido hermosa voz de mujer, de tonos vibrantes y argentinos, recitando los versos inmortales de la poetisa de Tanagra; ó bién, en el *Triclinio* fastuoso, cuando después de las habituales libaciones, y de esparcido el generoso Chíos sobre el mármol pulido y reluciente, vierten esclavas gallardas, cascadas de perlas en las anchas y resonantes copas de oro: si, por el contrario, se sigue el vuelo de aquella imaginación portentosa, participando de la pasión y la vehemencia de las ideas y sentimientos que tan pronto tocan al corazón con mano de fuego, como se remontan á la altura con vuelo incontrastable, ó que despiertan la fantasía rozándola suavemente con la vara mágica de los sueños, siéntese ese mudo recogimiento que sobrecoge al alma bajo las altas y severas naves del templo gótico, mientras resuenan las graves y contenidas harmonías del órgano majestuoso, y, penetrando al través de los pintados vidrios, un rayo de sol pálido y amortiguado corta las blancas espirales del perfumado incienso; ó bien parece que se oyen los surtidores bulliciosos

de fuente solitaria, cayendo en tazas de cristal con vibraciones meláncolicas, en el sombroso patio de antiguo alcázar moro, poblado de suspiros, tradiciones y recuerdos.

¡Cuánto tenemos que imitar y envidiar en esta incomparable poetisa los que hemos luchado y nos hemos afanado, inútilmente, por obtener el inmortal dictado de poeta! Nó ya sólo su inspiración genial, su delicado temperamento artístico y su dominio absoluto de la forma, que la obedece como sumisa esclava, sino el medio mismo en que esas brillantes cualidades se muestran y desenvuelven. Reside Lola en la tierra nativa del inolvidable Casal, que considera como su segunda pátria, y allí ejerce la suave dictadura de su talento, de todos admirada y por todo el mundo respetada y querida; en aquel país jóven y generoso, el entusiasmo se manifiesta sin las trabas absurdas, sin los estudiados silencios, sin las envidiosas é hipócritas reservas que en otras sociedades egoistas ó caducas: el talento, para triunfar, no necesita allí del brillo de la posición ni del resplandor áureo de la fortuna; y el mérito se eleva, acompañado desde sus primeros esfuerzos por el aplauso, sin que pese como carga abrumadora y odiosa en la conciencia de los demás, sin despertar en su camino las míseras tristezas del triunfo ajeno, y sin amargas resistencias

prévias ni obligados reconocimientos tardíos. ¿Cómo no había de aclamarse allí sin contradicción el génio de la egregia escritora, sí, á más de esto, desde Puerto-Rico, con la publicación de «Claros y nieblas,» pisaba yá los laureles de la victoria, arrojados á sus plantas por otro público no menos entusiasta y generoso?

Sin embargo, la poetisa sieute la nostalgia de las almas superiores: halagada por los rumores del triunfo; celebrada por los escritores más ilustres nacionales y extranjeros, como Nuñez de Arce, Menéndez Pelayo y Balaguer, Loti, Santacilia y el insuperable Edmundo de Amicis: cercada por la felicidad del hogar, y rodeada por la espléndida naturaleza de Cuba, aún siente la punzada del dolor—¿á dónde no llega?—y prorrumpe, en su composición *A una golondrina,* en este hermoso y desolado pensamiento:

«Bajo este sol ¿quién creyera
que yo me muero de frío?»

Escribe al esposo ausente, á Tió, espíritu recto y honrado que hace suyos los triunfos de su compañera, teniéndolos, además, propios como periodista notable y poeta inspirado y brioso; y no bastando á calmar su inquietud la presencia de su hija Pátria, insigne doctora en filosofía y letras, en quien la hermosura física no estorba á la vastísima cultura intelectual—

porque aquel hogar es una vinculación del talento —empieza con estas sentidísimas líneas:

«Esta carta, amado mío,
con mil suspiros comienza,
y, á mi pesar, será escrita
con más lágrimas que letras»

(Niebla de ausencia.)

Ensalza los afectos, también en ausencia, que con tanta intensidad siente y expresa, y termina con este magnífico apóstrofe:

«¡Comunión ideal de los recuerdos
que en el azul inmenso se congregan,
en ese altar mayor donde el cariño
como hostia santa, el pensamiento eleva!»

(Anadiomena.)

Para no citar más pensamientos sueltos porque fuera preciso transcribir todo el libro, y como acabada muestra de sublimidad de ideas, inspiracion robusta y forma irreprochable, basta citar el siguiente soneto, que es de primer orden:

14 DE JULIO

«Ya no tiembla París! En pleno día
que súbito despierta á la esperanza,

el pueblo enardecido se abalanza
á derrocar la odiosa tiranía.
La antigua fortaleza resistía
el ímpetu de indómita pujanza,
más ríndese á los gritos de venganza
que el Sena ensangrentado repetía.
Yá deshechos escombros son los muros,
cárcel inícua de sublime idea
combatida por bárbaro tormento...
Rotos de la prisión los hierros duros,
su glorioso estandarte al aire ondea
la augusta libertad del pensamiento.»

—

De esta altura, de este brío son todas las poesías de *Mi libro de Cuba,* porque, entre ellas, no cabe elegir mejores: sin embargo, con más espacio, cita especial merecerían *Autógrafo, A Cuba, A Puerto-Rico, A la infancia, ¡Alas!* y *Beso de crepúculo:* y entre los sonetos los magistrales *A Sánchez Fuentes, A Pátria, A Braschi*—(inimitable)—y *A la Sra. V. de Broch.*

Digno prólogo, llamado pórtico modestamente, tiene tan admirable libro: túvolo tambien «Claros y nieblas,» pero, sin falsa modestia, puedo afirmar con Quintana, que anteponerle tal proemio fué
«Dar un pórtico humilde á un alto templo».

El de *Mi libro de Cuba* es un magnífico trabajo de Aniceto Valdivia.—¿Quién no conoce al eximio escritor cubano de

pluma brillante y erudición vastísima, que firma con el pseudónimo de *Conde Kostia?*

Suya es la siguiente acertadísima síntesis del libro, á la que nada puede añadirse: «La impresión de la lectura, es la de una peregrinación del alma á través de luminosas galerías de un muy blanco, muy esbelto y muy armonioso templo griego.» Tiene razón el eminente escritor: el libro es un hermoso templo heleno, y, como su mérito reclamaba, el *Pórtico* es obra de Praxiteles.

Manila.





UN ANIVERSARIO

A MI QUERIDA SOBRINA LA SRTA. D.ª MARÍA FABIÉ

UN año hace hoy que bajó al sepulcro, en Madrid, uno de los varones más eminentes de la España contemporánea, el Excelentísimo Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, honra y prez de Granada, gala y dechado de las letras españolas, en quien el talento, la ciencia, el arte y la austera virtud tuvieron, en su más amplio carácter de universalidad, representante eximio é insuperable modelo. El recuerdo que le tributa mi pluma, no movida por los fervores de una amistad con que no tuve la fortuna de honrarme, no puede osten-

tar justificación más alta, ni mi atrevimiento más perdonable excusa: cualquiera voz, por modesta qus sea, puede glorificar al talento.

Y el Sr. Fernández-Guerra túvolo en grado extraordinario: fué uno de esos escritores peregrinos y singulares de quienes puede afirmarse que valen más que su fama; y como poeta excelso, como sábio arqueólogo, como erudito infatigable, como historiógrafo profundo y minucioso, su nombre pasará íntegro á las justicias del tiempo y á los juicios inapelables de la posteridad. Como su vida fué laboriosa y larga, sus obras pertenecen á dos períodos distintos y aún opuestos de nuestra literatura—aunque en ambos gloriosa y floreciente—y tuvo la desgracia de exhalar su último suspiro en época poco propicia á las exaltaciónes del triunfo legítimo y callado, en los días tristísimos en que, desdeñada la verdadera gloria, ni el éxito siquiera, antes ruidoso y turbulento aunque desatentado, dios ya caido, encuentra aclamadores, y de caer exánime, como rendido pero no vencido atleta, en los brazos extenuados y débiles de una generación en que no tiene circulación ni valór alguno la moneda del entusiasmo.

Otra insigne gloria contemporánea, citada por Fernández-Guerra en brillante disertación sobre los merecimientos litera-

rios del inolvidable Hartzembusch, condensa en frase hermosísima y conceptuosa por su profundidad y alcance estas impresiones que por lo desalentadoras, pudieran parecer exageradas: «¡Tierra singular—exclama—esta amadísima pátria nuestra, en que dá miedo llevar un nombre glorioso!» ¡Tierra singular, en efecto, y observación aplicable al ilustre escritor granadino! Nacido en atmósfera literaria, porque su padre D. José fué tambien escritor de no vulgares conocimientos y refundidor de algunas joyas de nuestro antiguo teatro: acariciado por el público aplauso en sus primeros pasos en la escena: aclamado más tarde en el famoso teatro del Príncipe, por un drama soberano escrito en colaboración con su amigo entrañable el egregio Tamayo, el drama celebérrimo *La Ricahembra*, que renueva los antiguos alientos del honor castellano y la altivez de nuestra raza subyugadora y resucita las sentencias graves y los acentos varoniles de Calderón, y en cuyos versos brillantes relampaguean, como explosiones de nuestras seculares glorias dramáticas, el verbo sublime y la facundia inagotable de Lope y los tesoros de poesía de Tirso; obra que, como afirma distinguido crítico, «tiene la grandiosidad de las Sibilas de Miguel Angel y domina como las catedrales dominan los pueblos»: lla-

mado después al seno de las dos más ilustres Academias españolas, que ni con honor tan alto consiguieron igualar la medida de tan altos merecimientos, el insigne Fernández-Guerra huyó cuanto pudo el estruendo del éxsito forjado por multitudes tumultuosas, y se refugió en el estudio, más conforme con su por todos reconocida modestia, que es, en las almas delicadas, el pudor del talento sólido y verdadero. Por esta causa la muerte del castizo poeta y escritor granadino no ha despertado esos ecos que repercuten por todo el mundo á la de aquellos que, con menos genio é inferiores títulos, pusieron su pluma al servicio y la consagraron á la adulación de muchedumbres vociferadoras ó de la política banderiza y vocinglera: por esta causa, sin duda, mientras medianías ambiciosas, invadían con ensordecedor aunque pasajero estrépito, los allanados términos de la celebridad, él recorrió silencioso, ajeno á los estímulos de la ambición y sin suscitar los odios de la envidia, el camino de la gloria: por esa misma razón, cuando sus merecimientos le elevaron á puestos eminentes, no sintió ese vértigo, esa atracción del abismo que experimentan los que, sin los altos vuelos del ingénio y sin la vista segura del águila, se encuentran, de improviso en las alturas: por esa causa,

en fin, contempló desde su retiro, con verdadera grandeza de alma y desdén espartano, las mudanzas de la fortuna; y prefirió ser obscuro y retraido soldado de la verdad, á jefe indiscutible y militante de los ejércitos de la idea, siendo, por último, como la estirpe entera y según el común destino de todos los españoles ilustres, más útil á las letras y á la ciencia, á la pátria y á la humanidad, que á sí mismo.

Pero no defraudó las esferanzas del suelo ilustre en que se meció su cuna, antes bien las excedió con creces y á sí mismo se superó. Ni de otra suerte podía ser. Aquel cielo espléndido de Granada, cuajado de estrellas que parecen perlas caidas sobre un manto de azul transparente y purísimo, ó arabesco que contiene las leyendas sublimes del infinito, mostradas por Dios á las atónitas miradas del hombre en la eternidad de los tiempos: la vega aquella maravillosa, terrenal paraiso cuyas entradas defienden las cumbres de Sierra del Sol, las níveas montañas de Sierra Elvira y los espesos chaparrales de Diezma; con sus hojosos cármenes sepultados entre nopales y olmos, palmeras berberiscas, árabes naranjos y cimbradoras cañas; con sus dos claros y sesgos rios, Genil y Darro, que al pié mismo de la ciudad celebran bodas y unión eternas y bu-

lliciosas; con la Zubia, en las agrestes faldas de Sierra Nevada, teatro de memorable suceso histórico; con Santa-Fé en sus repliegues, donde se resolvieron, con el descubrimiento de un continente prodigioso, los destinos del mundo moderno: aquella Alhambra, realización del sueño inmortal de una civilización y una raza, en cuyos salones silenciosos y desiertos patios, parece que resuenan todavía las voces airadas de Aixa, los suspiros débiles de Boabdil, la prudente palabra de Isabel I y el crugir de la férrea armadura de Cárlos V., como si las doradas bóvedas, el minucioso artesonado, las estrías de las columnas gallardas y las volutas de sus arcos mauritanos los hubiesen retenido y conservado á la admiración de las siguientes edades y los venideros siglos: aquellas árabes calles empinadas y estrechas, con la reja salediza—*la inútil reja*, como la llamó genial poeta—casi tapada por la albahaca olorosa, la dália rizada, los pintados claveles y los jazmines trepadores, y perfumada, al par de las flores, por el tibio aliento de enamorada vírgen que, anhelante el firme y redondo seno que amenaza romper la ceñida tela que lo oprime, espía la llegada de su amado, con rasgados ojos indagadores en que se confunden, por peregrino contraste, las negruras de la noche, el parpadeo de los astros y las sonrisas de la

aurora: aquella poesía, en fin, muerta en los brazos de la tradición, viva en los espacios de luz del recuerdo histórico, y renaciente de sí misma en sus alzados monumentos y en vigorosa y pintoresca raza, sólo necesita el alma de un poeta para fundirse en torrentes de versos armoniosos é inmortales, de que son fiel trasunto los del inolvidable escritor y maestro granadino.

Los desertores del arte y de la belleza literaria, los inconoclastas del talento, numerosos en esta edad, por permisión divina y castigo de nuestras culpas, calumniadores algunos de la santa poesía y quizá al propio tiempo, calumniadores de sí mismos, no pueden formase idea del entusiata florecimiento de nuestras letras y del culto de admiración á sus representantes ilustres por parte del público, cuando llegó á la córte D. Aureliano Fernández-Guerra para ocupar, por derecho propio, uno de los puestos más eminentes. Aquel teatro nacional antiguo, original y riquísimo, que tuvo humilde orígen en los diálogos cómicos del Arcipreste de Hita; que debió sus formas de transición á la comedia, á Juan de la Encina, á Rodrigo de Cota, autor famoso de la *Celestina,* ó tragicomedia de *Calisto y Melibea,* al anónimo de la de Lisandro y Roselia, á los autores de las comedias *Serafina* y *Jacinta,* en que hay un parlamento,

digno de posteriores dramáticos, que termina con estos versos, nuncios de la hidalguía castellana y del ideal caballeresco, más tarde sublimados:

«La gente sin capitan
es la casa sin mujer,
y sin ella es el placer
como la mesa sin pan»:

y de la comedia *Eufemia;* y á otros cien, cuya enumeración sería inteminable: aquel teatro floreciente, que en su época de esplendor, por nación alguna igualado, dió, como con gran tino afirma el atildado prologuista del traductor D. Jaime Clark, un rival á Shakespeare en Calderón, y un vencedor en Lope de Vega; que conservó más tarde el fuego sagrado y la dignidad y rango adquiridos, en autores como Cadahalso, García de la Huerta, López de Ayala (D. Ignacio), Jovellanos y Moratin, reverdecía entonces sus antiguos laureles y aumentaba sus glorias con brillo inusitado. La fácil comedia de Bretón renovaba los timbres del autor de *El sí de las niñas:* Ventura de la Vega dejaba luminosa estela en el teatro, con una comedia casi perfecta, *El hombre de mundo* y una tragedia más que admirable *La muerte de Cesar:* resucitaba García Gutiérrez la gallarda vena, genuinamente española, de Tirso y Lope, siguiendo los nuevos rumbos del roman, ticismo explorados por el Duque de Rivas

que acomodó á su *D. Alvaro* la *Moira* griega convertida en la fatalidad entonces imperante: deslumbraba Hartzembusch con los inmortales destellos de sus *Amantes de Teruel* que parece la obra, no de uno, sino de varios ingénios de primer orden; y el grandioso Tamayo, antecesor de sí mismo, cogía en sus manos poderosas el cetro de la dramática con *Virginia*, «la primera tragedia española», según la expresión felicísima de Quintana, A. estos autores ilustres —y no todos se citan—hay que añadir, aunque más reciente, á un elevado poeta D. Adelardo Lopez de Ayala, que hizo revivir en la escena el verso grave y conceptuoso y el estro varonil de Calderón.

En medio de este movimiento, resurrección gloriosa del génio nacional y en pos de algunos de los célebres escritores citados y de sus mejores obras, bien que precediendo á otros, apareció sobre la escena *La Ricahembra*, y con ella el nombre del escritor esclarecido que, en unión de Tamayo, legaba joya tal á nuestras letras. Entrenóse este magnífico drama histórico el 20 de Abril de 1854: en 4 de Mayo de 1856 ingresó Fernández-Guerra en la Academia de la Historia, dando lectura á notable discurso sobre *la conjuraración de Venecia de 1618*, y al siguiente año de 1857 ingresó en la Real Academia de la Lengua, leyendo otro discurso

magistral acerca de *la personalidad del poeta Francisco de la Torre.*

La enumeración de las obras de D. Aureliano Fernández-Guerra, sería tarea interminable: entre las líricas, dramáticas, leyendas en prosa, trabajos históricos, de crítica literaria y de geografía antigua española, pasan de ochenta—probable es que excedan de esta cifra—y pueden consultarse en el concienzudo artículo publicado por el Sr. Rada y Delgado en *La Ilustración Española y Américana* de 15 de Septiembre de 1894, y en el notabilísimo, inserto á continuación del discurso de ingreso en la Academia de la Historia del conspícuo escritor sevillano don José María Asensio, en cumplimiento de acuerdo de la misma Corporación. Citaré, sin embargo, entre las más importantes, *La Peña de los Enamorados*, *Alonso Cano* y *La Hija de Cervantes,* obras dramáticas; la *vida de D. Francisco de Quevedo*, los estudios sobre el *Fuero de Avilés* y acerca del autor verdadero de la *Canción á las ruinas de Itálica*, y el informe sobre la situación de la *Munda Pompeyana*, prodigios de erudición y de investigación histórica y literaria.

Nació el Sr. Fernández-Guerra el 16 de Junio de 1816, según se ha indicado ya en la ciudad de Granada, y, como se ve, ha hecho, durante una vida prove-

chosa y utilísima, sobrado para su fama, que se dilatará á tiempos lejanos en lo porvenir; y otros hombres, acaso más afortunados, la aquilatarán mejor que esta generación por mil estímulos agitada. La inmortalidad se parece á la luz de remotísimos astros, que llega á nosotros, en toda su intensidad, después de siglos de trasmitida.

Arrostrando el, para mí, grave riesgo de que se comparen estos humildes conceptos míos, pobremente expresados, aunque sentidos con intenso entusiasmo, con las galas literarias y la prosa castiza y purísima del autor egregio de *Un drama nuevo*,—comparación que me empequeñece tanto como me enaltece y honra—pondré á estas líneas áurea corona, transcribiendo aquí íntegro el elogio de D. Aureliano Fernández Guerra, leido por D. Manuel Tamayo al dar cuenta á la Academia de la Lengua del fallecimiento de su antiguo y entrañable amigo.

«Acordóse—consigna el príncipe de nuestros autores dramáticos—dar á la familia de Fernández-Guerra muy sentido pésame; y declarada la vacante de la silla hoy más que nunca resplandeciente con la gloria de su último dueño, se puso término, en señal de duelo, á esta junta, en que la Academia Española deploró la muerte de un hombre que en los prime-

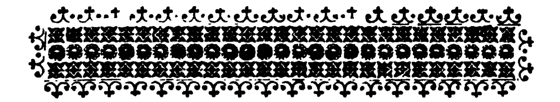
ros años de su mocedad mereció por su prematura sensatez ser apodado *el viejo*; tan modesto y sencillo que lo extrictamente necesario le parecía siempre más cómodo y más grato que lo supérfluo; tan dadivoso por inclinación que ni su dinero ni su ropa estaban seguros en sus manos; tan humilde que inventaba pueriles cuentos para ocultar sus piadosas prodigalidades; tan exacto cumplidor de todas sus obligaciones que en ninguna ocasión dejó de hacer nada á tiempo, ni de acudir con puntualidad cronométrica á donde quiera que fuese esperado; irresoluto y meticuloso en los conflictos pequeños de la existencia, y en los grandes valeroso y enérgico; víctima de penosísima dolencia que le acometió en edad temprana y le obligó á quejarse por última vez; trabajador infatigable en quien se admiraba el hermoso espectáculo de un alma vigorosa triunfando de un cuerpo mezquino; libro abierto para cuantos en él querían leer; á nadie inferior en el conocimiento de clásicos latinos y españoles, que se sabía de memoria; escritor admirable cuyo estilo por lo vario, rico y espléndido compite con el de los mayores prosistas y poetas del siglo XVI, y por correcto es modelo quizá insuperable; dotado al par de todas las mejores cualidades del ingenio creador y del talento investigador; literato ameno al

par que profundo; cultivador de la poesía lírica y la dramática, de la historia, de la geografía, de la epigrafía, de la numismática, insigne en todas estas facultades, en todas ellas fecundo, aunque no tanto como hubiera podido serlo, á no pertenecer á una escuela que, aspirando á perfección imposible en lo humano, es rémora y suplicio del entendimiento; doblemente digno de ser llorado por el inmenso cúmulo de trabajos inestimables que ha dejado sin concluir; en esta corporación dechado de Académicos por la asiduidad con que logró ser el primero en nuestro escalafón de asistencias y acaso el que desde la fundación de tan venerando instituto ha concurrido á mayor número de juntas, y por el constante y vivo empeño con que empleó en servicio de la Academia su vastísima erudición y honrada laboriosidad; para el que estas líneas escribe amigo incomparable que le acompañó en todo el camino de la vida, guiándole como generoso maestro en la esfera del arte y como solícito hermano mayor en el mundo real, estimulándole á gozar en las horas alegres, consolándole en el dolor, mirando por él más que por sí propio, dándole motivo para creer que el íntimo trato con varón tan sábio y tan bueno es uno de los grandes beneficios que ha debido á la Misericordia Infinita,

y poniéndole en la sagrada obligación de amar y reverenciar respetuosamente su memoria y de elevar al cielo su nombre todos los días.»

Manila, 7 de Septiembre de 1897.





CUESTION DE NOMBRES

TOMAR las palabras por las cosas, pagarse de palabras y de nombres, discutir estos nombres y estas palabras: tal es la historia de todas las aberraciones intelectuales del hombre: á ello le impulsan dos tendencias contrarias: la necesidad de una certidumbre; la pereza de la indagación.»

Con estas palabras, bien claras y concretas, empieza un distinguido escritor francés, Mr. Ives Guyot, una de sus más importantes obras, en que campea, especialmente, un gran espíritu de observación.

Y sus mismas palabras lo demuestran: no repite Guyot la frase bíblica relativa á que Dios entregó el mundo á las disputas de los mortales: vá más allá el eru-

dito escritor francés, y su observación arranca de la sociedad contemporánea, más ilustrada seguramente que las sociedades del mundo antiguo, y, al mismo tiempo, más apartada de la naturaleza por refinados convencionalismos, por necesidades artificiales y vicios inherentes á nuestro estado de civilización y á las modernas y grandes agrupaciones humanas.

No se discuten las cosas; se disputa por cuestión de nombres: hay nombres sospechosos por tradición; nombres simpáticos por cierta cadencia sensual del modernismo contemporáneo; nombres adulterados por el uso; nombres reivindicados bien ó mal por la ciencia, y nombres sepultados hoy en las escabrosas tinieblas de la duda ahora más negra, más espesa y más terrible que nunca para el espíritu humano que, en el caos presente, casi regido por un inconsciente pero brutal positivismo, no sabe yá cuales son los conceptos verdaderos de la conciencia y la moral, por donde ván las líneas divisorias, y cuándo entre tantas negaciones cabe hacer siquiera una afirmación: por esto hay virtud que pasa por vicio y hay vicios que se tienen por virtudes.

La cuestión eterna de nombres, y el contraste sagazmente anotado por Guyot: *la necesidad de una certidumbre*; *la pereza para proseguir una indignación.* La cuestión

de nombres, pues, aunque otro escritor ha dicho sentenciosamente que

le nom ne fait rien á la chose,

la sonoridad misma y la riqueza de los idiomas contribuyen á perpetuar el error y á introducir confusiones que causan estado en la conciencia general; de donde un bien da nacimiento á un mal de consecuencias fatales.

Rara vez se desecha un error admitido como verdad axiomática en la primera edad. La juventud se deslumbra fácilmente, y solo cuando están llenas las amargas páginas del libro de la experiencia, los espíritus reflexivos que gustan de hojearlo advierten cómo se han malgastado las fuerzas, cómo se han agotado las energías, cómo, en fin, se ha disipado la vida persiguiendo falsas apariencias de ideales absurdos, empujados por nombres pomposos y huecos, por palabras sonoras y vacías, representaciones ilusorias, nominalismos brillantes, que se deshacen como niebla fugitiva á un solo rayo de la luz serena y tardía, triste y pálida, de la verdad.

Y el mismo error preside á la vida del ser humano: el mismo contraste, la misma deslumbradora y falsa apariencia en los caractéres: el tímido se complace

en que se le suponga temerario: el débil se juzga fuerte; habla el vicioso de su virtud: el criminal afirma que para él la honradez es un culto: oculta el pobre su miseria, como el rico su dinero: no hay feo que no se tenga por buen mozo, ni ignorante que no presuma de instruido, ni tonto que no alardée de discreto, ni imbécil que no se considere un geniazo descomunal.

La comedia resultaría distraida, si no tuviese tristes amarguras y trágicos accidentes; y en honor de la verdad, al hombre pertenecen en ella, siempre ó casi siempre, los honores de protagonista: desempeña la mujer papel más inofensivo, porque ningun término funesto pide el sueño, poco menos que general en el sexo, de creerse acreedora al trono de la juventud, de la distinción y de la hermosura, sueño que desvanecen al fin las exigencias del hogar, que ahogan los suspiros de la maternidad, y que sofocan y compensan los besos y las caricias de los pequeñuelos.

La humanidad toda, de siglo en siglo y de generación en generación, sufre las consecuencias horrorosas de esos errores en el hombre, porque los lleva al hogar, á la mente de sus hijos, al libro, á la academia, á la gobernación del Estado.

Y esos nombres no reflejan nunca la

esencia de las cosas: amenudo se considera liberal el hombre nacido para déspota, que no admite réplica, que no sufre contradicción, intransigente, irritable, devorado por la fiebre de mando y de dominio: créese retrógrado y apegado á rancias doctrinas el hombre afable y moderado, que inspira sus actos en la razón y la tolerancia.

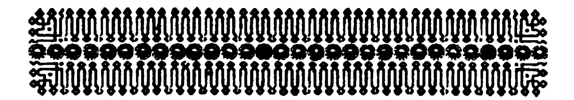
Y lo peor es que el vulgo de todas las clases, no tiene hábito de observación y se vá detrás de los nombres y sanciona el absurdo, con caractéres más graves en los pueblos meridionales, impresionables, ardientes y movedizos, que piensan con la imaginación y razonan con la fantasía, dados especialmente á lo sobrenatural y maravilloso; pueblos que necesitan representaciones sensibles de las cosas, encarnaciones individuales de las ideas, hombres que los muevan, héroes que los arrastren, oradores que los deslumbren, poetas de oropel que los extravíen, amos, en fin, que los dominen, para proseguir la tarea inacabable de levantar y derribar ídolos, comunmente de barro, manía eterna, necesidad fatal, ocupación favorita de las muchedumbres.

Y cada vez es peor; cada vez más difícil señalar un punto de reposo y de exámen al espíritu humano: la civilización extensa, barniz inconsistente que oculta

aún la fiera y el salvaje inofensivo, se extiende, se propaga con mucha más rapidez que la cultura real, que la instrucción sólida y verdadera: deslízase la vida en una actividad febril y enfermiza, con una velocidad vertiginosa, y los actores de esta comedia humana no tienen el tiempo necesario para ensayar su papel. El mónstruo, la bestia apocalíptica de cien cabezas, sin enterarse de lo que sucede en el escenario, aplaude estrepitosamente cuando triunfa un gladiador y le muestra ufano la bandera de su éxito, y silba cuando vé caer un vencido. Hasta que acaso un día, frio, obscuro y perdido en la inmensidad nuestro planeta, teatro inmenso de esa comedia que renace de sí; muerto para la vida y sin un sólo sér sobre su solitaria corteza, se agite en el vacío, en las convulsiones últimas, lanzando destellos moribundos de lejana y reflejada luz: como diciendo á los demás mundos del espacio con el grandioso alfabeto de los astros:

«¡No hay función!»





EL GENERAL LA TORRE

CONTRA la general creencia de que la hora de la muerte es la de las alabanzas y la justicia—observación que tiene el valor de una censura—ó, como dice con elegancia conceptuosa nuestro Saavedra Fajardo, que «la cuna no florece hasta que ha florecido la tumba», cabe la afirmación de que el elogio, cuando ha de ser extraordinario, por serlo en este grado el merecimiento de quien lo motiva, si se tributa en vida, puede confundirse con los mentidos halagos de la adulación vergonzosa, y corre el peligro de la contradicción interesada, si bien ésta, para los acostumbrados á cierta lucha, cuyo objetivo son los puestos sociales elevados y cuyo escenario son las altas esferas de la vida, en el órden intelectual y moral, es una forma cierta del aplauso. Ya lo dijo en versos brillantes un gran poeta:

«Quiero que aplausos me dén;
quiero escuchar en la lidia
los rugidos de la envidia,
que son aplausos también.»

Pero sea como fuere, acaso la consideración apuntada ha detenido antes de ahora la modesta pluma del que esto escribe, en el deseo de tributar entusiastas alabanzas á una figura de gran relieve, á un amigo querido y respetado, cuya desaparición inesperada del mundo de los vivos, reclama tambien ahora amargo tributo de lágrimas y de pena: el General de división Excmo. Sr. D. Sebastián de la Torre y Villar.

Era el General la Torre un oficial de brillante historia, honra de nuestro ejército valeroso, en que es tan difícil sobresalir por virtudes y méritos militares, que son como una segunda naturaleza del soldado español; y pertenecía al distinguido Cuerpo de Estado Mayor: ,de elevada estatura, de continente severo y expresión reservada y noble; mesurado y prudente en el trato social, modesto y retraido en su vida pública y privada; firme y leal en sus afectos; de severos principios religiosos y morales, más que un hombre de esta época, falta de caractéres aunque sobrada de talentos, parecía un caballero de pasados siglos, una de aquellas figuras, hoy asom-

bro de la Historia, de voluntad de hierro, gran temple de alma, firmeza de corazón é inteligencia sana y vigorosa, que resumían los esfuerzos de una vida abnegada y generosa en los imperecederos ideales del más glorioso período nacional, en estas palabras dentro de las cuales se ha desarrollado la epopeya del más grande de los pueblos: un Dios, una pátria, un rey, y una bandera.

Mas no se crea por esto que el malogrado General la Torre no fuese un hombre de su época: éralo por su instrucción nada común, por su amor á las humanitarias ideas modernas que tan bien encajan en los espíritus á la antigua española—aunque parezca paradoja—por sus ideas de avance y de progreso, por su trato social culto y afable, por su adhesión á las instituciones, en cuya defensa derramó su sangre en los campos de batalla, prodigando en ellos otra de sus más altas cualidades, su valor, asombroso por la serena energía, legendario por lo heróico é infatigable.

A el sólo—porque nunca transigió con la adulación, ni fué cortesano del poder ni mendigo de la fortuna—debió sus honrosos entorchados: en la guerra civil última acreditóse de oficial brillante y de soldado valeroso subiendo, por propio impulso, los más difíciles peldaños de su

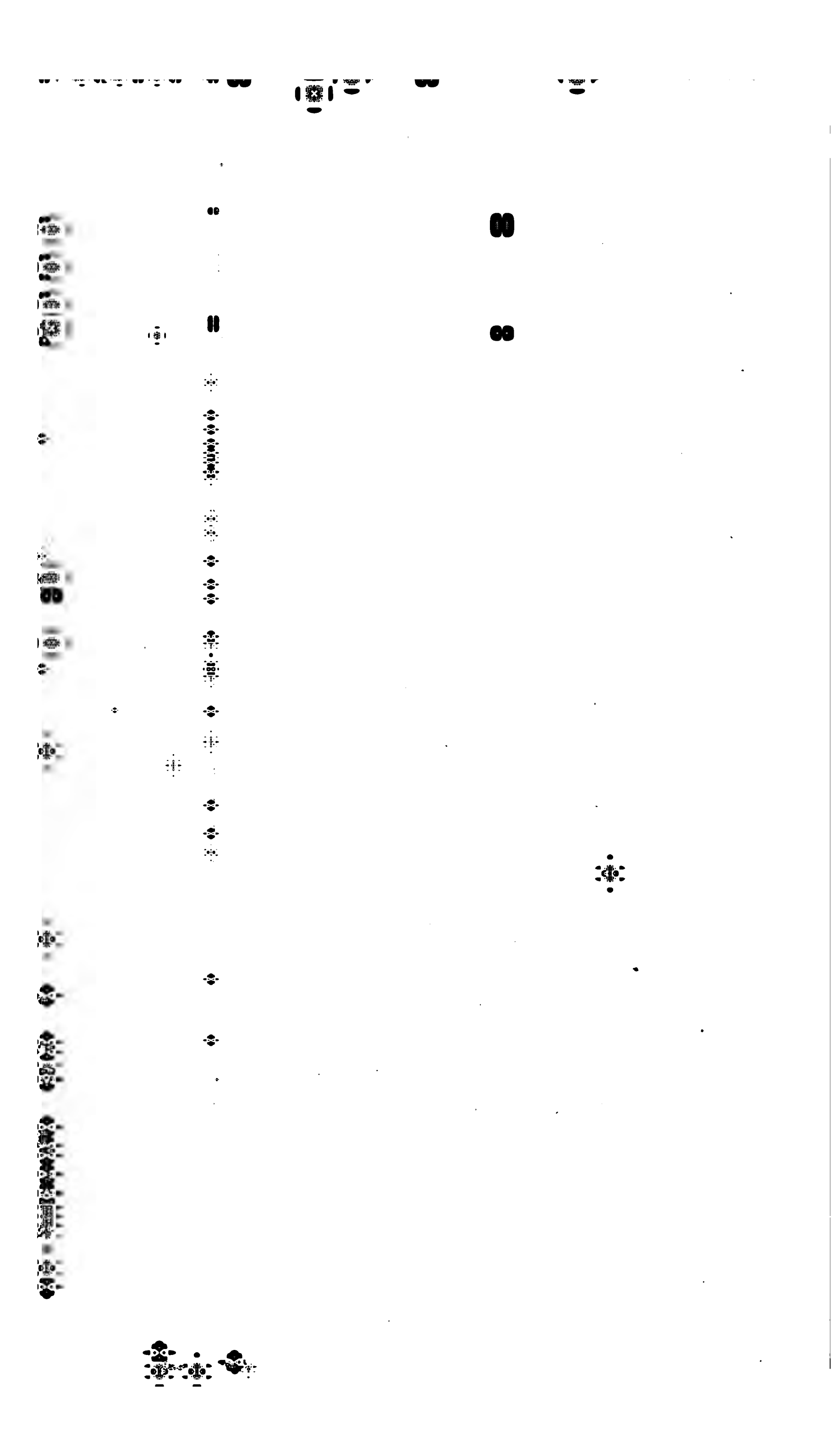
carrera militar: ascendió á general de brigada en 3 de Julio de 1885; en breve y gloriosa campaña de Mindanao, el año 1887, honró su pecho con la gran cruz roja del mérito militar, y desde fecha reciente estaba en posesión del empleo de general de división. Había nacido el 5 de Febrero de 1842.

En Puente Viesgo, á donde sin duda le condujo el deseo de vencer antigua dolencia, que no anunciaba ciertamente un fin tan funesto, le ha sorprendido la muerte, tal vez sin el consuelo de ver á su lado á sus queridos hijos y de contemplar por última vez á su noble esposa y hoy doliente viuda, la Excma. Sra Doña Ana García, insigne escritora que bajo el pseudónimo de *García del Espinar*, ha honrado con los destellos de su talento, en largas épocas, las columnas de *El Comercio*; madre desolada que en los momentos en que la abruma tan insperada desgracia, lloraba la pérdida de una hija idolatrada.

Para tan grandes pruebas, que sólo los espíritus elegidos pueden soportar con fortaleza, no hay ni el triste y débil consuelo de la pena compartida, y son muchos seguramente los que en Manila, honrados con la amistad del malogrado general ó sus compañeros de armas, comparten aquel dolor, no en verdad en ma-

yor grado que el que escribe estas torpes líneas, inspiradas mucho más por las justicias de la conciencia que por los dictados del afecto antiguo y profundo; líneas que no tienen por objeto honrar la memoria del finado, cuyo nombre basta á honrar los lábios que lo pronuncien ó la pluma que lo escriba, sino consignar tan sólo que la muerte del general ilustre es más que una pérdida irreparable para su familia, porque es una pérdida para el ejército y para la Pátria. Muerto aun jóven, de él puede decirse, por excepción y para su gloria, que lo que hizo durante su vida es poco en comparación de lo que le quedaba por hacer; con él se ha deshecho un modelo de hogares; se ha sepultado con él una brillante historia inacabada; desaparece con su nombre, aunque renazca y se perpetúe como ejemplo, una reputación inmaculada, y no sólo ha perdido la Pátria un hijo esclarecido, y el ejército un caudillo de pujanza, y el porvenir una inteligencia y un brazo; está de pésame la legión sagrada de los elegidos y los buenos, porque el bien y la virtud jamás contaron en sus filas mejor soldado.







POESIAS
DE
D. EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES
HABANA 1894

TEMA inoportuno parece el de la envidia para dar comienzo á un artículo en que han de enumerarse los merecimientos de un hombre ilustre, que vivió, como ha muerto, ni envidioso ni envidiado; sin embargo, nada tan á propósito, porque si lo primero puede y debe afirmarse, no así lo segundo: no ha de presentarse como prueba única del escritor envidiado ese gárrulo y enojoso ruido de la crítica brutal y deslenguada, injusta y chocarrera que envuelve algunos nombres, ni el ejemplo de convertir ella misma—sin otro motivo que lo explique que el éxito impuesto ó la posición adquirida,—en serviles alabanzas las anteriores censuras; hay una envidia peor que la envidia que alborota, y es la envidia que calla, esa envidia del silencio cuyo procedimiento hi-

pócrita consiste en hacer el vacío alrededor de un nombre, y en alzar, frente á los hombres de genio que intenta deprimir, huecos pero pomposos pedestales á obscuras y ambiciosas medianías. Este seguro método es tan ingenioso que resulta siempre del agrado de la multitud, porque pese á ilusos niveladores que hasta á la inteligencia se atreven, las muchedumbres necesitan ídolos, y cuanto más falsos y deleznables, más dignos los encuentran de admiración.

De aquí nacen tantos abatimientos injustos y tantas exaltaciones inexplicables: la ilustración moderna, extensa cuanto superficial, abre caminos fáciles á toda superchería y á toda ambición de fama por atropellada que sea, porque imita y falsifica el talento, aunque no logre igualarlo; y escritores banderizos, sin preparación ni conciencia, escudados con la irresponsabilidad anónima de la prensa periódica y amparados en el nuevo y vacío sentido de información impresionista que hoy constituye su débil urdimbre y que no requiere grado superior de cultura, completan la obra de general descrédito y propagan, con su ejemplo funesto, las desenfadadas máximas de la más temible de las anarquías; la anarquía de los espíritus: individuo de esta calaña habrá que se consideraría deshonrado si se apoderase de una moneda ajena,

y halla lícito y decoroso escamotear la reputación más merecida ó contribuir con su pluma á formar la de cualquier eunuco literario. En verdad que no cabe traducción más libre de la moral.

Las armas son harto conocidas: la alabanza al poderoso; el culto á las reputaciones formadas, aunque suenen á hueco; la sátira descortés contra el débil; el silencio ó la humillación—cuaudo no el aplauso á medias, mil veces peor que la más agria censura—para el talento modesto y verdadero, que en el mero hecho de serlo, ni vende su independencia á las alabanzas mutuas de interesados grupos, ni pacta con el impudor literario, ni acepta vergonzosos papeles en desacreditadas farsas de pandillajes benévolos y mascaradas muñidoras de turbios éxitos. ¿Cuándo se desligará el público de esas convencionales mentiras, sacudiendo el pesado yugo de prevenciones y prejuicios ajenos? ¿Cuándo comprenderá que la sátira es un viejo y roído antifaz de la envidia, la crítica al uso un evidente signo de impotencia y la malevolencia literaria indicio cierto de inferioridad intelectual? ¿Cuándo se convencerá de que el templo de la gloria está lleno de mercaderes? Difícil es predecirlo: sin embargo, buena parte del público está en el secreto y hoy da el mismo valor al aplauso que á la censura, y escritores cé-

[illegible] ce-
[illegible] s,—
[illegible] ca-
[illegible] han
[illegible] su
[illegible] urda
[illegible]

[illegible] la
[illegible] na-
[illegible] he-
[illegible] uma
[illegible] hala-
[illegible] co-
[illegible] rán
[illegible] sva-
[illegible] cai-
[illegible] mal-
[illegible] tes é
[illegible] n el
[illegible] lítica
[illegible] mo-
[illegible], el
[illegible] y la
[illegible] tanto
[illegible] ca-
[illegible] guirá
[illegible] los
[illegible]

[illegible] ntra-
[illegible] os la
[illegible] rgías

Lugar preminente ocupará entonces entre los escritores que han de sobrevivir y en la memoria de los amantes de nuestras letras, el nombre de D. Eugenio Sánchez de Fuentes, poeta cultísimo, delicado y de grandes alientos, no ha mucho fallecido en la Habana, y cuyas obras publican sus hijos, elevando, á un tiempo, monumento perdurable al arte y al amor filial.

Recuerdo—¡cuánto complacen los recuerdos cuando declina la edad!—que allá por los años 1872 ó 1873, reunidos en Sevilla D. Antonio Sánchez Mogel y D. Luis Montoto, ambos insignes literatos y escritores, de prodigiosa memoria y peregrinos conocimientos aquel, erudito y entusiasta de curiosidades literarias el segundo, hasta el punto de haber copiado, en un cuaderno, los epitafios más notables de los antiguos cementerios sevillanos; reunidos, digo, con el que esto escribe, celebrabamos cinco inspiradísimos versos grabados por una madre sobre la tumba de un hijo de tierna edad, versos cuyo autor desconocíamos y que admirábamos con juvenil entusiasmo: hoy, pasados veinte años y acaso en demasía descontentadizo en materias literarias, al leer tan hermoso epitafio en las obras del Sr. Sánchez de Fuentes, me afirmo en la idea de que nada se ha escrito, en lengua alguna, superior á ese brevísimo poema: helo aquí:

Una madre
en la tumba de su hijo.

Por un cielo te perdí;
me dejaste sin consuelo...
Pero bien hiciste, sí.
¡Sé lo que vale ese cielo
por lo que me cuesta á mí!»

(Sevilla, 1844.)

Inútil parece consignar, por el lugar y tiempo en que está firmado el epitafio, que el Sr. Sánchez de Fuentes, aunque nacido en Barcelona, pertenece, por filiación literaria, á la escuela sevillana, á esa grande y calumniada escuela que ostentó en otros tiempos nombres tan gloriosos como los de Herrera, Alcázar, Arguijo, Caro, Rioja, Reinoso y Lista; que ha producido en nuestros días tan célebres poetas y escritores sin citar á los vivos, como Ayala y Tassara, García Gutiérrez y Fernández y González, Cañete y José Díaz, Escudero Perosso y Zapata, Becquer y Velarde: y que en estos momentos llora la pérdida de Antonia Díaz de Lamarque, poetisa ilustre, joya del parnaso español y gloria veneranda de Sevilla.

Entre estos insignes escritores, por indiscutible y propio derecho y con merecimientos extraordinarios, debe contarse á D. Eugenio Sánchez de Fuentes; su inspiración delicada y brillante, no perdió nunca la

lozanía ni la frescura de la juventud, ni aún vestida con el ropaje sentencioso y grave de la edad madura: es su estilo nervioso, sostenido y elegante, sin traspasar jamás los fáciles linderos de la grandilocuencia hinchada, que tantas veces oculta el vacío del pensamiento: campea en sus versos esa naturalidad desesperante que tan sólo alcanzan los talentos superiores; y sus ideas y sus imágenes son siempre generosas, originales, y nobles, dando á sus hermosas creaciones valor subidísimo; no hay en ellas oropel, sino oro; no hay deslumbradora y falsa pedrería, sino diamantes de gran precio. Una sola de sus composiciones, *El niño y el poeta*, ha sido traducida á casi todas las lenguas de Europa: otra inspiradísima titulada *A Cervantes*, le abrió en 1885 las premiosas puertas de la Academia Española, y jamás ha procedido la ilustre corporación con mayor justicia. De esta magnífica oda son las estrofas siguientes:

«Tenaz calumniador, piensas que el hombre
al interés no más sórdido y frío
su corazón sujeta,
y los nobles impulsos, los arranques
del heroismo y la virtud sublimes,
escarneces cual sueños de poeta.
¡Ay del amor purísimo y la gloria,
del artista infeliz sola esperanza!

¡Ay del justo y del sabio!... ¡Pobres locos!
¡Quijotes sois, y el mundo Sancho Panza!

....

De fiebre devorado, el héroe invicto
del Trace fiero espanto,
te vió bravo león entre leones,
combatir en las aguas de Lepanto;
y si selló tu sangre la victoria
de la Pátria y la Cruz con alta hazaña
y tu pecho rasgó profunda herida
y roja bala destrozó tu mano,
¡Dios conservó tu diestra bendecida
para gloria del nombre castellano!

Son de primer órden sus poesías *Mi deseo, Al Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandéz-Guerra,* á la insigne poetisa americana *Mercedes Flores* y otras muchas de larga enumeración; así como sus hermosos sonetos *La vuelta al hogar*, *A la libertad*, *A Ayala, A Herrera*, *A Rioja* y *A la Fé,* no reconocen otros mejores en castellano: sus traducciones de la *Elegía 3.ª*, de Ovidio, y de la composición delicadísima *¡Cauta!* de Parsenese, están hermoseadas con el encanto de una fluida y castiza versificación, y moldeadas en una rara identificación con las ideas y sentimientos de los autores.

Sembrado está el libro de frases felicísimas, como el cielo de estrellas en noche clara y transparente: una mujer enamorada dice á su amado:

«Antes de verte soñaba:
¡Ya no sueño junto á ti!»

En boca de Colón pone estas palabras arrogantes, pero justificadas:

«¡Gran tumba me concedes, Océano,
pero es más grande aún mi pensamiento!»

En unos vigorosos tercetos contra *Los bufos* exclama indignado:

«Las actrices despójanse de todo
como en *la bella* y virtuosa *Elena*,
y al traje y al pudor le dan de codo.

—

¿Qué importa si el teatro así se llena?
¿Si solteras alegres, viudas locas,
malas casadas, perdición ajena,
Tiburones de rizos y de cocas
que venden por un palco sus caricias
abren gozando las pintadas bocas?

. . . .

—

¡Rienda suelta al placer y á los deseos!
¡A gozar! ¡A gozar!... Corta es la vida;
¡La virtud es de tontos y de feos!»

Es imposible continuar citando y enumerando aciertos y bellezas, en que rebosa el libro: transcribiré una brevísima y sentida poesía:

Blanco y Negro

«El libro de mi dicha
no hay que hojearlo;
al nacer me lo dieron
y aun está en blanco.
En cambio veo
cada año el de mis penas
más grande y negro.»

Si tiene el poeta, como se vé, sobrados títulos á la admiración ajena, mayores los reune para el que escribe estas líneas, en cuyo espíritu despiertan los versos sonoros é inspirados del Sr. Sánchez de Fuentes, recuerdos dulcísimos y gratas lejanías del pasado. ¿Qué desterrado á larga distancia de su país natal no oirá con singular deleite la voz peregrina que le describa el cielo que vió al nacer y las glorias y grandezas de su pátria, le repita nombres queridos, le hable del suelo inolvidable en que transcurrió su juventud no bien apreciada, y la tibia atmósfera en que vibraron sus primeras ilusiones, como relámpago luminoso y pasajero, y más si esa pátria es la inolvidable Andalucía? ¿Quién que haya sido afortunado huesped de las hospitalarias Antillas no comulgará con el Sr. Sanchez de Fuentes en el religioso amor á Puerto-Rico y Cuba, culto especialísimo del poeta?

Para el que esto escribe la lectura de tan hermoso libro ha sido como la reaparición de un amigo antiguo y querido, y ha grabado con amor esos versos en el santuario silencioso de su mente, como su autor los ha escrito en las páginas luminosas del libro de oro de la inmortalidad.

¿Que no logró el aura popular? ¿Que no obtuvo los favores de la fortuna?... No importa; el talento lleva en sí su valor y su gloria, y no necesita la aclamación ajena y menos el éxito tumultuario; y en cuanto á los dones de la fortuna, siempre valdrá mucho más, para las almas superiores, merecerlos que alcanzarlos.

El fabricó, como todos edificamos, pero con riqueza de imaginación extraordinaria, el palacio de sus sueños; los deseos sin forma, las ilusiones brilladoras, los suspiros sin objeto, la ambición nobilísima de fortuna y gloria, las esperanzas juveniles, con suave aleteo rozan sus muros ideales: allí dentro construyó salas suntuosas, patios moriscos, extensos jardines, fuentes árabes que murmurasen en la soledad y el silencio renovando sus cristales líquidos, paredes de labrado y finísimo encaje de piedra, esbeltas columnas, elegantes arcos y estancias deleitosas, en que el arte desplegó su poder, la inspiración sus prodigios, la riqueza sus tesoros y la gloria

[illegible] albergó,
[illegible] d de sus
[illegible] sus ven-
[illegible] poeta:
[illegible] lados al-
[illegible] inmacu-
[illegible] edad sin-
[illegible] l gene-
[illegible] rminada
[illegible] paz con
[illegible] con su
[illegible] talento,
[illegible] ien, des-
[illegible] mansión
[illegible]

[illegible] ó en sus
[illegible] su nom-
[illegible] honró la
[illegible] ia, como
[illegible] ndo hue-
[illegible] la tierra,
[illegible] ellos tan
[illegible] hijos, he-
[illegible] gloria.
[illegible] mple tan
[illegible] en pudo
[illegible] ble Agui-

[illegible]

la floración futura de las almas.
¡Hora feliz, en que la mía vienes,
oh Señor, á arrancar del frágil vaso
y vida más perfecta le previenes!
La muerte es un progreso, breve el paso;
estoy pronto á partir:
¡Aquí me tienes!»

Manila, 25 Febrero 1895.





EL VAPOR "GUTHRIE"

EL Domingo 5 del actual, á las once de la mañana, abandonaba el puerto de Manila el vapor «Rómulus», con destino á su acostumbrado itinerario de la costa del Norte de Luzón.

El tiempo, aún inseguro y achubascado, á consecuencia del intenso báguio de los últimos días del mes anterior, parecía con tendencia á abonanzar, y los barómetros subían.

El mar, no obstante, agitábase en oleage tendido é impetuoso, como sí aún se sintiese extremecido por el huracan.

A mitad de aquella noche salía el «Rómulus» de Subic, envuelto en sombras obscurísimas y espesa lluvia. Antes del amanecer pareció que se sentían cañonazos lejanos: no era ilusión del oido; á poco, algunas luces de bengala y contínuos cohetes nos aseguraron de la proximidad de un buque que reclamaba auxilio; el in-

trépido capitán del «Rómulus», D. Fausto Ormaechea, á quien nunca se elogiará lo que merece, sin vacilar ni un momento, puso rumbo hacia el barco que en el obscuro horizonte se adivinaba.

Al llegar á su lado, clareaba el día: hallábase el buque al Este de la farola de las Islas Capones, mal fondeado á unas tres millas de la costa, casi al pié de los inhospitalarios montes de Zambales, destrozada la máquina, sin hélice ni gobierno alguno y á poca distancia de un bajo de piedra: era el buque un vapor australiano magnífico, el «Guthrie», allí arrojado por la furia del pasado huracan, y expuesto á perecer en tan peligroso paraje con las ciento veinte personas que conducía á su bordo.

El capitán del «Rómulus» se resolvió á salvarlo, después de conferenciar con el jefe del buque australiano, que en un bote escasamente tripulado, no sin gran riesgo, se acercó y subió á nuestro barco: la pasada angustia y la alegría presente se reflejaban en aquellos semblantes curtidos en el mar y acostumbrados á desafiar impávidos el peligro.

Nos acercamos al «Guthrie», pero una marejada fuertísima dificultaba las faenas que se realizaron, no obstante con la mayor pericia: dos largas horas duraron las de dar un cable al buque náufrago, y con-

ducir á nuestro barco el pesado alambre que lanzó el «Guthrie». Terminada al fin la tarea, y al emprender la marcha, el cable de babor estalló como si fuese una débil cuerda, y al ponerse en tensión el alambre de estribor, arrancó con extruendo un pedazo de la barandilla del «Rómulus.»

Por un instante, el pánico se pintó en todos los rostros: el «Guthrie» habia levado anclas, y temimos por su suerte; pero el alambre resistió la arrancada, y momentos después ambos barcos marchaban hacia Subic, fuertemente balanceados por las olas.

La noche, cubierta de neblina espesa, nos impidió entrar en Subic, y hubimos de seguir navegando en demanda del faro del Corregidor.

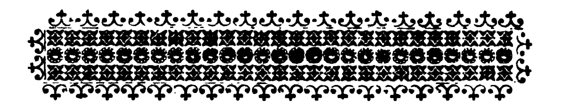
Al amanecer del mártes entrábamos en la inmensa bahía de Manila: el «Guthrie» estaba en salvo.... pero ¿quién describe las angustias de aquella noche interminable? Un débil alambre de menos de tres centímetros de diámetro unía el barco australiano al «Rómulus», y de él sólo, de su insegura resistencia, tal vez de un golpe de mar, dependía la vida de un centenar de personas. ¡Noche en ambos barcos de larga angustia, de zozobra mortal, de esperanzas inciertas, de contínuos temores, coronados por el éxito!

¡Espectáculo grandioso, conmovedor, el de la salida del «Rómulus», pasando junto

á la popa del buque salvado! Allí la tripulación en masa, subida en palos y cuerdas, allí elegantes damas, niños, extraños tal vez al peligro anterior, saludaban al «Rómulus» con entusiastas y repetidos ¡hurras!, lanzados por cien bocas de otros tantos séres devueltos á la vida. Allí el júbilo y la gratitud de aquellos séres arrebatados á la muerte, entre los que atraia las miradas una bellísima jóven que agitaba en sus manos, febriles de alegria, una bandera norte-americana.

Más de un rostro curtido por el mar se humedeció con lágrimas; muchos corazones latieron de entusiasmo y tal vez alguno se estremeció de legítimo orgullo, como héroe del salvamento y por el bien realizado.

Lingayen 12 Octubre, 1890.



COLONIZACION DE FILIPINAS

INMIGRACIÓN PENINSULAR

POR DON MANUEL SASTRÓN

LO primero que ocurre, al leer este brillante estudio en que el Sr. Sastrón hace gala de su saber y de su talento, ambos tan grandes y tan bien empleados, es formular varias preguntas de tal modo relacionadas entre sí que, al contestarlas, de la resolución de la duda que cada una envuelve, se deriva una afirmación que las comprende en su unidad total: ¿se halla Filipinas en estado de colonización? ¿su población aumenta en forma que ofrezca llegar á ese estado en el periodo de tiempo que exige el necesario desenvolvimiento de su riqueza? ¿es preciso, para que su población obtenga la densidad conveniente, que se favorezcan y aún promuevan corrientes de inmigración? ¿cuáles pueden ser éstas?

Aunque en muchas provincias de este archipiélago hay densidad bastante de población, como acontece en las Visayas y en Luzón, en las próximas á Manila, llegando en ésta á 462 habitantes por kilómetro cuadrado, el promedio en todas las islas no excede de la proporción de 21'43, según la estadística formada en 1893 por la Junta de la reforma municipal; el promedio resulta exíguo si se le relaciona con el grado de prosperidad á que llegar puede esta provincia española, pero no carece de importancia si lo comparamos con el de otras colonias y aún con la que, de origen inglés, es hoy considerada como la nación más rica y poderosa de América.

Por excepción, Cuba y Puerto-Rico alcanzan respectivamente la densidad de 21-54 y de 78 habitantes por kilómetro cuadrado; pero la colonia de Victoria, que es la más poblada de Australia, sólo alcanza la de 4; las islas Sanwich, la de 3-31; el Canadá la de 1-25; Terranova la de 2; Argel la de 5: la de 1 la Guayana inglesa, y los Estados-Unidos de la América del Norte, la de 6.

Se desprende de estos datos que Filipinas está como otros innúmeros paises, á bastante distancia del llamado por los economistas estado de colonización, ni se halla, por lo tanto, este vastísimo territorio exento de la necesidad de remediar la

falta por medio de la emigración nacional ó extranjera, sirviéndonos de la frase misma de una autoridad ilustre en estas materias. Si á esta circunstancia se agrega lo que se desprende del conocido error de Fr. Bartolomé de las Casas respecto á aquellas fortalezas de españoles establecidas de trecho en trecho en las costas de Tierra Firme para la comunicación con los indios, que debían dar por resultado la mezcla y la confusión de las dos razas, á que se oponen leyes fisiológicas, en cuanto á desaparición de la inferior y á probadas infecundidades, lo imperioso de aquella necesidad aumenta, y más aún cuando á razones tantas se suman la fertilidad inagotable del suelo y el desarrollo escaso del trabajo.

Achaque es éste sobrado común en los paises coloniales, y á promover y asegurar la abundancia del trabajo deben, según Wakefield, encaminarse todos los esfuerzos, introduciendo en ellos trabajadores de la metrópoli y de otros paises densamente poblados.

A tema de tamaña trascendencia, es decir, á la introducción en Filipinas de trabajadores metropolíticos, está consagrado el estudio del Sr. Sastrón, por más de un concepto magnífico, y en el que nuestro erudito amigo y compañero ha puesto, como acostumbra en cuanto sale de su

pluma brillante, toda la plenitud de su alma y todo su vigor intelectual; cuanto el estudio de un asunto puede suministrar al talento, cuanta observación puede enriquecer á un espíritu profundamente investigador, y todas las esquisiteces y las energías de una inteligencia sincera y vigorosa, puesta al servicio de la verdad, aspiración suprema de las hombres de rectitud inmaculada, de los que nunca olvidan, según frase famosa aunque algo antigua, que Dios y los hombres pueden perdonarnos, pero jamás la conciencia.

Y el Sr. Sastrón es una rectitud y una voluntad; con la primera ha procurado esclarecer un asunto complejo de solución dificilísima; guiado por la segunda no ha vacilado en presentar batalla á tantos errores y vulgaridades como de contínuo se afirman sin datos y se consignan sin meditación ni estudio, sin otro resultado que el extravío de la opinión y la perpetuación de prejuicios insanos que yá cuestan á la humanidad muchas lágrimas y á nuestra nación ruinas sin cuento y estériles sacrificios.

Médico, y médico distinguido el Sr. Sastrón, conságrase al estudio de los agentes morbosos que estorban, si no impiden por completo, el trabajo agrícola del europeo en los paises que, como Filipinas, están situados en la doble zona tórrida, aspecto

esencial que no puede faltar nunca en estudios de colonización, puesto que para realizarla hay que contar, lo primero, con las aptitudes de la raza inmigradora para lograr fácil ó posible aclimatación, dado que la labor agrícola producto es siempre de las energías físicas, la salud vigorosa y la robustez corporal. «Las colonias situadas en la zona tórrida,—dice escritor ilustre,—no ofrecen á la emigración europea el ancho campo que las de las zonas templada ó fría; y así se explica la gran superioridad que en esta materia ha alcanzado Inglaterra, quien poseyendo la mayor parte de los paises á propósito para la colonización, situados en dichas zonas, apenas ha dejado á España, Francia y Holanda más que posesiones situadas en la zona tórrida, de admirable fertilidad, pero en los que la raza blanca no se multiplica con la facilidad que en las primeras, ni conserva por mucho tiempo aquel vigor moral y físico necesario para la dura empresa de la colonización.»—«Todas las colonias.—dice el mismo insigne autor en otra parte,—todas las colonias que producen cereales y lana en abundancia, como los Estados-Unidos, el Canadá y la Australia; todas las que hemos llamado *agrícolas* ofrecen un clima favorable al europeo, ó que al menos no le es perjudicial, pero aquellas en que se produce el

ofrecen,
desfavo-
y cuya
abo de

iniones
te her-
de su
letra A
tre los
pone
sis los
descon-
los in-
arse de
as; ana-
dminis-
en elo-
con brío
a insu-
indus-
de base
a inmi-
que la

opinión;
en por
m, que,
ién alza
entando
funesto,
rdad: el



trabajo agrícola es honrado como todo trabajo, pero de condición ínfima para razas civilizadoras y superiores, cuya misión providencial es impulsar el desarrollo intelectual y el progreso material de las llamadas razas inertes, pero no descender á ocupar su puesto y sustituirlas en labores imposibles y rudas bajo la acción de un clima saturado de electrización y humedad y de agentes enervadores y debilitantes, y sin duda por estas consideraciones no sabemos de colonia alguna inglesa ni holandesa, que hoy se nos presentan como modelo, en que la inmigración de elemento metropolítico concurra al trabajo personal agrícola del que si obtuviese el necesario sustento, sería mojando con sus lágrimas el pan buscado en regiones lejanas cuando éstas son inhospitalarias.

Un autor estudioso y distinguido, al consignar que en la Península se siente la necesidad de jornaleros agrícolas, pues su escasez es notoria, comprueba, el hecho de que en la riquísima isla de Cuba, en los tiempos de su mayor prosperidad, no podía sostenerse el trabajador peninsular, siendo este aspecto económico del problema de importancia tal, que él sólo bastaría para convencernos de la imposibilidad de inmigraciones de esta índole. «En Filipinas,—agrega el ilustrado autor,—seria todavía más angustiosa la situación del

jornalero peninsular. Allí se paga al peon para toda clase de trabajos de campo al día un real fuerte (sesenta céntimos de peseta), con alimento, y aunque es cierto que el trabajo del indio por su escaso alcance, aún con este jornal sale á veces caro, aunque alcanzara díez veces más un jornalero peninsular, no sólo su ahorro seria escaso, sino que se vería expuesto algunas veces y en todo tiempo á perecer: se aduce, no obstante, como prueba de la bondad de semejante sistema, que los jornaleros ingleses emigrados á Australia prosperaron y con ellos el país mismo. Pero aún suponiendo inconcuso este aserto, debe reconocerse la diferencia que existe entre aquel país y otros semejantes con los nuestros, supuesto que en Australia el trabajador europeo no tuvo nunca que luchar con la competencia del obrero indígena, porque éste había desaparecido; el país, por su clima y condiciones, es poco ó nada diferente del que el inmigrante había abandonado, y el jornal ha sido siempre en aquella región proporcionado al coste de la vida.» Aunque las cifras consignadas hayan sufrido alteración desde que el libro se publicó, subsisten las razones fundamentales en que esas líneas están inspiradas.

Comulgamos, como se vé, en un todo, con las ideas del Sr. Sastrón; con esto sólo se esclarece un aspecto del problema,

pero el más importante; y puesto que por designio providencial los ejércitos de la civilización han de esparcirse por el planeta como ley de irradiación ó expansión de la familia humana, difundiendo, á un tiempo, el sentimiento religioso para la conquista del espíritu y las energías físicas para la conquista del bienestar material, y realizando lo que por modo gráfico llaman ilustres autores la expropiación forzosa á las razas inertes, por causa de utilidad universal, y toda vez que España ha sido el heraldo en la grandiosa y humanitaria empresa y hoy marcha á la vanguardia de las gloriosas falanges, deseamos que las inmigraciones individuales y colectivas de la noble raza española estén representadas por cuantos elementos contribuyan á la acción inteligente y directiva que impulse el desarrollo de las artes, las industrias, la agricultura y el comercio; por ejércitos permanentes, en poder y número bastante á garantir la vida individual y el honor nacional, y por brava y formidable marina de guerra que paseé por estos mares lejanos, reflejándolo en las aguas atónitas, el inmortal pabellón oro y grana y ocupando, en fin, el puesto que corresponde al prestigio histórico y á la superioridad de la raza; en sacerdotes del espíritu que difundan la santa fé cristiana y sacerdotes de la inteligencia que propaguen la verdadera



EL INDIFERENTISMO

EL indiferentismo, en todos los órdenes de la vida, es el cáncer de las sociedades modernas: hijo parece, por su naturaleza, de la envidia impotente que se retrae de la lucha y se encierra en un silencio que la aniquila y consume; por sus efectos se asemeja al egoismo—tal vez se le llamara mejor egolatría—y como el egoismo es una negación, ó una fuerza perdida, sus resultados no pueden ser más funestos. «Hay casos,—ha dicho un fisiólogo eminente—en que el egoismo gana y corrompe á un gran número de hombres; tal es, por ejemplo, el que caracteriza la decadencia de las sociedades: esta especie de egoismo ha hecho imaginar á algunos pensadores que el interés personal era el único móvil de las acciones humanas.»

Tal error, aun no reconocido ni repudiado por completo, ha obscurecido el brillo de las ciencias modernas, imprimiendo

funestas y extraviadas direcciones al espíritu, señaladamente en las económicas, y ha relajado la sociedad política, cuyos organismos robustece el instinto de relación: confundido el indivíduo en la colectividad, no era nada, y pretendiendo serlo todo, procuró edificar inexpugnable fortaleza á sus derechos, exagerando estos principios y aislándose, moralmente al menos, de la acción común; pero el sér humano se desnaturaliza, si intenta sustraerse á la vida afectiva; el hombre necesita ideales, y ni una ni otros se realizan fuera de la comunidad que garantiza la conservación de la especie, el ejercicio del derecho y la posible perfección del estado social.

El olvido de tan eternos principios y la teoría implacable del interés personal, no menos que le relajación de los vínculos morales y religiosos, han engendrado lógicamente el egoismo individual que, atento sólo á los groseros apetitos de la especie, cifra su aspiración única y suprema en los goces materiales, en el placer por el placer mismo, en el oro como medio de comprar y conservar el placer; en cuanto constituye, en fin, un bienestar epicúreo, embotador de la inteligencia y verdugo de las más altas y nobles cualidades humanas.

Cuando esta enfermedad social se propaga salen á la vergüenza pública esos

entes agotados y deformes, que se conocen con los nombres de neuróticos, degenerados y decadentes: cuando sobrevienen, tras los aniquilamientos de los goces brutales, los sombrios amargores del tédio, y quedan la memoria sin recuerdos que la ennoblezcan, la inteligencia sin ideas que la vigoricen, el corazón despoblado de sentimientos generosos y el alma vacía de virtudes, ausente de Dios y de sí misma; cuando se quebrantan los vínculos divinos y humanos, se rompe el freno de todos los respetos y el yugo de los deberes, y sucede á la fiebre de la gloria la fiebre del dinero, y á la sobriedad y á la templanza los torpes refinamientos de enervadora molicie, el indiferentismo recluta sus míseros ejércitos y los pueblos se postran incapaces de soportar el peso de su propia vida, y entregan el cuello al yugo de cualquier vencedor: Roma cae sin gloria, débil y agonizante, bajo el hacha de Alarico y siente su seno, antes no profanado y vigoroso, pisoteado por los caballos de los bárbaros; el imperio bizantino se desploma, como árbol únicamente sostenido por la corteza, al empuje de un puñado de catalanes y aragoneses.

Cuando llegan estos días de horribles y peligrosas decadencias, los pueblos modernos ni siquiera consultan su conciencia, como los antiguos consultaban sus orácu-

[illegible] uellos
[illegible] tuosos
[illegible] indi-
[illegible] sangre
[illegible] oce á
[illegible] abyec-
[illegible] las le-
[illegible] inútil
[illegible] moda-
[illegible] cieda-
[illegible] tentes
[illegible] gías ni
[illegible] n en-
[illegible] l pue-
[illegible] ni la
[illegible] tud y
[illegible] las ge-
[illegible] nstitu-
[illegible] de fun-
[illegible] ano, el
[illegible] social;
[illegible] humi-
[illegible] era en
[illegible] norte
[illegible] escán-
[illegible] dos de
[illegible] o, por-
[illegible] s altas
[illegible] s nie-
[illegible] gías se
[illegible] es que
[illegible] la en-



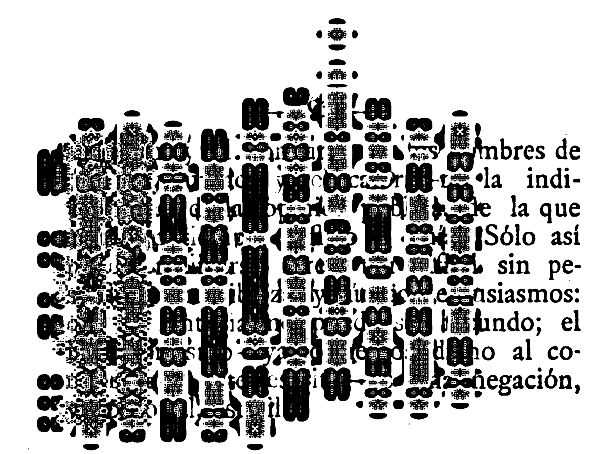
vidia, el ódio, la maledicencia y la calumnia: su ideal único—si de tal puede calificarse—es la más absurda igualdad niveladora, pero no la noble igualdad que eleva y ennoblece al humilde y abatido, sino la igualdad que humilla y abate al eminente: desprovistos de talento y de fé, siéntense las entrañas devoradas por la ruin tristeza del bien ajeno y es objeto de sus ódios todo mérito que se eleva; despojados de cualidades generosas, hacen el vacío alrededor de los hombres de valer, se conjuran para el silencio ó se alían para reticencia injuriosa; desnudos de patriotismo, calumnian á la Pátria, ponen en tela de juicio las glorias contemporáneas que no vé su ceguedad, y discuten las acciones heróicas que pasan de la altura de su corazón; si hablan del espacio es para decir que lo ennegrecen las nubes; si nombran el sol es para afirmar que tiene manchas que lo afean. A estas muchedumbres semicultas y degeneradas puede lanzarse al rostro, con un famoso escritor inglés la frase de que «todo lo perdonan, excepto el génio»: en tales períodos y semejantes pueblos, la justicia social surge sólo después de la muerte, cuando el combatiente sucumbe y deja un puesto en las filas de la ambición; de manera que los hombres de mérito bien pueden decir con un conocidísimo personaje de Bretón de los Herreros:

«Ruego á ustedes, pues advierto
que me vá mejor así,
que siempre que hablen de mí
se figuren que estoy muerto.»

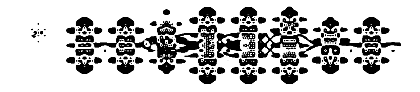
Preferibles son los períodos de reorganización nacional, con sus incertidumbres y agitaciones, en que todo se discute con calor hasta en las plazas públicas: no hay triunfo sin batalla, ni victoria intelectual sin contradicción y sin obstáculo; las ideas se depuran y acrisolan en el choque con otras ideas; la emulación del talento es factor indispensable en la realización de los fines sociales: la admiración razonada y sincera ha dado más obras inmortales á la ciencia y la arte que el génio y la perseverancia: «el entusiasmo hace en un dia lo que la razón en muchos siglos:» la fé alzó á las nubes las agujas de piedra de los hermosos templos góticos: todo gérmen es fecundo; toda idea toma cuerpo; el ideal se hace verbo y forma, y se confunde con el sonoro verso, y baja al lienzo al mármol, cautivo de la mente del artista: las muchedumbres alzan estátuas á los grandes capitanes y á los escritores excelsos: la vida nacional, exuberante y robusta, palpita y se derrama por doquiera: cada hombre contempla á sus iguales; si sobresalen algunos, no los humilla ni los discute, sino que se afana por excederlos y

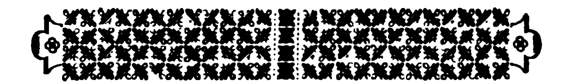
si lo consigue y no tiene á quién superar, procura entonces excederse á sí mismo. «Los triunfos de Milciades—decía Temístocles—no me dejan reposo alguno:» Frase hermosa y sentimiento digno de imitación. Los grandes hechos históricos, las conquistas que han transformado el mundo antiguo y moderno, no se han realizado con muchedumbres incrédulas ni con ejércitos de indiferentes y degenerados, sino con hombres entusiastas, poseidos por la fé y confiados en la victoria.

Si aplicación tienen las observaciones anteriores á pueblos cuyo caduco organismo se quebranta, acaso la tengan mayor y más positivo alcance, desde luego, á los países que dan ahora sus primeros pasos en el camino de la civilización contemporánea, senda rodeada de obstáculos y bordeada de abismos, no conocidos lo suficiente para ser evitados; problemas heterogéneos —por jemplo—envuelven hoy el porvenir de Filipinas, encomendados unos á la acción del Gobierno, dependientes otros de su vitalidad económica, y sometidos todos á ámplio estudio y á exclarecimiento por parte de la prensa periódica del país, cuyas opiniones se escuchan por los poderes supremos y repercuten á veces en el seno de la representación nacional; pero es necesario, para que la prensa esté á la altura de su misión, que no le falten la



mbres de
la indi-
la que
Sólo así
sin pe-
siasmos:
undo; el
o al co-
negación,



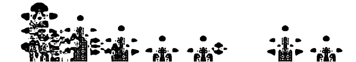


ANO NUEVO

CUANDO se lean estas líneas, faltarán pocas horas para que un año termine y otro empiece: agoniza el de 1895 sepultándose en los abismos del pasado con el acostumbrado séquito de recuerdos y fechas, amargos unos, risueñas otras; con sus horas que parecieron siglos y sus días que parecieron minutos; inacabable para el triste, fugaz para el empujado por la fortuna, para todos igualmente inexorable en sus continuados pasos hácia lo infinito, y dejando en pos de sí la imágen de hechos y de sucesos extraordinarios ó vulgares, prósperos, indiferentes ó adversos, que constituyen su urdimbre y la idea de su relación; esa imágen viva y palpitante primero, después pálida y borrosa hasta confundirse en los imaginarios linderos en que flotan mezcladas, sin separación ni órden men-

[illegible] lo vivido
[illegible] soñado.
[illegible] ¡Cuántas
[illegible] en de-
[illegible] cidas cual
[illegible] niebla ba-
[illegible] atadas por
[illegible] nacidas al
[illegible] ntadas con
[illegible] or mereci-
[illegible] s mereci-
[illegible] zas de la
[illegible] rrolladores
[illegible] queridos,
[illegible] de la hu-
[illegible] la ciencia
[illegible] blece el co-
[illegible] saparecidos
[illegible] logo de la
[illegible] unos con
[illegible] perpetuados
[illegible] de la fama
[illegible] la Historia,
[illegible] rte, ese re-
[illegible] os, el ante-
[illegible] istencia fu-

[illegible] Y en su
[illegible] pre y siem-
[illegible] de la vida,
[illegible] asiones, la
[illegible] sos, la per-



petuidad de las mismas luchas, la propia dirección de los sentimientos humanos, el propio morir y renacer de ideas antiguas que parecen nuevas y de ideas nuevas que parecen antiguas, como si la historia de la humanidad fuese una perpétua reproducción de sí misma; que no otra cosa representa el espectáculo permanente, que ni eleva, ni ilustra, ni edifica, de la ambición temida y colmada, la audacia aplaudida, la hipocresía triunfante, recompensado el impudor, la virtud menospreciada, desconocido el mérito, ultrajada la modestia, el éxito indiscutido y acatada la riqueza: no otra cosa nos dicen los medros de la adulación, las improvisaciones de la mediocridad, las aclamaciones del vicio, los estrépitos de la vanidad y las injusticias del acaso; ni otra cosa pregonan las guerras injustas, las rebeliones sangrientas, en que los pueblos son aniquilados por los pueblos y destruido el hombre por el hombre, asolada y profanada la tierra y atropellados los altos conceptos de la razón, la dignidad humana, la justicia suprema y la vida social, en la cual, y para honra de la humanidad, se elevan y descuellan con vividos resplandores, como alturas del pensamiento y del espíritu, el héroe de la pátria, el sacerdote que se sacrifica, el bueno que hace religión del deber, el hombre eminente que derrama sobre

[illegible] a cien-
[illegible] sclavi-
[illegible] ndo en
[illegible] clama-
[illegible]

[illegible] mas?»

[illegible] época
[illegible] visto
[illegible] te, las
[illegible] as por
[illegible] y en
[illegible] sepul-
[illegible] nsacia-
[illegible] ir sus
[illegible] ue los
[illegible] y en
[illegible] idos y
[illegible] eblo es-
[illegible] ro, al-
[illegible] nas tie-
[illegible] istadas
[illegible] hijos,
[illegible] igno-
[illegible] repug-
[illegible] como
[illegible] ente, el
[illegible] nos pa-
[illegible] del in-
[illegible] devas-
[illegible]

Aciago ha sido, en verdad, para la madre España, el año que termina; más no por ello debemos maldecirle: cierto que durante sus horas la rebelión y la guerra han penetrado, como afilado cuchillo, en sus entrañas generosas; que el deber y el honor nacional han despoblado sus hogares y sus campos; que la han abrumado inmerecidos infortunios, y han corrido á torrentes su sangre heróica y sus inacabables recursos; pero no ha sido en vano, y tan duras pruebas sólo han servido para contrastar su desconocido poder, resucitar su heroismo, redoblar su energía y despertar su legendario tesón y su invencible firmeza; y en tan negros días hemos sabido dispersar las concitadas nubes y barrer las tormentas amontonadas sobre nuestra cabeza, abriendo á trechos el encapotado cielo con el soplo poderoso del aliento español y con las ráfagas incontrastables de renovadas glorias: díganlo por nosotros los insuperables batallones, en el pasmoso número de cien mil hombres,—el más poderoso ejército colonial que jamás se ha visto,—con tal celeridad transportados á Cuba que han sido actos simultáneos la realización y el deseo; dígalo la potente escuadra improvisada con tal presteza que no parece sino que por cada barco que han sepultado las olas, han surgido, devueltos por ellas, otros barcos cien veces más formidables,

del fondo de los mares; díganlo las repetidas y gloriosísimas victorias obtenidas sobre el tenaz y rebelde enemigo, siempre en triplicado número por circunstancias propias del suelo y la obligada guarnición de ciudades y poblados, en la hermosa y arrasada Antilla; díganlo, en fin, el asombro de Europa ante tan colosal esfuerzo y tan admirable organización militar, y el contenido respeto y la forzosa neutralidad impuestos á la más grande y temida república americana.

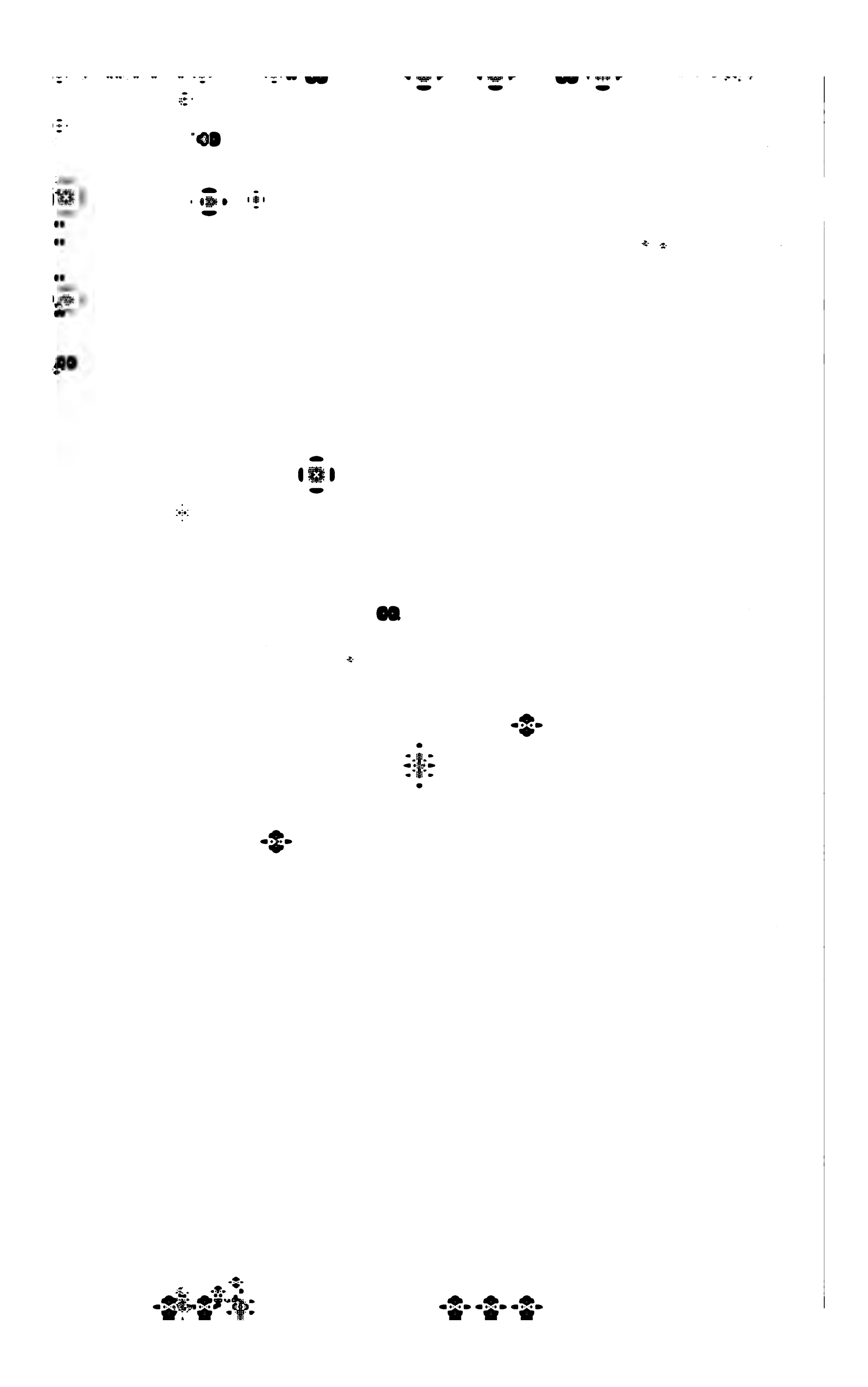
No podemos maldecir el año que termina; en él se reconstituye la Nación, se centuplican sus fuerzas de mar y tierra, se imponen su poder y virilidad y se afirma gallardamente el sagrado principio de la integridad é indivisibilidad del nacional territorio: en él, clávase de una vez para siempre, por general invicto, en el corazón mismo de la, por siglos, disputada isla de Mindanao, la vieja y heróica bandera del color de sus glorias luminosas y de la sangre vertida en sus increibles empresas y combates; échanse, en él, los cimientos de una invulnerable organización militar y marítima en el territorio oceánico de más vigoroso empuje, riqueza mayor y porvenir más claro de este extremo Oriente; en sus últimas horas tráenos, con alas eléctricas, la fausta noticia de brillante y decisiva victoria, lo-

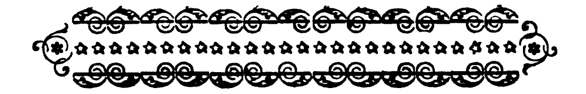
grada por nuestras armas en Cuba, como promesa de paz cercana; y todo hace creer en un próximo período de tranquilidad pública, de bienestar merecido y de ganado reposo, en que tan grandes energías se encaminen al robustecimiento y regeneración de la Pátria, á la sombra de sus laureles agrupada y al pié del trono defendido por nuestros leales pechos en que se muestran y resplandecen, en el Rey niño altísima esperanza, y en la persona de su augusta Madre el ejemplo más noble de abnegación y de virtudes de mucho tiempo á esta parte admirado en Europa.

¡Ojalá sea el año venidero el encargado de realizar tan halagüeñas profecías, y en él, asimismo, participando de los beneficios de la paz nacional, logre esta leal tierra filipina, con el concurso de leyes sábias y previsoras, salir de su actual abatimiento, vencer el conflicto monetario que entorpece el desarrollo de su gran potencia económica, y desenvolver las riquezas prodigiosas de su suelo!

30 Diciembre 1895.







UN RECUERDO

A mi amigo D. Francisco Espina

NADA valen, fuera del orden íntimo, los recuerdos de la amistad á la memoria de los que desaparecieron, si no se les une el tributo de la justicia; pero si éste recae sobre méritos distinguidos ó eminentes; si estos méritos son de aquellos que honran la misma pluma con que se ostentaron, y además se enlazan á otros merecimientos de los que tanto enaltecen entre la gran familia militar porque se relacionan con ese culto del deber, esa inflexible religión del honor y esa ley invariable del valor que constituyen las cualidades más excelsas de los caudillos y de los soldados del más heróico de los ejércitos,—que tanto da decir del ejército español,—entónces el recuerdo de la amistad y el tributo de la justicia adquieren un carác-

ter más alto, porque envuelven en sí conceptos de mayor extensión que pasan del indivíduo á la colectividad, y del prestigio de un nombre á la representación de un ejemplo.

Y tal fué el Coronel D. Miguel A. Espina, compañero de armas en estas islas y en mejores tiempos, de muertos ilustres, como el heróico Novella y el malogrado general D. Sebastián de la Torre, y de vivos que ya tocan en los linderos de la inmortalidad, como el defensor valeroso de la trocha de Mariel—Artemisa, en los rebeldes campos de Cuba, el esclarecido general Arolas.

Recorrió Espina la senda de su carrera brillante y breve, llevando en su diestra ora la espada del soldado, ora la pluma del escritor: muchos fueron sus servicios especiales, aún mayores sus méritos de guerra y no superados por éstos sus merecimientos de periodista y literato: cadete el año 1859; profesor en 1867 del colegio de Infantería; capitán en 1871 por los servicios que el 29 de septiembre de 1868 prestó á la causa del órden; con grado y empleo de comandante en 1872 y 1873 por la acción de Coll de S. Mauricio y acción y toma de Balaguer, y trabajos de fortificación de este punto; distinguido al frente de una columna, el último de dichos años por la defensa del Arsenal de la Carraca,

derrota de los sublevados cantonales y captura de su cabecilla Carrasco; con grado y empleo de teniente coronel, en 1875 y 1876 por la acción de Alcira, sitio y toma del Castillo de Feliú, y acciones de Grandeza y Argensola, Alguera, Laganor, Cirauqui, Vera y Peña-Plata; distinguido siempre por su sereno arrojo y por su acreditada pericia, y premiado con cruces numerosas y con la declaración honrosísima de benemérito de la Pátria aunque no siempre recompensado en la medida de sus merecimientos, su muerte ocurrida en Manila el 20 de Diciembre de 1889,—cuando yá en posesión del empleo de Coronel, y aún jóven aunque con su salud quebrantada, descansaba de tan sucesivas campañas y fatigas,—privó á la Pátria de un excelente soldado, al ejército de una legítima gloria, al porvenir de un general ilustre.

No estorban sus éxitos militares, con ser tantos, á sus méritos de escritor sobresaliente; y sus obras *La civilización y la espada*, de caracter histórico-militar; *Los cuentos del veterano; Manual para cabos y sargentos, La batalla de San Quintin y el monasterio del Escorial, Cuentos históricos militares, Necrología del general Orozco*, y otras del mismo órden; sus novelas *Isabel* y *El cáliz de la amargura* y la leyenda histórica *El amor fué el salvador:* sus eruditas

conferencias en el Casino militar de Madrid, y sus notables trabajos como director y fundador de *El Correo Militar*, demuestran sus alientos y sus entusiasmos, como los aplausos que cosechó y las distinciones y recompensas que se le concedieron entre las cuales figuran condecoraciones nacionales y extranjeras, como la Encomienda del Libertador Bolivar, y la cruz de la guerra civil y otras muchas y varias menciones honoríficas de Real órden otorgadas, prueban las excelencias de su pluma y las gallardías de su talento.

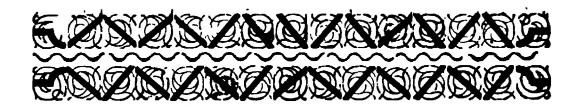
Hoy hace siete años que sucumbió á dilatada y fatigosa dolencia, contraida en las penalidades del campamento, el ilustrado y pundonoroso jefe militar, á cuya memoria se consagran estas líneas; si de ellas se deriva un ejemplo y se desprende una enseñanza; si despiertan un recuerdo en los que conocieron al bizarro soldado, cumplido, estará el propósito que las ha inspirado. Nos honró, allá por los años de 1886 y 87, la amistad del Sr. Espina; pero entendemos que aún más puede honrarnos este tributo de justicia rendido á su nombre.

La suerte privó al ilustre soldado del más grande de los honores militares; sucumbir en el campo de batalla; pero aún así los elogios que, al descender sobre una tumba, adquieren el doble valor del desin-

terés y de la verdad reconocida, porque yá no pueden dictarlos ni contradecirlos los móviles, las luchas, ni los apasionamientos de la vida, cuando caen sobre el sepulcro de un noble soldado español que prodigó su bravura y derramó su sangre por el más santo de los principios humanos, el amor de la Pátria; que condujo valientes tropas al repetido triunfo; que fué mártir de sagrados deberes, y al mismo tiempo, reflejó en su espada los resplandores del talento y el brillo de las letras, semejan deshojados laureles cayendo sobre el nombre de un elegido, ó lluvia de flores que cae sobre las leyendas de gloria de un ejército victorioso.

20 de Diciembre de 1896.





ISLAS FILIPINAS

MEMORIA DE D. VICTOR BALAGUER

CON el título que sirve de cabeza á estas líneas ha publicado el Sr. Balaguer, que á sus laureles de poeta ilustre ha sabido unir los difíciles prestigios de insigne estadista, un estudio interesantísimo acerca de Filipinas, enriquecido con número tal de datos, observación profunda, é ideas é iniciativas tan nobles y acertadas, que constituye un timbre más, y no ciertamente de los menos valiosos, para su gloria y nombre, y reclama, por ser libro de tan breve lectura como extraordinario mérito, la atención preferente de cuantos se dedican á este órden de importantes asuntos nacionales y coloniales á un tiempo, y trabajo menos modesto que el que vamos á consagrarle, no

sin hacer primero una digresión, que no es extraña al objeto y que parece oportuna, cuando no necesaria.

A nadie debe sorprender el espectáculo de una pluma consagrada al elogio, en época en que tantas se consagran á la censura, y, comunmente, á la censura del mérito verdadero, tanto más acre aquella cuanto sea el último más innegable y elevado: el espíritu humano, en labor incesante como de lo alto impuesta, no cesa de producir, hoy más que nunca por la difusión de conocimiento, extensos si superficiales, las facilidades de la publicidad y el allanamiento de una opinión niveladora: de obras tan numerosas como las que á diario nacen, perduran ó mueren, cuéntanse por unidades las que guardan, entre peregrinas páginas, como depósito sagrado, los destellos del génio, y pocas, muy pocas, ostentan el sello revelador del talento; entendemos que no hay, para las demás, mejor, censura que el silencio ni pena mayor que el olvido, y que no puede dedicarse á aquellas—únicas que tienen el privilegio de mover nuestra pluma modestísima pero honrada—menor tributo que el de la admiración y el entusiasmo.

Parecerá inoportuno, siendo en el fondo triste y bochornosa necesidad, empezar un trabajo encomiástico por justificaciones anticipadas, como si la admiración fuese una

falta, el entusiasmo una culpa y acto vergonzoso tributar el aplauso merecido; pero la admiración, la más hermosa de las facultades humanas, ó se recata como criminal furtivo, ó se refugia y se manifiesta en ciertos espíritus no contagiados por la frivolidad malsana del medio ambiente; el entusiasmo emigra de las sociedades anseáticas, orgullosas de su indiferencia estéril y vacía, y desvanecidas por la soberbia igualitaria, en las que los juzgados conviértense en juzgadores, mídese el juicio ajeno por las inseguridades ó las estrecheces del propio, acúsase á la conciencia recta de doblegada á los dictados de la amistad, y para desautorizar el elogio consciente de sí mismo, denigrando á mansalva al talento que lo motiva y al escritor que lo rinde, llámase generosidad á la justicia.

Indigentes de espíritu y menesterosos de compasión nos parecen esos infortunados, que no han sentido nunca descender sobre las sequedades de su alma el rocío generoso de las nobles ideas, ni estremecerse su corazón con las hidalgas vibraciones del entusiasmo; que si alguna vez dejan escapar un signo de aprobación sin limitaciones, no dueños de sí ante el mérito que arrebata, lo recogen y lo desvirtúan al punto, con explicación reticente ó reserva estudiada como arrepentidos ó avergonzados; son esos desgraciados, insignificantes sumandos

[illegible] la im-
[illegible] al con-
[illegible] hombre,
[illegible] dículas
[illegible] udata-
[illegible] dianía.
[illegible] peque-
[illegible] de con
[illegible] y el
[illegible] erana-
[illegible] poetas.

[illegible] manos:
[illegible]
[illegible] nos?»

[illegible] is, ex-
[illegible] celente
[illegible] n esta
[illegible] títulos,
[illegible] dipinas:
[illegible] to len-
[illegible] cia, el
[illegible] l traza
[illegible] ebe ser
[illegible] cuando
[illegible] á los
[illegible] ntal in-
[illegible] defini-
[illegible] grande-
[illegible] cen in-
[illegible] colma-
[illegible] ña las

medidas, proyectos y reformas realizadas y adoptados para impulsar el desarrollo de las dormidas riquezas de este suelo, y promover el acrecentamiento de su cultura intelectual y moral, entre los cuales tuvo el autor la suerte merecida de plantear en unos casos y de llevar á cumplido término las más veces, pensamientos tan felices como la creación de Escuelas de Artes y Oficios, la fundación del Museo-Biblioteca de Manila, la de ocho estaciones agronómicas regionales, y señaladamente la Exposición general celebrada en Madrid el año 1887, legítimo triunfo y gloria envidiable y envidiada de su iniciador, certámen brillantísimo que elevó el nombre de Filipinas á la consideración de Europa y á las resonancias del siglo, y de tan vigorosa vitalidad, que no pudo morir, sino transformándose en el Museo-Biblioteca de Ultramar, aún hoy admiración de propios y de extraños: enumera los medio en que debe desenvolverse anchamente el porvenir del Archipiélago y que consisten en la propagación de enseñanzas industriales, artísticas y agrícolas, en el encauzamiento del comercio hácia la Metrópoli y en la colonización de las islas con elementos peninsulares: y da forma, por último, á los que consideramos los pensamientos fundamentales de su obra, de tal importancia y tan madurado estudio que reclaman atención

especial: tales son el relativo á la necesidad de un centro oficial encargado, bajo la inmediata dirección del Presidente del Consejo de Ministros, de la gestión política y económica del Archipiélago, pensamiento en que el Sr. Balaguer no coincide sino completa el de otro memorable estadista, D. Patricio de la Escosura, que fué el primero en presentir los grandes y futuros destinos del Archipiélago, y que viene á destruir la extraña idea de la supresión del Ministerio de Ultramar, sostenida no há mucho, en demostración evidente de que no hay error que no tenga sectarios, ni absurdo que no halle mantenedores: el proyecto, antes ya acariciado por el gran escritor y ministro, de un puerto libre de obligada escala en la corriente universal de comercio que, al abrirse el itsmo de Panamá ú otro de los que se estudian ha de establecerse con América por el Pacífico, donde poseemos, como llaves de oro, los numerosos archipiélagos de Carolinas y Palaos en la, para entonces, importantísima región de la Micronesia; y, en fin la idea felicísima de la celebración de exposiciones parciales y especiales cada tres ó cinco años, para «mantener viva—como dice el autor de la *Memoria*—la atención del público y del país, encaminándola constantemente hácia nuestras regiones ultramarinas, estrechando cada vez más, de esta

manera, los lazos de amor y fraternidad que nos unen con ellas,» empezando «con una Exposición de artes—agrega el señor Balaguer—y de industrias artísticas, de instrucción y de enseñanza... un certamen que, al mismo tiempo que á las exigencias del alma, responda á las utilidades de la vida; que sea recuerdo del pasado, práctica para el presente, esperanza para lo futuro.»

Estos son, en líneas generales, los pensamientos y proyectos que el Sr. Balaguer expone y desenvuelve en su excelente *Memoria,* con tales destellos de talento y gallardías de lenguaje que hacen de tan concisa obra una verdadera joya literaria: á su lectura se observa que el ilustre poeta catalán tiene profundos conocimientos de estas islas, más ciertamente que muchos que han realizado el hecho peregrino y frecuente de visitarlas y no conocerlas, y á quienes no debe el país el beneficio de una idea: donde tantos otros, atacados de la incurable amaurosis del espíritu, sólo han creido ver obligada é incómoda posada en medio de viaje penoso, ó tierra de tránsito indiferente, en las largas peregrinaciones de la vida, no merecedora de estudio, al pisarla, ni acreedora al recuerdo, al alejarse de ella, el insigne escritor ha visto, con los espejismos del génio, grupos de islas maravillosas ceñidas de mares acariciadores y coronadas por el pena-

cho de humo de volcanes hirvientes; sabe que, el oro, el hierro, el cobre y otros metales, preciosos para el hombre ó necesarios al desarrollo de su vida industrial, yacen cuajados en sus entrañas como sangre que circuló por venas paralizadas y muertas de gigantesco organismo, esperando que la humana actividad los desentierre y los transforme; ha entrevisto territorios inmensos cubiertos por lujuriosa vegetación tropical, en que se entrelazan y confunden seculares árboles de variedad increible, junto á feraces llanos en que se producen y crecen la dulce y nudosa caña, el hebroso abacá, el coco oleaginoso de pródiga corteza útil á infinitas industrias, y el algodón de parda envoltura, apretada borra y copos de fibras nevadas; y con el conjunto de estas magnificencias y el brillo de riquezas en tanto grado inusitadas, por la actividad del hombre y el transcurso del tiempo centuplicadas en términos del mayor florecimiento y del más grande esplendor á que llegar pueda región alguna del planeta, evoca, como por conjuro, y nos presenta la deslumbradora imágen del más robusto imperio colonial con que haya soñado nación alguna de Europa, el imperio español de Oceanía, elevado en las hermosas tierras cuna del sol, por la firmeza de nuestra latina raza, vivificado por nuestros mártires y nues-

tros navegantes y guerreros ilustres, trasunto de nuestro poder y nuestra grandeza, desenvolviendo su próspera vida y su influencia bienhechora por todo el extremo Oriente, bajo los brazos de la redentora cruz, ante la inmortal mirada de la Historia y á la sombra augusta de nuestra excelsa bandera.

«Todo—escribe en magnífico párrafo el eminente autor de la *Memoria*—todo es en ellas maravilloso y excelso, con sublimidades que embelesan y con romanticismos que asombran: sus selvas y bosques, apenas explorados, en que se encuentran las más olorosas maderas del mundo y las más preciadas; sus montes vírgenes, que así vierten en fuentes el agua salutífera para el doliente y en rios el agua caudalosa para el campo, como arrojan al aire por la candente boca de sus cráteres, y desde alturas prodigiosas, el fuego de sus volcanes; sus tierras, que se desangran para ofrecer el hierro, el oro, el carbon, el cobre, los jaspes y los mármoles; su fauna ejemplar desde el ave mas sociable y amiga del hombre, que con sus cantos saluda al viandante y le acompaña saltando de árbol en árbol, hasta el fiero cocodrillo, goloso de carne humana, que le acecha encavado para devorarle; su flora, primorosa y sin igual en el universo mundo

por lo exquisito de sus perfumes y lo esplendoroso de sus colores; sus palomas *de la puñalada*, que con la sangrienta mancha que llevan en mitad del pecho parecen recordár el símbolo místico de aquel corazón del Hombre-Dios, que siempre mana sangre; sus grandes mariposas, que se envuelven y rebozan en sus álas monumentales y multicolores, á manera de aquellos ángeles de piedra que yo ví en los portales de la Catedral de Búrgos; el corredor ciervo que se adelanta al viento; el gallo épico de los indios, tan fieramente arriscado en la pelea; el carabao de astas arqueadas, que olvida sus bravezas para ser auxiliar del hombre en sus faenas agrícolas; las serpientes y víboras más venenosas, con su esbeltez de formas y su lujo de galas y colores, como para indicar que allí están la ponzoña y la muerte donde están las bellezas que seducen y los encantos que atraen; los árboles, que extienden sus brazos para regalar frutos sabrosos y tambien pan, y algodón, y alcanfor, y sándalo, y canela; las cañas que vierten azúcar y las plantas que brindan mieles; los rios que deslizan sobre lechos de oro sus olas de plata, y los mares, que cosechan perlas y corales: los troncos, que se despojan de sus cortezas para ofrecer telas y lienzos con que pueda vestirse el hombre; las frutas

más sabrosas, alguna de las cuales se abre por mitad, á manera de estuche de joyas, pará ofrecer sus almendras en forma de perlas, con dulzores de ambrosía y placideces de nieve y, finalmente, porque sería no acabar nunca, las flores, que no se contentan sólo como las del *ilang-ilang*, en dar el más rico de los perfumes, la mejor de las esencias conocidas, que se busca con afán y se cosecha con codicia, sino que, como las llamadas *nepenthes,* abren sus cálices en forma de jarras para ofrecer agua pura, regalada y aromática al sediento y fatigado viajero.

Y todo esto, frutos sin ejemplo, cosechas sin número, flores sin rival, esplendideces sin nombre, misterios de selvas todavía invioladas, magnificencias subterráneas aún desconocidas, montes que en sus entrañas nutren fuego, rios que con sus arenas arrastran oro, mares que en su seno esconden perlas, árboles que con sus frutas llevan pan y en sus hojas esencias, y en sus troncos riquezas, y en sus cortezas lienzos, y en sus raices mieles, todo esto, digo, bajo cielos fulgurantes, llenos de iris y matices, y todo, todo, nadando en luz y en color, de día con soleadas que arden y de noche con celistias que iluminan.»

En tal forma y con tales galas escribe el Sr. Balaguer, enumerando al mismo

tiempo y calculando, como estadista, las riquezas y el porvenir de Filipinas: sus proyectos de Exposiciones parciales y especiales nos parecen tan acertados que suponemos que la prensa toda y la opinión pública en la Península como aquí, les prestarán su concurso, recordando los resultados obtenidos por la Exposición general de 1887, de que fué consecuencia la regional aquí celebrada por iniciativa de otro hombre ilustre el Sr. D. Angel Avilés, que, con sólo esta circunstancia, hubiera hecho memorable su nombre en el Archipiélago.

Y terminamos este largo artículo, insuficiente para dar á conocer la importancia de la *Memoria* analizada, en que el gran escritor una vez más demuestra que no se agota en su mente privilegiada el antiguo caudal de altas y generosas ideas, ni envejece en su firme mano la pluma ilustre con que honra á la Pátria y á las letras españolas.

Manila, Diciembre, 23-1895.





SALON DE PINTURA

EN estos días hemos oido la halagadora idea, bien que en su realización tropiece con las dificultades inseparables de todo proyecto de novedad é importancia, y con las que suscitan siempre la indiferencia y la rutina, de la creación en esta ciudad de un Museo de pintura, y aunque no parezcan propicios los momentos presentes para intentarlo, lejos de nosotros se halla el pesimismo de declararlo imposible, cuando sabemos que existen, en poder de algunos particulares, que responderían con desinterés y patriotismo al primer llamamiento, numerosos cuadros de mérito excepcional, ya de antiguos maestros, como Goya, bien de célebres pintores modernos, como Resurrección Hidalgo, que comparte, con el autor del *Spoliarium,* el cetro y la gloria del arte pictórico de esta porción del territorio español.

No nos arredra, pues, el generoso pro-

yecto, toda vez que, por fortuna nuestra, nos declaramos, como un famoso escritor príncipe de la palabra, súbditos del entusiasmo: es más, creemos que la creación de la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado, dirigida por otro pintor meritísimo, el señor Rocha; la existencia del Museo-Biblioteca de Filipinas; la circunstancia de congregarse hoy en esta capital no pocos pintores conocidos y estimados, la de sostener la Corporación municipal algún pensionado en Europa, premiando así el esfuerzo individual y alentando á la juventud de esperanzas, ó conducen á aquel fin, ó no conducen á resultado completo.

Inspirados en deseos análogos, antes de ahora y consagrando atención preferente á cuantos asuntos se relacionan con nuestro Ayuntamiento, ó pueden depender de su iniciativa, no sólo hemos celebrado mejoras materiales realizadas y servicios municipales con acierto implantados, sino que hemos indicado también la conveniencia de ciertas instituciones de enseñanza y propagación de la cultura general, cuya fundación y vida corresponde señaladamente á los Municipios, teniendo para ello en cuenta la más ancha esfera de acción en que, desde el Real decreto de 19 de Enero de 1894, puede moverse nuestra Corporación municipal, aunque, preciso es confesarlo, confiando más la realización de esas aspiraciones á los

adelantos del porvenir, que á la posibilidad y á los medios del presente.

Comulgamos, por lo tanto, con todo el que aporte una noble idea, por prematura que parezca y por muchas dificultades que ofrezca en su realización, porque, á pesar del general indiferentismo y de comunes desconfianzas, estamos seguros de que esa idea no muere, y como fecunda semilla, no puede menos, en su lugar y tiempo, de fructificar: por otra parte, el fin ennoblece, por sí solo, todo intento generoso, que demuestre siquiera amor al país; y amar á Filipinas es, para nosotros, amar á España, y defender su prosperidad y su progreso es defender el engrandecimiento y los pres tigios del nombre español.

Pero, á la mayor alteza de un proyecto, corresponde número mayor de dificultades, y es necesario á veces y conveniente siempre, la lenta preparación del camino que debe recorrerse, lentitud que, aunque parezca paradoja, conduce más pronto al término: árdua tarea sería, acaso, por lo pronto, la creación de un Museo de pintura, pero no tanto la práctica de un medio que, en las poblaciones importantes de Europa se verifica por la sola iniciativa individual, y que aquí, por ahora, no podría llevarse á término sin la decidida protección oficial.

Nos referimos á la instalación de un Salón de Pintura y Escultura, á semejanza

del llamado *Salón Parés* de Barcelona, que tan buenos resultados ha producido en la hermosa capital del Principado, y que reuniendo la ventaja de constituir una exposición artística permanente, aún tiene las más importantes de despertar la emulación noble entre los pintores y escultores, y el gusto del público; familiarizar á las clases modestas con el espectáculo de la belleza, que tanto influye en el mejoramiento de las costumbres y en el desarrollo de la sensibilidad, preparando el advenimiento de esas intuiciones colectivas, de que habla el más grande de los tribunos españoles, que no es, á la postre, otra cosa que la sanción pública, tan buscada y deseada del verdadero artista, y poner en relación permanente y directa al público con las peregrinas creaciones del arte.

Cuéntase, á la hora presente, con valiosos elementos para la realización de la idea, y una pléyade de pintores de mérito puede ser, con sus obras en él expuestas, ornamento del Salón, como, durante algunos años, florecientes para la pintura catalana, adornaron con lienzos admirados el Salón Parés de Barcelona, Urgell y Masriera, Román Rivera y Galofre, Santiago Rusiñol y Laureano Barrau, estos dos últimos aclamados en los actuales momentos como príncipes de la pintura española en el Salón del Campo de Marte, de París.

En Manila se han celebrado yá las obras y se conocen y estiman los nombres de numerosos pintores, célebres unos, como los citados al comienzo de estas líneas, acreditados otros, como Baruel y los Martinez, Bueso y algunos más, jóvenes de alientos y esperanzas, como Santos, hoy pensionado en Europa, y Sors Marasi, aquí residente; y á los nombres de aquellos pintores, agrégase, por fortuna, el de un verdadero artista catalán, D. Pablo Olivella, algunas de cuyas obras yá ha contemplado y contempla en estos dias, en frecuentado sitio, el público de Manila, jóven pintor que por su entusiasmo, su estudiosa fecundidad y los aciertos y delicadezas de su pincel, llamado se halla á ser digno sucesor y continuador de sus insignes paisanos citados antes, y de cuyo mérito y porvenir nos impiden escribir con la extensión debida y el encarecimiento que quisiéramos, lazos de reciente pero firme amistad.

Pero no puede realizarse el pensamiento de ese Salón de Pintura, de antiguo acariciado por nosotros, sin la decidida protección del Ayuntamiento, y acaso sin alguna subvención del Centro directivo de Administración civil: necesario es, en esta clase de empresas, desplegar, si no lujo completo, el conveniente decoro, y ya que no derroche de fondos, alguna largueza,

para que no resulten á medias realizadas; necesario parece, asimismo, que la instalación de la sala, si se efectúa, se verifique en sitio céntrico muy frecuentado y preferido del público, donde, de manera habitual, se reuna concurso numeroso, como la Escolta ó el Pasaje de Pérez, por ejemplo, porque no se trata de una institución para las clases acomodadas, que basta situarla en lugar donde puedan llegar sin molestias los que tienen carruaje, sino de una institución popular en que tengan acceso, sin esfuerzo alguno, todas las clases sociales.

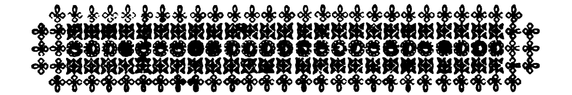
Es el arte, y tal vez el arte pictórico más que ningún otro, un medio poderoso de cultura, especialmente en los paises que nacen á la vida colectiva, donde el gusto positivo de que habla Blair, debe destronar al gusto extraviado, y sustituir el lienzo, animado y correcto, al cromo frío y á la estampa amanerada: para ello es esencial la exposición pública permanente, y la general y permanente contemplación de la belleza y de las obras escogidas del talento en que se halla representada; no hay fuerza mayor que el hábito, ni palanca intelectual como la emulación, ni igualdad tan perfecta como la del mérito: nada hay, además, tan importante como la cultura del sér sensitivo, después de la educación del sér espiritual; y aquella emulación y la igualdad

aquella nacen de la pública observación, del exámen colectivo, de la suma de impresiones individuales, de la discusión misma en que se ensalza ó se humilla, pero se aquilata el mérito, y surgen, no aquella crítica, de la cual á la envidia no hay más que un paso, según Hesiodo, sino la admiración común, que es la recompensa del artista, la razonada crítica, que es el elogio del inteligente, y la censura, que es el aplauso mejor de los indoctos.

De todos modos, si el pensamiento prosperase, que no es difícil si se tienen en cuenta el entusiasmo y los alientos de nuestra Corporación municipal dariase un gran paso en la poco frecuentada senda del adelanto y la cultura popular de Filipinas: no es sólo sensación, ó impresión si se quiere, la pintura, sino arte suprema que animan el color con rasgos vigorosos de vida, la expresión moral, como reflejo de la acción y de las pasiones humanas, y la línea como determinación de la belleza, resultando de este conjunto harmónico, la inspiración personal, que es medio de la obra artística, y la idea, que es el fin realizado: no hay progreso sin lucha, ni adelanto sin vida intelectual, ni vida intelectual sin arte; y si son infortunados aquellos pueblos que desoyen con indiferencia los altos llamamientos de las ideas colectivas, ó aquellos en que la verdad sólo levanta pro-

testas y tempestades, más desdichados son todavía los pueblos sin ideal, que es el imperativo categórico del arte y del espíritu humano.





EDUARDO EUGSTER

CON verdadero ingenio y gran fondo de verdad, un distinguido crítico musical, el Sr. Camps, ha demostrado y censurado el error corriente de suponer imposible que á Filipinas vengan artistas de mérito extraordinario; y su discreta observación, hecha á propósito de la señora Agresti—por cierto que con razón sobrada—puede aplicarse al tenor finilipino con cuyo nombre se encabezan estas líneas, bien que el señor Eugster, por su posición independiente y particularidades que no son de este lugar, haya vivido y se proponga vivir alejado del teatro, que hubiera sido su centro, y en donde, á un tiempo, le llamaban su talento indiscutible, su vocación contrariada y la gloria reservada á su nombre, y á que su pátria tenia perfecto derecho, como lo tiene toda madre á enorgullecerse con la fama legítima y los costosos laureles de sus predilectos hijos.

El error citado, asidero cómodo para todas las inseguridades del juicio común, tiene el inconveniente de ser ocasionado á injusticias sin número, que ante las revelaciones del tiempo y las alegaciones de un gusto selecto y depurado, vienen á refluir, á la postre, sobre la propia conciencia colectiva que las comete, porque toda injusticia recae siempre sobre el mismo agente que la realiza. De él, sin embargo, se deriva un mal: el arte vive por sí, pero el artista necesita justicia y entusiasmo: sin el aplauso público y sin la debida distinción del respectivo mérito, no hay país en que puedan formarse y florecer grandes poetas, excelsos pintores, ni músicos y cantantes insignes.

Y á esto se opone la anarquía de la crítica y del gusto en la época presente, sin que afirmemos que esta sea peor ni mejor que otras en que se repetía lo mismo que ahora: lo propio entonces que hoy, hablábase del gusto enfermo del público, del buen gusto, colocado en sanas alturas que lo sustraían de todo contagio, y del llamado sentido de lo bello, cualidad distintiva de los hombres superiores: bien puede, por lo tanto, decirse, con aplicación á todos los tiempos, aunque el presente lo merezca más que otro alguno, que en ningún orden de conocimientos humanos cabe tanto error como en materias de arte: no requiere

preparación ni especial estudio, en el exámen de una obra de arte llamada á impresionar al público con los resplandores de la belleza, sorprendida en el mundo real ó en el mundo moral, recogida por las pupilas de luz y la intuición poderosa del artista y reproducida por el canto, la estrofa ó la paleta, el aventurar una opinión que, después de todo, á nada compromete cuando no vá unida á la notoriedad de un nombre: invade, en tales asuntos, la duda á los espíritus indecisos, que no ven la luz entre las brumas espesas de sus vacilaciones íntimas, sino al través de los cristales de aumento que ante sus ojos colocan las aclamaciones del éxito y los deslumbramientos de la fama; y aquellas audacias y estos titubeos explican los juicios inciertos del llamado por el ilustre Campoamor vulgo del entendimiento, los desmayos del mérito y los desalientos del atrista; que hay, en las esferas del arte, algo aún peor que el silencio inconsciente y es el aplauso inmerecido. Sólo el talento puede juzgar al talento; tócanos á los demás admirarlo y aplaudirlo.

Estas reflexiones ocurríanse al que esto escribe oyendo al señor Eugster cantar é interpretar repetidas veces las más escogidas piezas de su extenso repertorio, con que ha hecho sólo dos breves apariciones en algunos de los más concurridos

salones de Manila: no tienen, sin embargo, aplicación exacta á este artista notabilísimo las consideraciones anteriormente expuestas; cierto que el Sr. Eugster se ha negado á su propia gloria pero la gloria ha ido á buscarle al retraimiento impuesto por su posición y su modestia: cierto, asimismo, que se ha negado á los brillantes resplandores de la escena, pero su opulento amigo Butterfield ha construido para el artista suntuoso teatro en que el señor Eugster pudiese cantar con los más afamados maestros y las más célebres *divas* las grandiosas óperas modernas, ante auditorio selectísimo: cierto, por último, que el tenor insigne ha huido de los ecos ruidosos de la celebridad, pero la investigación de los críticos más ilustres, ha penetrado en los salones aristocráticos de Lóndres, París y Niza, se ha mezclado en los festivales de caridad ó en actos solemnes á que el artista no ha podido sustraerse, y ha lanzado á la curiosidad de los elegidos y á la publicidad de estos tiempos los destellos de su talento y los prestigios de su nombre.

Posée el Sr. Eugster una hermosa voz de gran extensión; rotundidad, plenitud y dulzura, y de vigoroso timbre metálico, voz de *tenor medio*, *ó tenor propiamente dicho*, distante, por lo tanto, y de igual manera, de las que se clasifican por los inteligentes como propias de tenores graves

y tenores agudos, no obstante lo cual tiene, con igualdad poco frecuente, llenos y sonoros los dos registros: unanse á facultades tan exelentes una seguridad de emisión notable, una educación musical completa y escuela delicadísima de canto; una vocalización esmerada en que apenas se nota la amplía y robusta inspiración vocal, lo que los alemanes llaman color del sonido, de matices varios y diversidad prodigiosa, en un todo extraño al temperamento igual, tan común hasta en los cantantes de mérito, y se tendrá una idea aproximada de las condiciones del señor Eugster.

Con tan exímias cualidades, no nos extrañarán los triunfos por el artista alcanzados en unión de tenores como Tamagno, Gayarre y Diaz de Soria, y de tiples tan famosas como Matilde Florella, en Lóndres, la Patti—en su posesión *Craig-y-Nos Castle*,—la Nórdica, Emma Calvé y la Nevada, en París y Niza, y en París en unión de Mad. Deschamps, Mdmlle, Emily von Schaumberg, Miss Reiley, Mad. Vaillant-Couturier y el célebre barítono del mismo nombre, con quienes ha cantado *Manon Lescaut*, escrita expresamente para ella por Massenet y estrenada por Mdlle. Heilbronn; así como de la eminente Marie Van Zandt, la Cruvelli, la Teodorini y la Nuovina; ni pueden tampoco llamar la

atención las entusiastas frases dedicadas al artista por críticos y escritores como M.e Adam (Julieta Lamber), Oscar Merz, Secretario general del famoso calendario wagneriano, la condesa de Rostopchine, laureada por la Academia francesa, el barón Scriba y el barítono y maestro Tagliafico.

Antes de conocer la historia artística del Sr. Eugster, poco ruidosa como ajena al teatro, pero difinitiva y brillante, tuvo, el que esto escribe, la ocación y el gusto de oirle diversas veces en trozos de diferentes óperas tales como *Traviata, Manon Lescaut, Othello, Aida, Favorita, Cavallería rusticana* y *Cármen,* y preciso le es confesar, respecto de las dos últimas recientemente oidas, que la manera de expresar y de frasear del Sr. Eugster constituyeron una verdadera revelación: frases musicales célebres escuchadas hace muchos años con religiosa admiración de labios de Tamberlick, Stagno y Mario, no oidas después en largo trancurso de tiempo, han resucitado sentidas, vibrantes y admirables en boca de este artista, y, por último, en el ária final de la grandiosa creación de Verdi que tiene por objeto la pasión salvaje y los celos del *moro de Venecia,* dijérase que se oían los rugidos de su cólera en las sonoras notas agudas y en lo gritos dradramáticos que preceden á la muerte de Desdémona, y en los tonos apagados, som-

bríos como suspiro prolongado, contenidos como la desesperación encadenada, en que el personaje á un tiempo feróz y generoso, tierno y brutal, prorrumpe ante el cuerpo de su esposa muerta y tardíamente justificada, las supremas notas en que se revelan todas las amarguras del dolor irreparable, todo el triste y dulcísimo recuerdo del bien perdido y toda la desgarradora expresión del eterno sollozo humano.

Pertenece, pues, el Sr, Eugster á esa legión cortísima de cantantes privilegiados que, inspirándose en la naturaleza íntima de las cosas, y en los movimientos afectivos del corazón y las sacudidas del alma apasionada, ora dejan oir en su media voz magnífica y ágil los rumores dulcísimos del arpa eolia, ora el murmullo agreste y sonoro de espesos bambúes agitados por el viento que baja de las montañas, ora el rugido avasallador del torrente, ejemplo exacto de la pasión humana, ó la música solemne del mar, trasunto fiel de los anhelos infinitos, de las hondas nostalgias y de las turbulentas aspiraciones que constituyen la vida colectiva y reflejan las ansiedades, dolores y goces, esperanzas y recuerdos, reposo y luchas del espíritu hu mano.

Aunque retraido el Sr. Eugster, poseido de una modestia hoy en desuso, y alejado

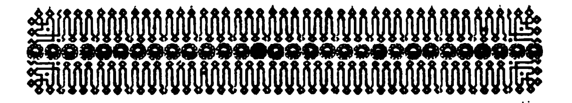
del verdadero terreno de sus triunfos, que hubiera sido el teatro, por el contacto directo con el público, ha bastado su mérito extraordinario para crearle reputación en Europa, comprobando este hecho la exacta verdad y la consoladora idea de la igualdad del talento ante la gloria; y, para terminar, parece conveniente robustecer lo expuesto con el juicio del insigne tenor formulado por la excelsa escritora condesa de Rostopchine, ya citada, verdadera autoridad en materias musicales: «Aquí mismo se ha hablado muchas veces del incomparable talento del Sr. Eugster, del que nunca se dirá lo bastante, pues para cada nueva audición reserva alguna sorpresa al auditorio estupefacto, que busca en su mente puntos de comparacion y flota indeciso entre Tamberlick, Gayarre y Tamagno. Si el Sr. Eugster tiene la fuerza sorprendente de este último *tenor-cañón* moderno, posee el timbre cálido y lleno de color y el encanto de la expresión de su celébre compatriota, y, lo que aun colocamos por encima de todo, el gran arte del gran Tamberlick, y su dicción incomparable.»

«Bien cante en italiano, en español, en francés ó en alemán, cada sílaba se destaca limpia y vibrante, cada palabra recibe, con el tono oportuno la importancia necesaria y proporcionada que forma el estilo mu-

sical. Los recitados adquieren en su boca una belleza magistral: la gran escena del primer acto de *Othello* de Verdi, y la de la muerte, han sido dichas y cantadas con una perfección que el creador del personaje, Tamagno, el tenor-Patti, está lejos de poseer, aunque ha estudiado su papel bajo la dirección del mismo Verdi. Un *si* natural, dado dos veces sin esfuerzo, ha despertado el entusiasmo del auditorio... El Sr. Eugster no se contenta con ser un gran cantante, y es tambien una admirable organización musical.»

Y despues de celebrar la manera exquisita con que Sr. Eugster cantó la romanza del *Roi d' Is* y la Marsellesa de *Los dos granaderos* de Schumann, en que emitió notas vibrantes y apasionadas que resonaban, según la ilustre escritora, como sonidos de clarín, termina con estas palabras, que hacemos nuestras «El Sr. Eugster aún cantaría, si los amigos de Mr. Butterfield no se hubiesen sustraido, á la fuerza, á los encantos de ese palacio de Armida, lamentando que la suerte sea á veces tan ingrata y el arte tan desgraciado que no pueda colocarse este nombre entre los de las más grandes celebridades.»

Manila, Septiembre 29 de 1895.



EL OBSERVATORIO DE MANILA

SON tan notorios y tan importantes los servicios prestados á la ciencia y á la humanidad por el Observatorio Meteorológico de Manila, y á tal altura ha sabido colocarle su modesto y sabio Director, el virtuoso P. Faura, que resultarían inútiles nuestros elogios y ocioso enaltecer un nombre universalmente conocido y apreciado, si deberes de justicia no nos obligasen á hacerlo, despues de dar cuenta á nuestros lectores, como hemos verificado ha poco, de los nuevos estudios y observaciones que van á realizarse, ya que en nuestras columnas hemos de registrar, según antigua costumbre, los hechos todos que por su alcance y significación redundan en prestigio y gloria del país y de los hombres eminentes que á

él consagran sus desvelos intelectuales, que no deben ni pueden pasar inadvertidos sin bochornosos desmayos de la opinión, triste y desalentada indiferencia de sus órganos, silencios de la inercia y olvidos de la gratitud.

Cuando después de amargas luchas y de perseverantes y no conocidos trabajos, surgió, como por milagro, doblemente portentoso en este suelo, la brillante Exposición Regional,—que los amantes del país y los hombres pensadores no olvidarán nunca,—con sus edificios gallardos, sus amplios y hermosos salones, orgullosos con las muestras peregrinas del arte, la industria y la agricultura, allí amontonadas por el talento de pintores de primer órden, escultores notables y laboriosos artistas, todos sacerdotes de la religión del trabajo inteligente, llamaba la atención de los estudiosos un gabinete del edificio de la Escuela Agronómica en que los PP. Jesuitas encargados del Observatorio exponían los instrumentos y aparatos más perfectos que la ciencia ha puesto en las manos del hombre para que pueda medir los astros más lejanos, divisar remotísimas estrellas tenazmente escondidas á la mirada humana, precisar distancias fabulosas y determinar las leyes que regulan la grandiosa vida universal; y, cuando incline á la insignificante y mísera vivienda de sus

semejantes los indagadores ojos, asombrados de contemplar maravillas y aturdidos de las que más allá se adivinan sin contemplarlas, pueda, asi mismo, consultar los delicados mecanismos que con un índice ó una sensible aguja imantada, ó una estrecha columna mercurial, cuentan las vibraciones de la luz que se trasmite y la intensidad del calor que se propaga; ponderán la menuda lluvia que desciende como hilillos de plata y la que se desgaja, como arrollador turbión, de la repleta nube; calculan la velocidad del aire que pasa impalpable y fugitivo; comprueban las intensidades y oscilaciones de las corrientes magnéticas; miden la presión de la atmósfera que tiene, como el mar sus calmas muertas, sus agitadas tempestadès y sus imponentes mareas, reflejan, con exactitud pasmosa, las dislocaciones profundas, los cataclisnos que conmueven las entrañas del globo y repiten las hondas palpitaciones de la tierra; y, como si esto aún fuera poco, como si todavía no parecieran en el más alto grado pasmosas estas conquistas reservadas por Dios al humano espíritu, aún se adelantan á la naturaleza misma, sorprenden su recóndito secreto, penetran el proceso naciente de sus fenómenos destructores, y revelan al observador absorto el momento en que vá el suelo á estremecerse, el sitio lejano en el solitario mar en que los elementos se

conjuran, las intensidades de su furia, la velocidad de su paso y el antes desconocido camino que recorrerá el previsto y vencido meteoro.

Y poco hubiera sido exponer los aparatos é instrumentos que enumeramos y que tanta ciencia exigen para su conocimiento y uso, sin la demostración de los frutos obtenidos de su contínuo estudio; y, como su natural consecuencia y complemento, á su lado se ofrecían brillantes numerosos trabajos en que, mes por mes, y hora por hora, se registran los fenómenos meteorológicos y seísmicos, midiendo la intensidad de sus energías, señalando su foco y determinando su rádio de acción; se compulsan las influencias térmicas y se traducen en cifras, mudas para el vulgo y elocuentes para los iniciados, las perturbaciones magnéticas, y se anota el no sabido comienzo de un período seísmico, anunciado por los movimientos de las tempestades microseísmicas. Allí, pues, los numerosos estudios cuajados de datos y cifras reveladoras del cálculo difícil y la observación paciente; allí los curiosos planos en que se estampan las incontables curvas, semejantes á enredada madeja del seismógrafo Cecchi y las líneas temblorosas, como trazadas por insegura mano, del Gray-Milne; las curiosas cartas gráfico-seísmicas, las curvas meteorográficas y mag-

néticas, y la descripción científica de los fenómenos del aire y de la tierra, que constituyen la historia física del archipiélago.

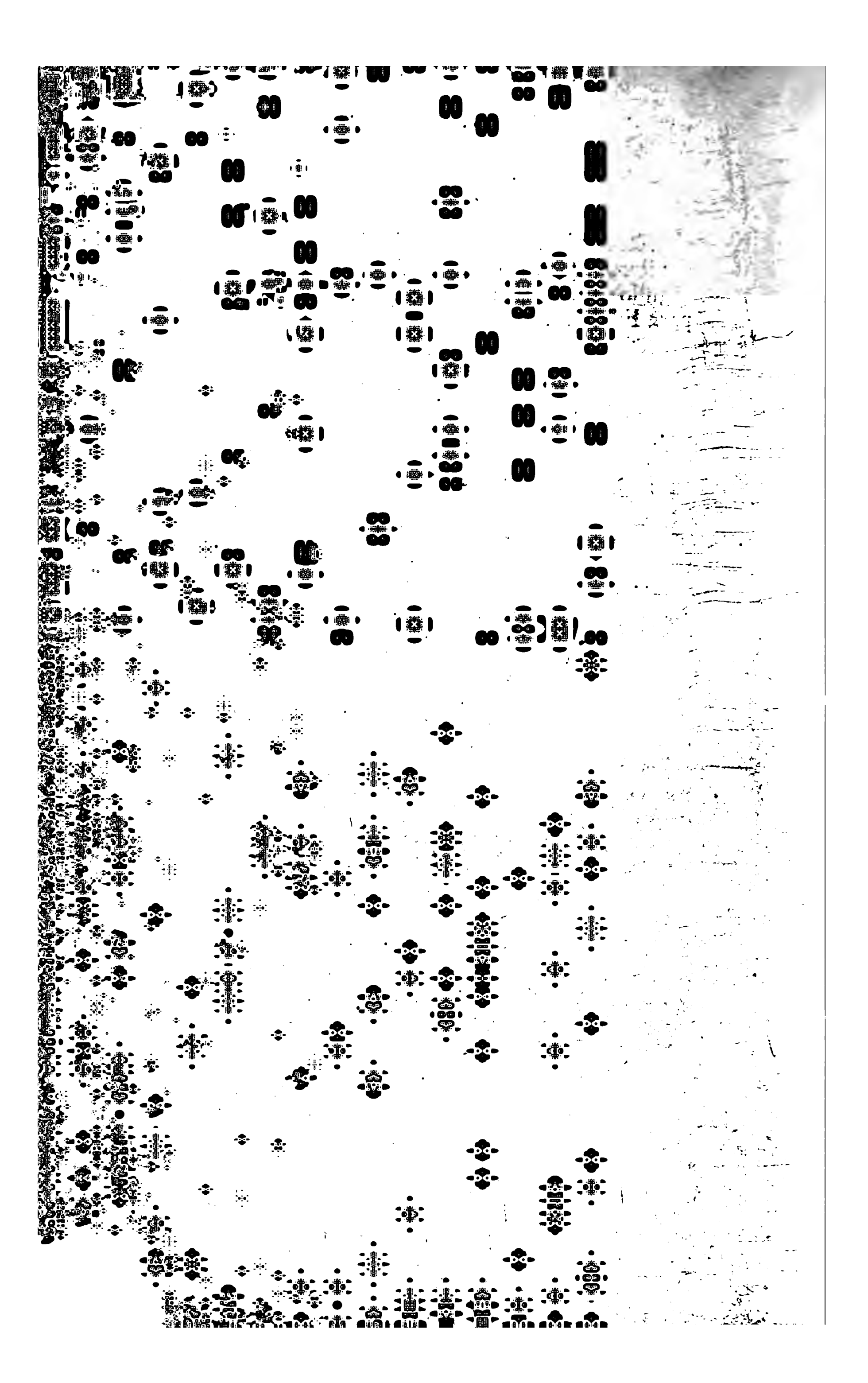
En aquellos dias, gloriosos y de grata recordación para Filipinas, no pudimos menos de pensar en que allí, al lado de aquel primero y gran certamen de la inteligencia y del trabajo, á que vá unido el nombre ilustre y que debiera en estas islas perpetuarse, de D. Angel Avilés, se elevaba silencioso el edificio de severas líneas en que los PP. de la Compañía de Jesús realizaban las importantísimas tareas enumeradas, nunca tan ponderadas como debieran serlo; y allí mismo, en las bien combinadas y regidas áulas de la Escuela Normal Superior de Maestros, trasmiten, con la palabra y con el ejemplo, á la juventud filipina, la instrucción, que es el pan de la inteligencia, y la virtud, que es el alimento del espíritu, iniciando á la generación que ha de sucedernos, en los secretos psicológicos y morfológicos, en las sonoridades de las formas y en las profundidades de los conceptos de la lengua soberana que suavizó Garcilaso, sublimó Luis de León, honró Calderón con su génio, engrandeció Cervantes, y dilataron, Colón en América y Magallanes en estas regiones, para que fuese el verbo de la humanidad, como ya lo era de la civilización del

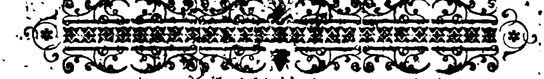
[illegible] la fé
[illegible] in-
[illegible] espa-

[illegible] o de
[illegible] o del
[illegible] s sa-
[illegible] esen-
[illegible] recía
[illegible] uella
[illegible] y la
[illegible] mpre
[illegible] uista
[illegible] ue se
[illegible] riosa
[illegible] unto
[illegible] el es-
[illegible] inte-
[illegible] mere-
[illegible]
[illegible] imos
[illegible] o de
[illegible] s en
[illegible] acio-
[illegible] ación
[illegible] Post-
[illegible] como
[illegible] ector
[illegible] que
[illegible] istará
[illegible] tim-
[illegible] que

al mismo tiempo sea satisfacción legítima del ilustre y sábio P. Faura, y motivo de orgullo y señalada honra para España y para Filipinas.







EL CONCIERTO "KONTSKI"

No sin verdadera pena, aunque con la mayor cortesía, mi amigo y compañero el distinguido crítico musical Sr. Camps, ha tenido la bondad de cederme su puesto, ya que no haya podido cederme sus títulos y merecimientos, para escribir la reseña del concierto de anoche: los artistas que en él tomaron parte, así como el público, pierden en el cambio; yo salgo ganancioso con lo que considero un honor, y, lealmente, empiezo por declararlo.

Ha sido el concierto anoche verificado, una verdadera solemnidad musical, y así hubo sin duda de presentirlo el público que, ansioso de escuchar al Sr. Kontski y á los artistas que le secundaban, acudió en tal número al teatro Zorrilla, que constituía la entrada uno de los llenos más completos que hemos presenciado.

Gran artista el Sr. Kontski, único y glo-

rioso superviviente de la escuela famosa, que se denominó trascendental y honraron con su génio Hummel, Weber, Chopin, Listz y Thalberg, de quiénes fué digno compañero; admitido, por propios títulos, en la intimidad de talentos creadores como Schubert, Cherubini, Zingarelli, Gounod, Rossini y Donizetti, no ha limitado sus aspiraciones ni su brillante carrera á ser aclamado como príncipe indiscutible del instrumento inventado por Silbermann, sino que ha ceñido también á su frente inspirada los laureles de compositor eminente, escribiendo con fecundidad asombrosa y singular maestría, numerosísimas transcripciones, fantasías, meditaciones y estudios, que son otras tantas joyas musicales, y un concierto en fa, que es una de las piezas más celebradas y más difíciles que se conocen para piano: producto de su talento son, asimismo, tres óperas, tituladas *Les deux distraits*, *Marcella* y *Le Sultán de Zanzibar,* ópera cómica la primera, estrenada en el teatro S. Georges, de Lóndres, en 1872, estrenada la segunda en el teatro de las Naciones, de París, en 1881, y la tercera en el de la Academia, de Nueva-York, el año 1886: y señaladamente, son las perlas de valor más subido de su corona de gloria, sus obras maestras *El despertar del león* y el *Recuerdo de Fausto,* anoche maravillosamente ejecutadas por el insigne artista, y de las cuales la

primera ha dado la vuelta al mundo, en triunfal carrera, viviendo hoy, como al ser escrita en 1848 con el disimulado y verdadero pensamiento de *El despertar de Polonia,* aunque aplicada á la evasión de Napoleón I de la isla de Elba, para prevenir las suspicacias políticas de Rusia, con la juventud eterna de las obras superiores de arte, como lo demuestra el hecho, poco frecuente, de existir más de veinte arreglos de esta pieza magnífica, y ediciones incontables publicadas en Alemania, Francia, Inglaterra y España; y la segunda ha sido considerada; por el propio maestro Gounod, como superior á la de Listz al mismo asunto consagrada.

No es, pues, extraño el interés que despertaba en nuestro público el afamado artista, de quien, cuanto se diga resultará siempre poco al lado de la realidad: oyéndole, cortos parecen los aplausos que se le han prodigado, en largos años, por toda Europa, y aún escasas, con ser tan excepcionales, las alabanzas de críticos tan eminentes como Botte y Jullien, Pougin, Fétis y Hanslich, entre otros muchos y para no citar á todos: es, en efecto, el Sr. Konstki un mágico maravilloso, y sin la menor hipérbole puede decirse que, bajo la presión de sus manos prodigiosas, el piano parece, á un tiempo, órgano poderoso como los que llenan con sus ecos

sonoros y sus robustos acordes las altas bóvedas de las catedrales, conjunto admirable de harmoniosas voces humanas, haz de sonidos dulcísimos de flauta, fragor metálico de campanas harmónicas, aguda nota de clarines de guerra, cascada de perlas cristalinas cayendo sobre láminas de oro, arpa eolia herida por rumoroso viento, orquesta, en fin, nutridísima y brillante.

En esta forma, porque no encontramos otra manera de expresarlo, ejecutó anoche el gran maestro, ante la electrizada concurrencia, la sonata famosa en do sostenido menor, de Beethoven, *Un claro de luna,* plácida primero y después amarga historia de amores malogrados y grito de desesperación del padre egregio de la música moderna, inspirado en el recuerdo de Julia Guicciardi, condesa de Gallenberg y en que viven y perduran, á un tiempo, el amor de la inmortalidad y la inmortalidad del amor, en el sublime espíritu y en las álas eternas é invisibles del génio; el *Recuerdo de Fausto,* del propio Kontski, fantasía magnífica, de inspiración altísima, de dificultades supremas, á nuestro juicio, muy superior á la de Listz, y ante cuyas notas inmortales se desbordó el entusiasmo del público; *El despertar del leon,* capricho heróico del insigne pianista, pieza célebre cuyo orígen é historia se han consignado al comienzo de este escrito, y en la que

se perciben, entre apagadas notas, ecos vibrantes y acordes majestuosos, el abatimiento y la enérgica sacudida y despertar de un pueblo, los clarines de guerra que llaman al combate y la marcha de ejércitos victoriosos; el *Recuerdo de España*, en que el Sr. Kontski, este rey absoluto del piano, ha combinado de superior manera y con su acostumbrada maestría, los tonos robustos de la varonil jota aragonesa, las notas bulliciosas de la picaresca estudiantina y los ardientes gemidos, los suspiros soñadores y nostálgicos de los andaluces cantares, sorprendidos en cálidas noches de transparente cielo y esplendorosa luna en los deliciosos cármenes granadinos y en los espesos y melancólicos olivares sevillanos; y, como repetición por el público pedida, la *Serenata* de Schubert, ese lamento sentidísimo, de universal resonancia, en que parecen haberse condensado todos ideales amores y todas las aspiraciones infinitas del alma humana.

El Sr. Konstki se halla fuera de los dominios de la crítica, como Rubinstein, Gottschalk, Tragó y d'Albert, á quienes iguala y aún supera: su escuela es la del génio, en que no es necesario apelar á esos recursos efectistas, algún tiempo tan en boga, en que hemos visto con pena el mecanismo sustituyendo al arte; al moderno sinfonismo cuyo pontífice es Wagner opone

[illegible] clasi-
[illegible] recón-
[illegible] oso en
[illegible] es; con
[illegible] enér-
[illegible] sierva
[illegible] del es-
[illegible] ominios
[illegible] de un
[illegible] anoche
[illegible] los ele-
[illegible] d, de
[illegible] os res-
[illegible] ntras se
[illegible] strellas,
[illegible] deslum-
[illegible] nera de
[illegible] s altas
[illegible] o; y al
[illegible] d octo-
[illegible] l vigor
[illegible] ción y
[illegible] fuego,
[illegible] l entu-
[illegible] iración
[illegible] ectuoso
[illegible] frente
[illegible] aureles,
[illegible] s blan-
[illegible] l soplo
[illegible] olemnes
[illegible]

La Sra. Agresti, tiple muy notable, tan conocida y estimada del público que no necesita elogios ni encarecimiento, cantó con expresión y delicadeza, acompañada de violin y piano por los Sres, Eckhardt y Cavalieri, la bellísima melodía de Pinsuti *Il libro santo*, y en la segunda parte del concierto, obteniendo, como siempre, aplausos entusiastas, cantó asimismo, con gran pasión y alma, el aria *Ah, forse é liu che l'anima* del acto primero de la *Traviata.*

Aunque no se hallaba anoche en entera posesión de sí mismo ni de sus facultades excepcionales y hermosa voz, conmovido sin duda á causa de presentarse por vez primera ante público tan numeroso y en función retribuida, el notabilísimo tenor Sr. Eugster de la Deheza, á quien antes de ahora ha consagrado extenso artículo el que esto escribe, cantó, con exquisito gusto que revela su escuela excelente, acompañado al piano por el distinguido profesor D. Antonio García el dificilísimo final del» «*Otello*, de Verdi, *Ora é per sempre addio;* y llamado por insistente aplauso á los honores de la escena, interpretó el aria bellísima del acto segundo de la ópera *Werther*, de Massenet, diciendo con valentía la frase culminante de desesperado é imposible amor que dá carácter á la sombría escena trazada por la pluma de Gœthe. El Sr. Eugster, aunque anoche

inferior á si mismo, sin duda por las causas apuntadas, recuerda siempre—como afirma mi distinguido amigo el Sr. Camps, cuyo juicio concuerda en un todo con el de quien traza estas líneas—á los grandes tenores, y en el «*Otello*» precisamente á Tamagno, para quien fue escrita esta obra inmortal; frasea muy bien, dando á cada palabra y á cada sílaba su valor propio y su expresión peculiar, á lo que llama, con su autorizada opinión y de manera gráfica el distinguido crítico antes citado, la *fisiología* de las sílabas y de las letras, y prestando á las sibilantes la prolongación necesaria, según hacía nuestro gran Gayarre, y practican todos los tenores famosos. con extrañeza, tal vez explicable, de los oidos no acostumbrados.

El Sr. Eugster, cantó también, como él sabe hacerlo y dando principio á la segunda parte del concierto, la celebrada *Serenata española* de Laacome, entre repetidos aplausos del público, siendo de lamentar que no hubiese interpretado anoche, bien en lugar de la serenata ó como repetición al ser llamado á la escena, la cavatina del acto segundo de *Romeo y Julieta,* de Gounod, predilecta obra que canta de manera admirable este artista, para quien la música es un sacerdocio y hace el canto las veces de plegaria.

El Sr. Eckhardt ejecutó con gran maes-

tría y gusto exquisito los dos números que le correspondían de los comprendidos en el programa, acompañado al piano por el Sr. Cavalieri, siendo muy aplaudido, aunque no tanto como en justicia merecía, así en la sentidísima *Elegía,* de Bazzini, como en los difíciles y brillantes *Aires húngaros*, que tocó con delicadeza extremada.

Como recuerdo de una gran solemnidad musical, la más espléndida que haya presenciado jamás la *Perla de Oriente*, quedará grabado en la memoria de los amantes de la buena música y del bello canto, el concierto magnífico de anoche, por el que envío un modesto pero entusiasta aplauso á los notables artistas que en él tomaron parte, y un saludo y un vivo testimonio de admiración al maestro, no ya grande sino único y sin rival, caballero Antonio de Konstki, gloria envidiable de su pátria afortunada y honra y orgullo de la humanidad y del arte.

Manila, 5 Diciembre 1895.



UNA MEMORIA

NO escasean, ciertamente, entre nosotros los hombres estudiosos que en el desempeño de cargos públicos ó de comisiones especiales demuestren su celo y su competencia en aquellos asuntos que se relacionan, ya con los servicios numerosos á cargo de la administración, ya con los altos intereses del Estado; y en prueba de ello bastará enumerar, sin citar otras muchas que escapan á nuestro recuerdo, algunas obras que entran de lleno en el orden indicado, publicadas recientemente, entre ellas los *Estudios sobre Carolinas* del ilustrado médico señor Cabeza Pereiro; la excelente memoria *Batangas y su provincia*, de un funcionario de excepcionales méritos, el Sr. Sastrón; la *Historia de los dominios españoles en Oceanía,* del distinguido periodista Sr. Alcázar, y el curioso y bien entendido trabajo estadístico titulado *Ensayo de un registro del censo*, que honra sobre-

Señor

de tan
en ellas
grafías y
una ó
asi de
los tra-
tal im-
sfacción
pensa-
teriores
en la
e dejar
e caiga
por lo
cada para
uede pe-

iniciati-
ecogerse
gratitud
d indus-
nvenien-
an hijas
talento;
da, y sa-
re entre
nites de
notable
ontenga
dea pro-

vechosa, algúna iniciativa fecunda, algún plan de organización, por ejemplo, para las atrasadas ó nacientes colonias que ampára nuestro pabellón en el Pacífico, ó en órden á los medios más adecuados para la realización de los fines civilizadores de España en estas regiones, ó para el bienestar de estos países y el engrandecimiento nacional? Pues ya se sabe: pocos la compran, menos la leen, algún periódico le consagra un aplauso, cuando no responde al mérito el silencio ó no le acosa la censura anónima y taciturna de los que se sienten lastimados hasta por la laboriosidad ajena; y alguna que otra vez la recompensa de la adquisición de ejemplares por fondos públicos, en concepto de protección oficial; pero ni una comisión ó junta que informe sobre la utilidad y aplicación de las teorías desarrolladas en el libro, á la Administración y á los servicios del Estado; ninguna influencia en lo establecido, ninguna alteración en los viejos y gastados moldes, insuficientes hoy para contener la expansión de nuevas y sentidas necesidades; ningún estudio, en fin, con propósito preconcebido y fijo que lleve á los resultados prácticos, complemento y finalidad de toda obra de esa clase.

No se ha dado á luz, aunque bien merece los honores de la publicidad, la discreta *Memoria* que, á propósito de am-

plías reformas de organización y sistema en las Marianas y Carolinas Orientales y Occidentales, ha escrito el ilustrado capitán de navío, nuestro respetable y querido amigo el Sr. D. Luis Cadarso; pero hemos tenido ocasión de conocerla, y tan concienzudo trabajo nos ha sugerido las reflexiones anteriores y nos impulsa á trazar estas líneas encaminadas á dar cuenta de sus conceptos fundamentales y á tributar un aplauso síncero al pundonoroso marino y celoso funcionario, hoy ausente y alejado de nosotros.

Difícil es condensar en pocas líneas la extensa materia comprendida en la *Memoria* del Sr. Cadarso, en la que, no huelgan ninguna observación, ni dato alguno de los muy interesantes que contiene: puede decirse de ella que es á manera de complemento del importante libro del Sr. Cabeza Pereiro—de que ya dimos cuenta á nuestros lectores—por cuanto describe aquellos archipiélagos del Pacífico, en el más amplio órden científico y traza, de mano maestra, la reseña histórica de nuestras anteriores expediciones á Ponapé; y en el escrito de aquel distinguido Jefe de la Armada se proyectan las bases de la organización militar y administrativa de nuestras posesiones de la Micronesia, con gran sentido político y conocimiento exacto de aquellos territorios y razas.

Respecto de las Marianas, el Sr. Cadarsó, después de consignar una compendiada narración histórica, de que se destaca en primer término la figura del inolvidable Gobernador D. Felipe de la Córte, y de abogar por que la capitalidad de las islas se establezca en el puerto de S. Luis de Apra, en punta Piti, enriquece su escrito con numerosos datos estadísticos, por los que se viene en conocimiento de que la población de un territorio capaz de contener hasta 50.000 almas, es sólo de 9.795 habitantes, hallándose los varones respecto de las hembras en la proporción de 1 á 7: de que asisten á las escuelas públicas de la cabecera 110 niñas y 290 niños, quienes, entre los demás bienes de la instrucción, reciben de sus maestros el inapreciable beneficio de la enseñanza del castellano: de la excesíva mortalidad que se observa, de algun tiempo á esta parte, en Agaña, y de la causa á que obedece y que consiste en no haberse aún realizado la conducción á la localidad de excelentes aguas potables, que se encuentran á distancia de cinco kilometros.

Pero el plan de organización del Sr. Cadarso, que es lo fundamental de su trabajo, y que obedece, como hemos dicho, á elevadas miras de previsión política, es la reunión, en un sólo grupo y bajo la acción de un Gobierno general,—bien que

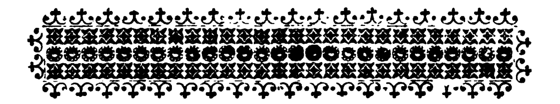
dependiente del de Filipinas,—de los archipiélagos de Marianas y Carolinas, con la denominación común de «Posesiones españolas de la Micronesia;» y prescindiendo de apreciaciones de detalle, de consideraciones históricas importantes y de acertados juicios sobre los rasgos etnológicos de chamorros y kanakas, en que abunda el trabajo del entendido marino, obligados á ello por apremios de tiempo y estrecheces de espacio, nos fijaremos en esta idea capital, con tanto mayor motivo, cuanto que se funda en la necesidad reconocida de que nos preparemos convenientemente para cuando, abierto el canal de Nicaragua, ó el de Panamá. si este proyecto resucita, entre la India y el Japón, China y Australia se establezcan las futuras líneas de grandes trasatlánticos, que han de acercarse en sus derrotas á nuestros archipiélagos del Pacífico, llevando en su seno la actividad y la riqueza que, á su paso, desarrolla el tráfico, y haciendo entrar en la gran corriente mercantil á muchas de aquellas islas, que no depende más que de nosotros mismos, de nuestro tacto y prévias disposiciones y medidas, el que rivalicen entonces con Honolulu y las Islas Sandwich.

No estará de más á este propósito consignar con el autor de la *Memoria* que todos los esfuerzos y sacrificios que se ha-

cen para favorecer el comercio, tienen carácter reproductivo, y repetir, citando sus oportunas palabras, «que el comercio, en general, no se conduele de los desembolsos que trae consigo el establecer un negocio, sino de las dificultades y trabas que, á veces, son causa de mal éxito en su curso y desarrollo.»

Consideramos digno de la mayor consideración el proyecto de organización enunciado, y, como el distinguido autor de la *Memoria*, entendemos de indudable oportunidad que el mando político-militar y naval del Gobierno general para la agrupación propuesta de Carolinas y Marianas, ganaría, caso de aceptarse el pensamiento, en unidad de plan, acción y fines, encomendado á Jefes de la Armada; con él también comulgamos en el ferviente deseo de que se renueven para la pátria aquellos gloriosos tiempos «en que España tenía aún navíos en los mares,» que paseaban orgullosos, en Occidente y en Oriente, la más heróica bandera, el más grande poder marítimo abrumado con el número de sus victorias, y el por nadie desconocido prestigio del nombre español.





CERTAMEN PEDAGÓGICO

ANTE numeroso auditorio, compuesto de nuestras primeras Autoridades y de selecto público, celébrose ayer, á última hora de la tarde, en la Escuela Normal Superior de Maestros, el anunciado Certámen pedagógico, debido á la acertada iniciativa del sabio y virtuoso Director de tan útil centro de enseñanza M. R. P. Hermenegildo Jacas, y primero de esta clase que se realiza en Filipinas, y en verdad que acto tan conmovedor y hermoso no se borrará fácilmente de la memoria de cuantos tuvimos la suerte de presenciarlo.

Inaugurado el Certámen con un sentido y discreto discurso del presidente del Jurado, M. R. P. Isidoro de la Torre, el Secretario del mismo Sr. Gómez Alfau procedió á la lectura de la oportuna memoria de las tareas realizadas para llevarlo á término, así como de los trabajos presentados y premiados, dando idea de to-

dos ellos mediante breve y razonada crítica, y consignando el dato importantísimo, de gran interés para los amantes de la enseñanza en Filipinas, de que, á pesar del corto plazo de que se ha dispuesto para escribirlos, han concurrido y optado á los cinco premios establecidos, cuarenta y tres obras pedagógicas excelentes algunas, buenas muchas, y demostrando todas aplicación y estudio dignos de estímulo y de aplauso.

Leidos los lemas respectivos á los trabajos laureados y abiertos los sobres que contenían los nombres de los autores por el Excmo. Sr. Gobernador general, Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo metropolitano, Ilmo. Sr. Director general de Administración civil y M. R. P. Torre, Presidente del Jurado, resultaron premiados los siguientes maestros: primer premio consistente en la magnífica obra de Benot *Arquitectura de las lenguas*, tres tomos lujosamente encuadernados en piel de Rusia con adornos de plata y corona de marqués sobre las tapas, regalo de nuestra dignísima Autoridad Superior—D. Catalino Sevilla, por su estudio, con el lema, Al *progreso de Filipinas*: segundo premio,—Gran diccionario geográfico, estadístico é histórico de España y sus provincias por Castillo regalo del Sr. Arzobispo,—D. Mariano Leuterio y Resurrección, por su trabajo con

lema de *María, Estrella del mar:* tercero y quinto premios—un *Tratado de Retórica y Poética, Monlau de los heterodoxos españoles,* de Menéndez Pelayo, regalo del Sr. Bores Romero—D. Pedro Serrano, por sus obras señaladas respectivamente con los lemas *Jesús, María y José, sed mis protectores,* y *Jesús, José y María sed mi consuelo y guía;* y cuarto premio—un hermosó ejemplar de las *Obras de Donoso Cortés* donativo del M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús—D. Florencio L. González, por su trabajo que llevaba el lema de *Venite ad me.*

La distinguida concurrencia que llenaba el ámplio y bien decorado salón en que el acto se celebraba, tuvo ocasión de apreciar el mérito de los trabajos premiados por la lectura de algunos trozos al azar escogidos, y colmó de nutridos y alentadores aplausos la discreta y correcta forma con que el laureado maestro D. Catalino Sevilla trata de la organización de enseñanza primaria y de las escuelas, en la parte de su notable estudio, que leyó con mucha soltura el Sr. Baldasano; el estilo lleno de elevación, dignidad y nobleza con que D. Mariano Leuterio y Resurrección, jóven maestro en quién se revela un talento de primer órden, defiende la propagación por el Archipiélago de inmortal lengua de Calderón y Lope, en trozo de sentida y castiza prosa, que realzó con ma-

gistral lectura el Sr. Tirona, dando, con entonación levantada, todo su valor, al calor de pátria y á los pensamientos profundos y á las veces admirables, de que está salpicado este hermoso trabajo: y las bellezas de fondo y forma y el estudio que demuestran las obras de D. Florencio L. González y D. Pedro Serrano, que en parte cortísima, leyeron el Sr. Baldasano y los mismos autores.

Para todos ellos, al serles los premios entregados, tuvieron frases de efectuoso estímulo, tanto el ilustre Marqués de Peña-Plata, como el venerable Prelado diocesano y el distinguido Jefe del centro directivo de Administración civil, Sr. Bores y Romero que, no obstante celebrar ayer mismo sus días, no quiso dejar de asistir á tan brillante acto.

Nosotros consideramos éste de tal importancia que hemos creido del caso consagrarle un trabajo especial, aunque modesto, creyendo que la solemnidad de ayer, por lo que significa y representa, por su influencia en la cultura y en el adelanto del pueblo filipino, por su alcance en todas las esferas del orden moral y su eficacia en la enseñanza pública, á que se comunica, por tan adecuados estímulos, generoso y benéfico impulso, reviste proporciones tales que exceden de los estrechos límites de un suelto laudatorio en la sección local:

entendemos que ha llegado la hora en que á los problemas que afectan á la inteligencia y al espíritu, se concedan más ancho espacio, exámen más detenido, más preferente estudio y mayor estímulo y aplauso que aquéllos asuntos, con ser tan importantes, que se refieren sólo á los intereses materiales del país; y aunque el resultado de certámenes como el celebrado ayer se limitara á demostrarnos la actividad, la aplicación y el entusiasmo profesional de los encargados de la instrucción primaria en estas islas, y á revelarnos la existencia de energías y de talentos como los que se han dado á conocer, dignos, por muchos conceptos, de ocupar la atención pública y merecedores de la más decidida protección oficial, esas circunstancias bastarían para que pusiéramos con orgullo nuestra pluma al servicio de tan nobles fines y tan provechosas ideas.

Pero es mucho mayor la trascendencia del acto hermoso y magnífico realizado ayer en la Escuela Normal Superior de Maestros: como el sonido que estalla en la atmósfera se propaga en ondas sonoras á límites lejanos, como la piedra que cae en tersa y cristalina superficie de agua, extiende en círculos concéntricos la ondulación producida, hasta las orillas mismas del lago, la fiesta intelectual ayer celebrada, extenderá su acción beneficiosa á las lo-

calidades todas del Archipiélago en que se ejerce la enseñanza oficial, alentando al obscuro maestro que ejerce sus modestas, pero sagradas tareas educativas en el más apartado pueblo, con el alto ejemplo en que se le demuestra cómo se estima y dignifica su misión, con qué mirada investigadora y segura se observan su aplicación y sus esfuerzos, y cómo se premian su talento y su actividad, abriéndole los caminos de la recompensa y del público aplauso, sin otras limitaciones ni términos que el valer propio y los merecimientos individuales: el maestro, de esta verdad penetrado, alzado á la altura de la estimación general desde el ingrato olvido en que antes se le tuviera, ha de mirar, forzosamente, con mayor entusiasmo y amor más vehemente y decidido su profesión honrosa, haciendo de la enseñanza una religión y de su deber un sacerdocio, midiendo por ellos la elevación de los fines sociales que le están confiados, y comprendiendo que nada hay más alto y más noble y que, al mismo tiempo, mayores responsabilidades envuelva, que encaminar un corazón al bien, levantar un alma á la sublime contemplación de Dios, y dirigir una inteligencia hácia los eternos resplandores de la verdad: que de esos niños que á su alrededor contempla, como fecunda y vírgen tierra dispuesta á recibir

la semilla bienhechora, han de formarse y salir el hombre estudioso que enriquequecerá algún día con nuevos y peregrinos conocimientos el entendimiento humano; el sacerdote que propague la salvadora doctrina, en no civilizadas regiones con su ardiente y evangélica palabra; el artista insigne y celebrado, honra del suelo que le vió nacer, y el soldado glorioso y fuerte que en aras del más santo de los amores humanos, el amor de la pátria, vierta su sangre generosa al pié de la jurada bandera.

Tarea tan noble y patriótica y fines tan elevados es la que desempeña y son los que persigue la Escuela Normal Superior de Maestros, con tal acierto dirigida como pregonan los resultados obtenidos: por eso ayer, al asistir al notabilísimo Certámen pedagógico; al presenciar el entusiasmo con que se celebra esa fiesta de la inteligencia y el legítimo júbilo reflejado en el semblante de los PP. de la Compañía que ejercen en la Escuela las difíciles funciones del profesorado: al oir los elocuentes párrafos de los trabajos premiados, y entre ellos, señaladamente, los estudios de organización y mejora de escuelas de D. Catalino Sevilla, y los caldeados y patrióticos conceptos en que D. Mariano Leuterio, levanta, con mano robusta la bandera de la propagación de nues-

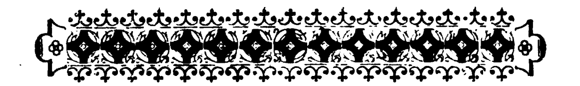
tro rico idioma por todos los ámbitos del Archipiélago; y al observar los contínuos y calurosos aplausos con que en el brillante certámen, cada uno de los notables discursos pronunciados y los nobles conceptos emitados, eran por parte de todos acogidos, no pudimos menos de sentir latidos de orgullo en nuestro corazón de españoles y de hacer felices augurios por la prosperidad y el desarrollo de la instrucción en Filipinas y por el aumento y la organización de las escuelas en que han de recibir el pan de la inteligencia esos niños que son la esperanza y el porvenir del Archipiélago.

Satisfecho puede estar de su iniciativa y de su obra el Director de la Escuela, R. P. Hermenegildo Jacas, á quien felicitamos de todo corazón, lo mismo que á las dignísimas Autoridades que han dado calor y apoyo al proyecto, y á los maestros que han obtenido el premio de su talento y sus desvelos.

¡Honor y plácemes á los que así impulsan el progreso intelectual del país, en cuyo nombre, más que en el propio, enviamos este débil pero profundo testimonio de reconocimiento!

4 Diciembre 1895.





ESTUDIOS SOBRE CAROLINAS

LA ISLA DE PONAPÉ

POR

DON A. CABEZA PEREIRO

POCAS veces hemos visto asociarse en una obra, por modo tan completo, la labor fecunda del talento bien empleado, el patriotismo hondamente sentido sin prejuicios que lo extravíen ni alardes que lo desnaturalicen, la observación científica hija de un estudio personal sério y reflexivo, y la sinceridad y exactitud históricas no alteradas ni influidas por las falsas y deslumbradoras ideas que, á título de un mal entendido decoro nacional y de intereses quiméricos, en todas las épocas forjan, en triste maridaje, el error y la ignorancia, como en el libro notabilísimo del Médico de Sanidad Militar Sr. Cabeza Pereiro, obra de utilidad grande y manifiesta y que bien merece los honores de

ser consulta da por los hombres ilustrados y de ser universalmente conocida, como ha merecido el premio otorgado por la Junta Superior consultiva de Guerra, por los preciosos datos que contiene y por las provechosas enseñanzas que encierra para la ciencia contemporánea y para los pueblos invadidos por la fiebre de empresas coloniales.

Alcanzamos tiempos en que, más que en otro alguno de los que registra la historia de la humanidad, empuja la idea todos los actos colectivos, el pensamiento mueve los ejércitos, la civilización los sigue para completar la obra á los ojos de los hombres irreflexivos únicamente destructora, el plan, el estudio, la finalidad y los medios entran en todas las empresas de carácter nacional acaso por más que el valor, el número, la resolución y el entusiasmo, y en la lucha universal de la cultura y del progreso humano contra la ignorancia y la barbarie, de la verdad contra el error, de la luz contra las tinieblas, aquel pueblo paga cara su imprevisión que se lanza al combate sin otro escudo que su aspiración generosa y sin otras armas que su confianza y su ardor.

Aunque sólo fuese por estos aspectos, el libro del Sr. Cabeza Pereiro es de precio inestimable; pero tiénelo mayor aún por la extensión de sus propósitos y su finalidad en las anchas esferas de la con-

ciencia humana. Hay, en efecto, unos pueblos de heterogénea raza, de orígen desconocido, de número incierto, esparcidos por las inmensas soledades del Pacífico: ignórase si proceden de las vírgenes pampas y de las sabanas de América, si bajaron, arrojados y expulsos por algún vencimiento primitivo, de las mesetas del Asia, ó si son restos de la familia humana, más que dispersos, supervivientes á las grandes catástrofes planetarias, cuando surgieron tierras del seno de las aguas profundas y se hundieron continentes entre los mares alborotados dejando asomadas, sobre la superficie líquida, las cumbres más altas de sus montes, como vestigios de su existencia ó como letras sueltas que forman su gigantesco epitafio: hablan esas razas no conocidas lenguas; habitan innumerables archipiélagos formados por más de treinta agrupaciones y pueblan más de seiscientas islas en la región de la Micronesía, en una zona de la extensión incomensurable de más de tres millones de kilómetros cuadrados; los más importantes grupos denomínanse Palaos, Yap, Uluthi Namonuito, Ulie, Mortlok, Ualan, Seniavin y Hogoleu; su nombre general es el de Carolinas; la isla principal llámase Ponapé (Bonabei, Puinipet, Ponapi ó Ascención): extensos arrecifes de coral rodean sus orillas arenosas y sirven de antemural á sus

cumbres basálticas, y tupidas mallas madrepóricas las protegen y resguardan de las embestidas de las olas: existe aquella gente sin conciencia de sí misma, sin participación alguna en el pensamiento humano, alejados de Dios, ausentes de su propio espíritu, fuera de toda civilización, aún embrionaria, sin noción de la humana solidaridad, sin vida en la tradición y sin realidad en la Historia; la familia queda embebida dentro de la tribu, todo vínculo es deleznable, todo derecho reside en la fuerza y todo poder en el despótico reyezuélo: la superstición los degrada, la embriaguez los avasalla infámalos el tatuage grosero y horrendas mutilaciones que brutalmente afectan á los gérmenes de la reproducción viril, los envilecen: la principal presea de la mujer, apenas pisa los umbrales de la pubertad, es fácil dádiva de la ocasión y del acaso, y solteras ó casadas, estás últimas impelidas á veces por el mandato del marido, constitúyense en ignominiosa mercancia á merced de los extranjeros; fórmanse estos de aventureros famélicos, allí arrojados, más que por la furia de las olas y la violencia de las tempestades, por el burlado rigor de las leleyes ó por la violencia criminal en los mares tormentosos de la vida; y de metodistas taimados, por debajo de cuya falsa Biblia asoma el libro de cuenta del mer-

cader, y disfrazadas en su salmodia, las voces sórdidas del mercader vulgar y del traficante sin alma; aquellas tierras aparecieron algún dia, vestidas con las galas de su lujuriosa vegetación tropical, ante las proas descubridoras de nuestros barcos y ante la mirada de águila de nuestros marinos, desde Magallanes que une la inmensidad de dos mares y franquea las desconocidas soledades del Pacífico, hasta Alonso de Salazar y Ruiz López de Villalobos que avistan, los primeros, el archipiélago de Marshall y la isla de Yap, y Legazpi, Sánchez Pericón, Fernandez de Quirós y Hernando de Grijalba, que descubren las Barbudas, las Palaos, el grupo de Bonebey, Coroa y Pescadores, y otras cien y cien islas, y, por último, hasta el piloto Lezcano que dá á una el nombre de Carolinas, en que hoy se comprende á todas; pero solicitaban la atención de los ilustres navegantes, por providenciales designios, territorios más extensos y mayores núcleos de hombres dispersos que restituir á la humanidad, y aquellos archipiélagos quedaron olvidados hasta que, en fecha reciente, la codicia ajena despertó la memoria de gloriosas prelaciones y derechos y reintegró á la heróica nación española su misión indisputable de heraldo de la civilización y de la colonización de mayor riesgo y empeño, misión costosísima

en que nuestra Pátria, á despecho de aniquilamientos ingratos, de contratiempos injustos, de sacrificios inmensos y de derramar como la más pródiga, su generosa sangre, no parece sino que cumple el ineludible y sagrado deber histórico de mostrarse perpétuamente superior á sí misma.

Estudiar la especial geografía de tan extensos archipélagos, describiendo la situación y los caracteres de las más importantes de sus islas y de sus más elevados montes conglomerados por volcánicas y vitrificables rocas, así como la situación y condiciones de sus puertos: escudriñar los caracteres etnográficos de las razas que las pueblan, con valiosas investigaciones antropológicas relativas á la descripción y medidas de cráneos micronesios, de general estructura dolicocefalia, clasificando las más importantes agrupaciones de esas razas oceánicas por las influencias de sus cruzamientos probables con negritos, melanesios, malayos ó indonesianos, según la admitida opinión de Virchow: enumerar y clasificar, asimismo, la población y la división y organización política, en reinos, de la isla de Ponapé, objeto preferente del libro: establecer los principales caractéres filológicos de aquellas lenguas; y reseñar con veracidad evidente, sóbrio lenguaje y oportunas observaciones la historia militar de nuestras expediciones á las Carolinas

desde el año 1886 hasta el presente; hé aquí la obra realizada por el Sr. Cabeza Pereiro, con un acierto y una fortuna superiores á todo elogio.

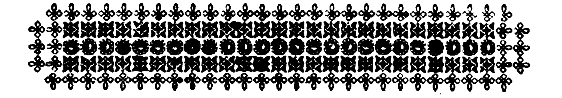
Extraordinario servicio ha prestado á la Pátria el señor Cabeza Pereiro con la publicación de libro tan importante, que enriquecen numerosos mapas, cróquis, cuadros inópticos y estadísticos y curiosas litografías y fotograbados de islas, sitios notables, puertos, tipos kanakas de Yap y Ponapé, embarcaciones, muestras de tatuage, casa-gobierno y enfermería de Asunción, casa en que se suicidó el pundonoroso coronel Gutiérrez Soto, y fuertès de Alfonso XIII y de Kiti, y al que precede un discreto prólogo del general Excelentísimo Sr. D. Valeriano Weyler, en que se sostienen, con valentía, no infundadas opiniones personales, que no es de este lugar dilucidar ni reproducir.

Pero donde el Sr. Cabeza Pereiro ha puesto á prueba su talento, saliendo de su empeño airosísimo, es en la sóbria y elegante narración de las penalidades sufridas, el valor y la abnegación demostrados y las resultados obtenidos por nuestras expediciones militares, en las difíciles y peligrosas marchas y en los arteros combates provocados por ambiciones bastardas, preparados por la traicón infame y la ingratitud alevosa, y sosteni-

dos por el incontrastable empuje de nuestros soldados, por su virtud en las durísimas pruebas y por su heróico sufrimiento. También allí, en aquellas olvidadas colinas, besadas por las olas del Pacífico, regadas con la noble sangre de obscuros y modestos mártires que han dado sus vidas por la honra de la Pátria, y santificadas por sus venerables restos, prosíguese nuestra misión civilizadora, y de tal modo la juzgamos providencial, que debemos terminar este modesto escrito expresando el deseo ardentísimo que al leer obra tan hermosa como la del Sr. Cabeza Pereiro nos embarga y nos inunda, de que aquellos hechos heróicos y aquellas cenizas venerandas se recuerden allí siempre y perpétuamente se cobijen bajo la augusta sombra del glorioso pabellón español.

Manila, Diciembre, 16-1895.





EL TEATRO NACIONAL DE LA OPERA,

Y

EL ARTE LÍRICO ESPAÑOL

NO porque estemos lejos del teatro de ciertos sucesos debemos desconocerlos en este pedazo de la pátria, y menos cuando afectan al progreso, á la gloria y á la vida del arte nacional; y á este número pertenecen la recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando del autor ilustre de *Garin, Los amantes de Teruel* y *Dolores,* el maestro D. Tomás Bretón, así como su brillante discurso de ingreso, y el de contestación, verdaderamente notable, del Sr. Conde de Morphi, uno y otro mantenedores entusiastas del pensamiento que se contiene en el epígrafe de estas líneas.

Conocido es el Sr. Bretón como maestro compositor de celebrada música y como creador inspirado de la ópera genuinamente

española; pero acaso no sea tan conocido como crítico musical, escritor castizo y vigoroso polemista, cualidades tan difíciles de sumarse con aquella, y que en grado eminente resplandecen en su discurso: con la historia de sus triunfos, el maestro Bretón hase elevado á la altura de los grandes compositores; con el recuerdo de sus luchas ha demostrado que es una voluntad y un carácter; con su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes, se eleva también á las supremas alturas de la crítica moderna.

Día solemne, pues, nos parece, para el arte lírico español, el 14 de Mayo último,—como es fecha de triunfo para el gran maestro y para su protector de siempre, el Sr. Conde de Morphi—puesto que en esa fecha obtiene sanción oficial y pública el noble ideal por ambos perseguido: así, el discurso del Sr. Bretón es una síntesis del pensamiento acariciado toda su vida; un himno al arte lírico español, que, como gráficamente dice, «aún no alterna con el europeo,» pero un himno salpicado de amargura y de recuerdos dolorosos, los de sus luchas homéricas con «el fantasma de la preocupación,» con las injusticias de sus contemporáneos, con las asechanzas de la cobarde envidia, con los insultos y los atrevimientos de la endiosada y consentida ignorancia, sin otras armas que el génio

aún no revelado ó por miserables detractores desconocido, las invencibles energías de la convicción propia, la clarividencia del talento superior, que prefiere «ir bien con su conciencia á que sirva de lastre á la de los demás,» y está seguro de que la prensa misma, «con todo su poder, no alcanza eficacia duradera sino cuando defiende lo justo.»

Para formar juicio de las luchas sostenidas por el insigne maestro, hoy gloria de España, no son bastantes los dejos de amargura que en su discurso se notan, velados por las reservas que la prudencia, su modestia y el mismo triunfo le imponían; no basta lo que se adivina bajo muchas de sus frases y observaciones: «una de las cosas—dice—más difíciles en España es que... media docena de personas de algún valer vayan de acuerdo.» «Hoy, en nuestro país,—añade—casi puede más un hombre de los que bullen y se agitan, que una idea; al revés de otros tiempos, en que la idea era centro y seno moral de muchos hombres, y en aras de la cual se sacrificaban. Por eso bajan tanto las que debieran ser grandes ideas, y suben en proporción equivalente los hombres que tal vez debieran contenerse en más modesta jerarquía. Ha cundido tanto en nuestra sociedad lo insignificante y lo trivial y engañosamente cómodo, que cuando algún

espíritu independiente emite una idea noble, generosa y levantada, lo más general es que la mayoría de los que le escuchan le contemplen con grandiosa piedad y risa mal contenida!»; pero á esto es preciso añadir por los que no están obligados á guardar aquellas naturales reservas y han presenciado ciertos sucesos ó intervenido en ellos como insignificantes actores, lo que es hora de que se sepa, esto es, que un jurado injusto ó incompetente se opuso á que *Los amantes de Teruel* hiciesen su triunfal entrada en el régio teatro lírico español; que una crítica apasionada y violenta se ensañó contra el maestro insigne que conducía la nueva idea en el arca santa de su genio poderoso; que contra el innovador temerario que no supo, con transacciones y componendas, seguir el fácil camino de la bajeza recompensada y la adulación favorecida, para de este modo, hacerse perdonar su talento, desatóse, entónces, la implacable envidia, esa envidia insensata que tiene cristales de reducción para mirar las cualidades sobresalientes y oidos que el sonido agrandan y en que repercute, como rumor insoportable y molesto, el aplauso al mérito ajeno; esa envidia innoble y grosera que, incapaz de crear, sólo es apta para producir la agresión insolente, la contradicción inculta y el obstáculo estéril;

y que el Ateneo de Madrid, con sólo un acto, invitando al combatido maestro á que diese á conocer los números más importantes de su hoy famosa ópera, en el salón donde han resonado los ecos de las primeras glorias de este siglo, decidió la contienda, decidiendo al mismo tiempo que el éxito del compositor, facilitado de improviso, el porvenir del arte musical en nuestra pátria y el futuro y brillante camino de la ópera española.

Sabido es el ideal que persigue con ardimiento el ilustre compositor español: no sólo el engrandecimiento del arte lírico nacional y el triunfo de la ópera española, sino la creación del Teatro nacional de la ópera, en que se oigan las inmortales creaciones del génio universal, en la lengua riquísima y sonora de Cervantes. A este propósito, dice el Sr. Bretón: «Esto logró Francia hace siglos con menos personalidad artística que España, sin embargo de fundar la ópera francesa principalmente el italiano Lulli, naturalizado francés más tarde; esto lograron Alemania y Austria hace muchos años, aunque sus más grandes maestros no cultivaron con predilección el género dramático, exceptuando Mozart, que escribió en italiano sus óperas, y Weber, que, en pleno delirio *rossiniano*, del que hoy no nos podemos hacer idea, tenía público que le

alentaba á sacudir el yugo extranjero, y grandes como el Rey de Sajonia, que le estimulaban á dirigir y alimentar la ópera nacional en Dresde, dando por glorioso resultado que él fuera, Weber, el verdadero fundador de la ópera alemana; esto persigue Rusia, cortando más cada dia el terreno al arte que antes la avasalló, y esto ha conseguido, por último, Inglaterra»; es decir, como agrega más adelante, que de la grande ópera francesa, habida cuenta de la producción positiva, ó lo que es lo mismo, universal, durante sesenta años, «no han salido al extranjero más que cuatro obras francesas, *La Muda*, *La Hebrea, Fausto y Hamlet*... Pues el repertorio que constituye la grande ópera francesa es el repertorio que constituye la ópera alemana, con mayor número de obras de Mozart, algunas de Marschner, Nicolai, *Fidelio* de Beethoven, unas óperas italianas y buen número de óperas cómicas francesas, *pero cantadas todas en la lengua nacional*», esto es, que la lengua mejor para cantada, si ha de expresar algo, *es la propia*.

Como es natural en discurso de tal índole y de tales vuelos, hace su profesión de fé el gran maestro y crítico español: para él, «la música italiana, la hermana mayor de la música latina, es el lenguaje más expresivo de los lenguajes humanos: considera, bien por analogía de tempera-

mento, ó por educación, ó por afinidad de raza, muy superior el arte latino al germano, y como suprema representación del primero, al italiano, á pesar de sus vicios y fórmulas.» No condena la música alemana, de la que se declara ferviente y sincero entusiasta; pero en nota del discurso sintetiza su opinión sobre Wagner, coincidiendo con las de nuestro insigne Castelar y el célebre escritor Manuel del Palacio, opinión tan acertada y justa, en nuestro sentir, que no resistimos al deseo de transcribirla íntegra:

«Como yo pase entre nosotros—dice —por antiwagnerario, he de rechazar ese calificativo en el sentido absoluto que suele ir anejo á todo lo que al gran maestro sajón se refiere, pues éste no conquista sencillamente adeptos entre sus admiradores, sino idólatras, sectarios en lugar de amigos. Con la misma energía y furor que en un tiempo le perseguían y ridiculizaban, así hoy (probablemente los mismos temperamentos) le ensalzan y deifican. ¿Quién osará dudar de la potencia intelectual de hombre que ha podido conmover todo el mundo musical, que ha ensanchado el campo experimental del mismo y enriquecido sensiblemente el ramo,—más físico que psíquico—de la harmonía! Mas reconociendo todo esto y apreciando como

el que más su colosal talento, siento de Wagner que, sino es un degenerado y crotómano, como afirma Max Nordau, su obra, más que de un cerebro sano, parece la producción de un histérico; que no obstante la grandiosidad y sublimidad que observamos algunas veces en sus obras (adjetivos no siempre bien aplicados, y que en buena filosofía, si revelan bondad, significan tambien perturbación y desequilibrio de lo verdadero y eternamente bello), no ha destruido nada en el arte que no estuviera ya condenado por la crítica, siguiendo bello después de Wagner lo que antes de él era bello, así en la ópera como en la canción, en la sonata como en el cuarteto, en el trío como en la sinfonía... y digo esto, aunque parece que huelga de puro sabido, porque el wagnerista, aquí y en todas partes, es como el ídolo, tan exagerado, que todo lo pasado juzga frívolo; al que no es entusiasta de Wagner, míralo, con seráfica compasión, y goza, allí en donde el sano no logra ver sino extensos páramos de monotonías é insulseces, cual si descubriera fertilísimos campos y praderas maravillosas superiores á toda descripción y encarecimiento. Yo declaro humilde y sinceramente que la audición de las obras de Wagner, desde *Las Hadas* hasta al *Crepúsculo de los Dioses* (*Parsifal* no lo he oido en el teatro), me

ha causado muchas veces asombro, nunca me ha conmovido, casi siempre me ha fatigado. Parecerá ordinario el símil que voy á exponer, pero traduce fielmente la impresión que en mi produce la obra wagneriana comparada á la de compositores de génio, al parecer, más modesto. Cuando nos aproximamos á una tahona ó á un lagar aspiramos necesariamente el vivificador, intenso y hasta nutritivo olor que despiden, y lo aspiramos y gustamos tan sin esfuerzo como con deleite. Si entramos en bien surtida perfumería, aspiramos del mismo modo los dulces y sutilísimos olores que exhalan las mil diversas esencias allí reunidas; pero pronto observaremos que éstos embriagan, desvanecen y hasta envenenan. Esto es Wagner: el arte enfermo; aquello es el arte sano; Beethoven. Los italianos debilitaron y desequilibraron el drama lírico por la exagerada importancia que dieron á la voz y la multitud de fórmulas que emplearon. Wagner incurrió en el defecto contrario, concediendo exagerada importancia á la orquesta, y quitándosela á la voz, instrumento al cabo el más bello por ser obra de Dios, y sustituyendo aquellas fórmulas con otras tantas de su manera. Verdi nos enseña en sus últimas obras y algunos compositores franceses, cuán bien pueden equilibrarse y completarse ambos factores.»

Al contestar al discurso del señor Bretón el Conde de Morphi, defiende el pensamiento del maestro y participa de sus opiniones: restablece la fundamental teoría de la relación estética entre la melodía y la palabra, y refiriéndose al autor de *Garín* y á sus inacabadas luchas, recuerda, «cuán hábilmente se sabe en nuestro país apagar ó amortiguar la luz brillante que es torba y avivar la que se cree que no ha de durar mucho. Lo primero se consigue con la conspiración del silencio y del aislamiento, y lo segundo ensalzando y coronando la medianía hasta hacerla despeñarse en el abismo de lo ridículo.» Y más adelante, refiriéndose á su estrecha amistad con Bretón, al apoyo que haya podido prestarle y á los detractores de ambos, consigna la siguiente magnífica frase: «¿Ha podido servirle en algo mi sincera y cariñosa amistad en el principio de su carrera, según afirman los que creen ridiculizarme, llamándome padre de Bretón y abuelo de sus obras? ¡Qué mayor satisfacción para mi, el más olvidado y obscuro de los españoles! Pues ahí es nada, llamarme padre del génio y abuelo de la gloria.»

Tal ha sido el acto importantísimo que analizamos: tal la crítica y la misión del exímio maestro, cuyo triunfo será al par que grandioso definitivo, cuando, como no puede menos de suceder, resuenen en el régio

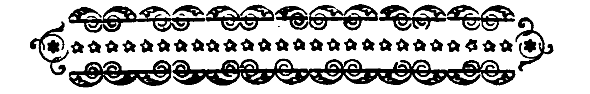
coliseo matritense, interpretando las sublimidades del arte lírico, los dulces y graves acentos de la copiosa y soberana lengua española, que tiene reminiscencias de lo sobrehumano, añoranzas del cielo, acordes de inmortalidad y sonoridades de gloria; la lengua hermosa y rotunda en que balbucimos, por vez primera, el sagrado nombre de madre; en que, adolescentes, hablamos con las notas musicales del amor, á la vírgen soñada, que de improviso vimos ante nuestros ojos como inesperada aparición y realidad deslumbradora; la lengua inmortal en que tradujimos nues; tras alegrías y tristezas, nuestros recuerdos y esperanzas, nuestros deseos y desmayos, que son la urdimbre de la vida humana; la lengua en que damos el último adios y se formula nuestra postrera despedida; la lengua, en fin, con que, en álas de la oración, elevamos el espíritu á las alturas.

El insigne maestro, defendiendo ese principio, representa una firme y vigorosa afirmación entre tantas negaciones enfermizas é indiferencias morbosas; como músico excepcional, como crítico de primer órden, en tal forma no tiene en España precedentes, que el Sr. Bretón es, á un tiempo, antecesor y sucesor de sí mismo: lejos de rendirse á las convenciones y al éxito admitido, hizo su esclava á la victoria, y no contento con haber doblegado á la reha-

cia fortuna, ha sometido el genio á la voluntad y la voluntad á la idea; y es de ésta, para honor suyo, no sólo apostol sino encarnación, alma y realización espléndida y gloriosa.

Manila, 30 Junio 1896.





D. CLAUDIO IGLESIA

HOY hace un año que, sin que precediese el menor signo de postración ni de agotamiento de su naturaleza vigorosa, que hiciera temer las proximidades del término, bajó el sepulcro, por todos llorado, el funcionario integérrimo, el amigo por leal y caballeroso inolvidable, el excelente español y patriota que se llamó en vida D. Claudio Iglesia.

Epoca es la presente de fiebre y de olvido; los sucesos se atropellan con vertiginoso movimiento en el rápido kinematógrafo de la vida; en ella pasan, como ante la lente del aparato prodigioso, con la instabilidad del relámpago, los enjambres humanos que se empujan para llegar primero al desigual reparto de los bienes terrenos y de los goces materiales; los malvados, que, para llegar al término, esco-

gen las armas del crímen y los senderos tortuosos del delito; los ambiciosos sin conciencia y sin alma que siguen los asegurados caminos de la ingratitud y el perjuicio ó la difamación y el escándalo; los indeferentes ó degenerados que se amoldan como cera blanda, á la impresión ó al disignio ajeno, y ó suben al pináculo, porque la pasividad y la transacción tienen sus triunfos, ó pasan y desaparecen sin suscitar un odio ni una envidia y sin dejar en pos amigos ni enemigos; y los vencidos en el combate, que se resignan si guardaron en el corazón los rescoldos de una creencia, ó se precipitan, vacía la conciencia ó preñada sólo de acusadoras lobregueces, en los abismos de la desesperación y del suicidio: y en tantan y tan precipitada sucesión de séres y acontecimientos, sólo quedan detenidos y permanecen como rezagados, los caractéres enteros, los inteligentes que esperan, la virtud silenciosa, los limpios de corazón, el talento que no se envilece, la conciencia que no se enloda, la rectitud que no se humilla, la creencia que no vacila ni transige, y la honradez que ni pide ni espera recompensa.

En la agitación que nos lleva, en el torbellino que nos arrastra sacudidos por las ráfagas de la pasión humana, como el huracán sacude los mares, tiempo falta para admirar y bendecir, para enaltecer é imitar

aquellas honrosas excepciones, cuando apenas el éxito ruidoso y efímero y la fortuna mudable, aúnque deslumbradora, tienen cortesanos de un día; pero no es posible tampoco que el olvido sepulte los nombres de aquellos que lucharon como buenos, que constituyeron una personalidad, una rectitud y un carácter, que murieron como caballeros y cristianos y que dejaron en pos una huella, un ejemplo, una enseñanza.

No está el mundo de ellos muy sobrado; y á ese número pertenecía el Sr. Iglesia: nosotros que nos honrábamos con su amistad, nosotros que profundamente le conociamos, esto pensamos y esto sentimos, más que inanimado dormido al parecer sobre su lecho de muerte: las lágrimas que invadieron nuestros ojos y la pena que embargó nuestro ánimo velaron entonces nuestras ideas y ataron nuestra pluma, porque no tiene formas externas el dolor ni palabras el sentimiento verdadero; pero en aquella muda y penosa contemplación, una voz parecía decirnos levantándose en el fondo del alma: «No le compadezcas, que no es compasión la que reclama el que, al morir, renace al mundo de la verdad: compadece, si, á su desolada viuda, á sus apenados hijos, á sus amigos, que le perdieron para siempre. El es digno de envidia: vivió, amó, creyó: llenó su vida con el sentimiento del deber y el trabajo

ennoblecedor; conservó siempre en su cuerpo de atleta el corazón del niño; no hizo de su talento arma de dos filos para defensa del medro personal y agresión del bien ajeno, sino instrumento de provechosa aplicación y utilidad para sus semejantes; de alma leal y sincera, hizo religión del deber y culto de la amistad, dando al par su afecto al tender su mano; y cuando sus merecimientos le elevaron á eminentes puestos sociales y la pátria le recompensó con altos honores, no interrumpió con satisfacciones de vanidad su labor de soldado del trabajo, ni abandonó un momento, siempre igual y siempre afable y síncero, su puesto en el diario combate: cumplió como bueno, y terminada su laboriosa vida, aguarda la justicia de los hombres y el fallo supremo de lo alto.»

Esto nos dijo entonces nuestra conciencia, y hoy, al evocar aquellas reflexiones, no podemos menos de consagrar este recuerdo al amigo inolvidable y caballeroso, al hombre de cultivado espíritu, de entero carácter, de rara sinceridad, de maduro talento empleado en el bien, y de virtudes públicas y privadas que lloramos como eterno ausente, y cuya honrada memoria reclama este tributo, merecedor de pluma menos tosca y de más elocuentes palabras.

Ni siquiera en estas líneas hemos intentado hacer un elogio, aunque resulte por la virtualidad misma de las cualidades y de los merecimientos enumerados: memorias como la del Sr. Iglesia no reclaman panegíricos, sino imitadores.



CASTAÑER Y SUS OBRAS

HAY, en verdad, algo más grande que el éxito obtenido, y es no alcanzarlo, y merecerlo; y en este caso se halla D. Eduardo Castañer, escritor de altos vuelos, de talento privilegiado y de imaginación brillante, es decir, un poeta *de cuerpo entero*, según la frase consagrada por el uso, dedicado en Filipinas á la ciencia de Hipócrates con entusiasmo de apóstol y fé de sacerdote.

Hace algún tiempo, cuando el que estas líneas escribe leía en los periódicos locales versos que acusaban un ingenio de primer orden, bastante ajeno estaba de que *Reñatsac* era solo, en sencillo anagrama, el apellido de Castañer literalmente invertido, y que Castañer era aquel estudiante de San Cárlos, para cuya redención, de la suerte de soldado derrocharon las flores de su ingenio, en libro que resulta, á un tiempo, *obra buena y buena obra*, maestros

en las letras como Echegaray, Carvajal, Campoamor, Letamendi y otros soberanos de la inteligencia y cuanto de más notable surgía entonces, ó como esperanza ó como realidad inmediata, en las esferas del talento.

Iniciador del pensamiento un amigo mío querido, escritor de tan delicadas esquisiteces como de elevación vigorosa, D. Federico Degetau, mi primer encuentro en esta tierra, prolongación de la Pátria en el extremo Oriente, con un poeta como Castañer, tenía por fuerza, que ser equivalente al encuentro con un amigo antiguo, á quien, por azares de la suerte, hemos en algún lapso de tiempo, dejado de ver: un sábio ilustre por quién, desde tiempo inmemorial, siento admiración rayana en veneración extraordinaria, el doctor Letamendi, que ensalza en ese libro los merecimientos de Castañer, había de ser otro vínculo entre los dos. No respondería, pues, de que mis elogios fuesen desapasionados, si plumas más acreditadas y nombres más conocidos y mucho más altos que el modesto mío, no hiciesen buenas mis palabras.

Castañer es un talento, una lucha y un triunfo, el triunfo de sí mismo: no conozco su historia, pero la presiento y la adivino, y él mismo la lleva escrita en los surcos de su frente: como otros muchos,— aunque en realidad; debierase escribir po-

cos,—jóven abandonó la Pátria querida; en algunos hombres es un delito abandonarla, y un delito,—bien que suele serlo involuntario—ha sido en Castañer: el talento que abandona la Pátria, puede, si á América se dirige, ir de espaldas al sol, y si á estas tierras se encamina, venir en su seguimiento, pero, en uno y otro caso, parte volviendo las espadas á la gloria.

¡La gloria! ¡Fantasma divino seguido con tenacidad y una vez ó nunca plenamente alcanzado! ¡Quimera que parece ficción del deseo, aspiración íntima y secreta á la inmortalidad, que, como recuerdo, como estímulo. ó como término, todos sentimos agitarse en las profundidades del alma! ¡Fantasma siempre, que no se detiene jamás, al que algunos—¡cuán pocos!—logran alcanzar, pero sólo para que se les desvanezca entre las manos! Pero el fantasma existe deslumbrante, arrebatador... El amor es la única gloria de la mujer: inspirarlo es la ley de su vida; la belleza es su arma poderosa, y su mayor infortunio; sacrificar esa gloria por sus hijos, es su abnegación más sublime; pues bien; la gloria es el único amor del talento; seguirla en su ley ineludible, alcanzarla es su ventura mayor y su infortunio; poco importa el sacrificio de una vida consagrada á perseguir el fantasma, porque huye, pero deja algo detrás de sí que nos em-

briaga y nos enloquece, algo como atmósfera de inmortalidad, oleadas de triunfo que caldean el rostro, y ráfagas luminosas que caldean el alma, y esas ráfagas luminosas que caldean el alma, y esas ráfagas, esas oleadas, y esas auras de triunfos, son la única atmósfera respirable del talento.

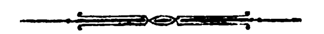
Las obras de Castañer son mucho si se miden por su mérito, pocas si se cuenta su número, y de todos modos escasas, si se considera las que aún brotarán de su gallarda plnma: como hombre de ciencia, ahí está su estudio relativo á *Las aguas de Mariveles*, obra concienzuda en su doble aspecto de técnica y estadística: como hombre de letras, ahí está el drama *La mártir de su destino*, joya literaria que, como rica pedrería, está salpicada de rasgos elevadísimos, conceptos profundos y brillantes imágenes, y ahí están sobre todo las dos profecías de hombres tan eminentes como Letamendi y Echegaray, que no dejarán de complirse porque son un reto de honor que no puede rehuirse por escritores como Castañer, y porque el talento no falta nunca á las citas de la gloria.

En otro escenario debe, sin embargo, el escritor desenvolverse, otro es el sitio de la doble profecía y á diverso lugar se refiere la cita; cierto que el escritor emigra, pero no deserta; exacto que hora por hora

siente esa nostalgia, que aún en ilusión efímera haciéndonos sentir los tormentos de la ausencia, parece como que nos acerca á la Pátria adorada, á la Pátria inolvidable, abandonada en mal hora; más, el deber encadena, ese deber que muchas veces no afirma, sino niega; pero sea como fuere, cuando se siguen esos impulsos del deber, que es la orden suprema de la conciencia, el hombre llega á ser, aún á cambio de su ventura, el legislador de sí mismo.

Legislador de sí mismo es el Sr. Castañer; sea tambien su legislador literario; moje en las mismas tintas de su amargura su pluma de poeta, que el dolor es fuente de inacabable poesía; beba en las fuentes de su propia nostalgia las ondas acres, pero grandiosas de esa otra poesía que nunca muere, la de la Pátria, á cuyo seno ansiamos ardientemente volver, poesía solemne que nace de la confusión en una de dos nostalgias supremas, la de la Pátria y la de la gloria, de las que, reunidas y formando como una madre cariñosa del espíritu, bien puede decirse con el poeta en estas líneas celebrado,

«que guarda el alma el calor,
de sus amorosos besos».





LOS QUE SE VAN

LLOVERA

A mi querido amigo
el notable pintor Don
Pablo Olivella.

BIEN puede Reus enorgullecerse de haber dado al arte y á la historia pátria, en el presente siglo, una legión ilustre de hombres extraordinarios que han fatigado los ecos de la fama universal; Prim, Fortuny y Bartrina, es decir. heróicos y legendarios nombres, glorias del pincel y soldados del pensamiento, pregonan nuestro aserto, y, sin temor de equivocarnos podemos decir que en esa legión sagrada de héroes, artistas y génios ocupa lugar honroso otro insigne reusense el malogrado pintor José Llovera.

El 7 de Noviembre último ha sido, por lo tanto, día de luto para Reus y para

el arte español: jóven aún Llovera, al desaparecer para siempre, en esa triste fecha, del mundo de los vivos, ha arrastrado consigo al sepulcro un talento de primer órden, una gloria alcanzada por derecho de conquista, y un porvenir de triunfos y de fortuna; su gloria le sobrevivirá y aún crecerá su fama, por los engrandecimientos de la lejanía, y las justicias de la muerte, que tal es el privilegio de la gloria legítima y verdadera, pero se helaron y murieron con él las fecundas actividades de su génio, y se extinguieron en su frente inspirada el proyento que nacía, la idea que germinaba, la línea sorprendida á la fugitiva belleza, el color guardado como reliquia de una impresión en la retina, y, en una palabra, las futuras creaciones del talento y del arte.

¡Cuántos sueños de gloria, cuántas revelaciones de artista, cuántos triunfos del pincel, y qué de grandezas próximas á realizarse, qué de bellezas prontas á recibir el beso de la luz se habrán sepultado con el pintor ilustre! Acaso Llovera no es lo que hizo, sino lo que dejó por hacer: acaso en los momentos en que le sorprendió la muerte, el génio murmuraba á su oido esa palabra suprema que descorre ante los ojos atónitos del artista los cendales de oro tras los que se recatan á la débil mirada del hombre las cumbres

más altas de la gloria, los trazos sublimes de la obra maestra, las perpetuidades del cuadro único ante el que depositan la ofrenda de su admiración generaciones innúmeras, y las resplandecencias de la inmortalidad.

Basta, sin embargo, á su gloria la labor realizada por el genial pintor; heredero único de Goya y Fortuny, al buscar los derroteros de ambos eximios maestros, halló el camino de un arte original y propio, y, como sucede á las verdaderas personalidades artísticas, se encontró á si mismo; apartándose de lo que denomina gráficamente Alma Tadema la *noción hueca*, jamás rindieron tributo sus pinceles brillantes al feo y repulsivo naturalismo, que con la máscara del modernismo militante, esconde la ausencia del artista y suple los desmayos de la inspiración y la pobreza de asuntos y de pensamiento; siguió, por el contrario, el eterno principio que llamaba Rafael *certa idea,* y anteponiendo á la realidad copiada la realidad posible, que es la suprema verosimilitud del arte, embelleciendo lo real por la superior agrupación de elementos dispersos de belleza, no tanto realizó esta, sino que la interpretó, elevando sus obras á esa difícil unidad, en que la línea es idea, expresión, verdad y elegancia; el color sentimiento, efecto, realidad y vida, y

y la totalidad del lienzo, esa realidad idealizada en que palpita el talento, los prodigios deslumbran, se eleva el espíritu y reposan, con deleite, los ojos del que admira.

Las majas del siglo último, las andaluzas del presente, no tuvieron nunca—Goya aparte en lo tocante á las primeras,—mejor intérprete, y aún las figuras de Llovera tienen ese algo inexplicable de elegancia, atracción y encanto del llamado por Goite el eterno femenino. ¿En qué modelo hallaríase la corrección suprema, la gracia insuperable, la completa belleza de una maja de Llovera? El modelo dá la línea pero no ofrece la perfección; ostenta bellezas, pero no el molde de la belleza total, una y harmónica: en modelo alguno puede hallarse aquel donaire de las mujeres de Llovera, las redondeadas formas, las curvas suaves y delicadas de sus majas picarescas, de esas creaciones vivientes que parece que palpitan bajo sus ajustados trajes de seda; que rien alegres ante promesas de esperanzas y deseos; que aguardan la hora nocturna de la amorosa cita en reja casi tapada por húmedas hojas de albahacas, enredaderas y claveles, bajo un cielo que no tiene más estrellas que reflejos y luces en su retina la hermosa enamorada; ó que en el sombrío patio sevillano lanzan á los aires melancólicos

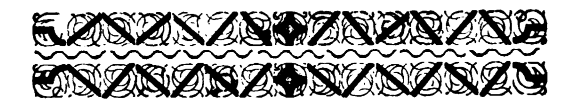
cantares que son suspiros de fuego en busca de un corazón, y regalos del oido para los incendios del alma.

Este mundo de bellezas, esta reproducción de costumbres, ya añejas, ya populares y corrientes, en animados lienzos y en repetidas reproducciones que han recorrido toda Europa, deja Llovera tras de sí, cómo luminosa estela de su gloria, y como huella imperecedera de su labor fecunda: orgullo de Reus y honra del arte español, Llovera ha sido una gloria española, aún más apreciada por los extraños que por sus mismos compatriotas.

Su vida se ha deslizado sin lucha casi, por que la lucha fué para Llovera la victoria; y aún jóven, en la edad en que nacen otros á la celebridad, los principales centros del arte en Europa y América saludaban el nombre y se disputaban los cuadros del egregio pintor español; jóven y en la plenitud de su talento, ha bajado al sepulcro, y de él puede decirse, como de Fortuny y Bartrina, soberanos del pensamiento y del arte que sucumbieron en los esplendores de la juventud y del triunfo, que ha muerto cuando según la hermosa expresión del romancero,

«apenas ha calentado
la corona en la cabeza.»

Manila, 28 Diciembre de 1896.



D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUFR

HOY celebra sus *bodas de oro* con el *Diario de Barcelona*, el ilustre periodista español Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, y con tal motivo, según leemos en importante periódico madrileño, la prensa de la capital de Cataluña consagra una demostración colectiva de afecto al escritor que, en el espacio de cincuenta años, ha honrado con su pluma gallarda á aquella importante y popular publicación, dirigiéndola asímismo, por largo tiempo, con singular acierto.

Asombra considerar lo que representan, en la vida de un hombre, esos diez lustros de asídua y difícil labor intelectual; y si se tiene en cuenta que el periodista eximio, orgullo de la prensa catalana y honor de la española, ha luchado en ellos como atleta invencible, sin retroceder un palmo del terreno elegido para el combate; que ha combatido siempre, sin el asomo

de una vacilación ni una flaqueza, por santos ideales; que, soldado de la verdad y apostol del bien público, nunca aduló al poderoso ni halagó á las muchedumbres extraviadas; que no ha hecho de su pluma instrumento de ambición, ni cómplice de torpezas y errores disfrazados con la careta mágica del talento, sino intérprete de su pensamiento honrado, espejo fiel de las limpideces de su conciencia y destello de las transparencias de su alma, si se tiene en cuenta, por último, que forman esa ruda labor de medio siglo escritos brillantes en que resplandecen las galas de una sólida erudición, el amor de la Pátria elevado á culto, el conocimiento profundo de los extravíos y de las dolencias del cuerpo social, los rasgos de un cultivado talento nutrido de altas y ennoblecedoras ideas y los ricos atavíos y las magnificencias del verbo sonoro y la gallarda prosa en cuyas vibraciones inmortales viven perpétua vida Cervantes y Espinel, Solís y Saavedra Fajardo, entonces el asombro se convierte en admiración y en respeto.

Desde estas modestas columnas, nos asociamos á la demostración de la prensa metropolítica y saludamos al periodista insigne: poco vale esta ofrenda de nuestra parte, si no se la considera en la medida de su sinceridad, ya que aspirar no puede á otras resonancias ni á mayor estima una

prensa local alejada de aquel gran movimiento intelectual que pone á prueba el propósito, aquilata el esfuerzo en el combate y dá valor á la victoria, prensa en la cual, sin falsos alardes ya desacreditados ante la opinión, nos consideramos los últimos. Toca á aquel ardiente periodismo ser heraldo, ó revelación al menos, de la conciencia nacional, cuyas palpitaciones sorprende el oido experto y traduce la pluma acostumbrada, y el entendimiento y el espíritu del escritor sondean los más abstrusos problemas, suben á la altura de todos los ideales y descienden á las observaciones más recónditas, moviéndose en ilimitados espacios: un periódico puede ser una dirección intelectual; un hombre, una idea; una doctrina una fé; el talento, una fama, y la fama una estimación nacional, ya que la celebridad no es otra cosa que la gratitud de la memoria colectiva y son triste celebridad y triste gloria las que no se elevan sobre el pedestal de la estimación: grandes proyecciones de luz envuelven á toda figura que se eleva, escalando las alturas del pensamiento, luz que se convierte en aureola alrededor de la frente del elegido por la victoria, como el aplauso se convierte en aclamación ruidosa, la estimación del mérito en admiración nacional, y las primeras flores arrojadas al paso del triunfador, en inmarcesibles coronas.

Todo está en relación, lucha y victoria: más circunscritos los límites de la prensa española en Filipinas, sólo los intereses locales agitan su serena superficie: obscuros son sus triunfos; no hay combate ni gloria; pero un sentimiento, para orgullo nuestro, nos iguala, sentimiento grandioso desbordado con ocasión de los actuales sucesos; el santo amor de la Pátria, al que ván unidos la fé inquebrantable en sus destinos y en su grandeza; la defensa de su honor y de su integridad inviolable, y el entusiasta deseo, el delirante afán de vivir y morir entre la glorificación de su nombre y bajo la sombra de su excelsa bandera, pregón eterno de sus triunfos inmortales, que son, para corazones españoles, arrullo en la infancia, himno en la juventud y plegaria en la muerte.

¡Honor al ilustre escritor con quien comulgamos en tan grandes ideas! Su nombre nos sirve de estímulo; su vida laboriosa, de ejemplo; de dechado, su conciencia honrada; que tales pensamientrs despierta sólo el nombre del Sr. Mañé y Flaquer: de él puede decirse que ha triunfado en toda la línea en esta *batalla sin lágrimas* de la prensa, en que, si cae algún llanto, no se vé, porque cae por dentro en el corazón del escritor: el anciano periodista debe estar satisfecho: carácter entero, no cedió, como tantos otros,

á los estímulos del miedo cuando sintió avanzar hasta sus plantas la amarga ola revolucionaria, no ligándose al mónstruo, cual esos otros lo hicieran sin duda por honrados escrúpulos, porque el miedo todo lo abulta, hasta la gratitud; creyente, cerró las puertas de su espíritu á la duda; sincero, no dió entrada á la ambición bastarda; recto, no transigió con la ajena debilidad evitando la propia, porque el que disculpa una falta está muy próximo á cometerla: por eso una generación le saluda y le admira: rehusó deslumbradores puestos oficiales, reclusó cargo y honores que le hubieran divorciado de su publicación, de esa tribuna desde la cual aún dirige á sus contemporáneos su palabra elocuente y autorizada, de ese altar del pensamiento donde aún oficia para regocijo de los buenos y para honra del periodismo español; ocupado en levantar pedestales ajenos, se olvidó del propio, pero tiene pedestal más duradero y firme en la admiración y el cariño de sus conciudadanos.

El Comercio le reitera su entusiasta saludo, y entiende que la prensa de Filipinas honraríase en esta fecha, trasmitiendo por los hilos del cable el testimonio de su afecto al insigne escritor.



CALDERILLA

LEÍ, ó, mejor dicho, saboreé el libro de Eduardo M. de la Cámara que lleva ese título en la portada coronando el símbolo de un ochavo moruno, y me entregué á esa meditación que sigue á toda lectura de las que dejan huella, y que es, á un tiempo, reposo y actividad del espíritu, juicio y complacencia, exámen y aplauso.

Seguro está de ese resultado el escritor que sabe evocar la belleza con la varita mágica del arte y el conjuro poderoso de las letras, resortes supremos de la experiencia y la maestría, que la juventud halla algunas veces, con esas intuiciones que se anticipan al tiempo, al alcance de su mano: son como oleadas invisibles y efluvios misteriosos del porvenir que vienen á acariciar la frente de un elegido entre muchos llamados, esperanzas que se convierten en realidad antes de ser promesas, y fianzas de tiempos venideros en las letras de cambio de la gloria.

En estos aciertos, reservados sólo á los humildes de frase, aunque inmodestos de ideas, según la feliz expresión del autor, los signos escritos vibran como palabra hablada, las ideas toman forma y adquieren las figuras animación y vida, moviéndose alrededor de un centro, que es la personalidad del escritor: los vagos contornos de la creación artística parecen líneas de realidad viviente; diríase que pasan por las páginas de esos libros ráfagas de la atmósfera que respiramos, ya frescas que acarician y oréan, ya cálidas que abrasan; creemos que los séres descritos los hemos visto en alguna parte, que hemos presenciado y vivido aquellas escenas, y los pensamientos mismos del autor despiertan en nosotros confusos recuerdos, como si antes los hubiésemos oido, ó como si el escritor hubiese ido á sorprenderlos allá en los senos inexplorados de nuestra conciencia, en que guardamos los ecos de una voz que nos conmovió, como si continuase vibrando; la imágen que permaneció grabada en las pupilas soberanas del alma; la memoria misteriosa de lo pensado, el índice de los sueños, y el inmortal alfabeto de las ideas.

De este asentimiento de la conciencia propia hácia la ajena nace la vida de un libro, y se deriva el mérito mayor del que siendo oro de alta ley quiere pasar por

modesta *Calderilla:* de mí sé decir que al leer su última hoja y colocarlo sobre la mesa—ya que ahora no se estila ponerlos sobre la cabeza,—sumergido en las meditaciones que antes he procurado expresar, comenzaron á desfilar ante mí los indagadores de epílogos tristes, las hembras linajudas que como tantas que no lo son «ofician de actrices en la comedia de su boda,» y no rendidas al amor conyugal por el brillo del dinero que ha dorado sus raidos pergaminos, se sienten subyugadas por la grandeza de alma del antes desconocido esposo; el asendereado caballero andante de la verdad, que malogra una vida y encanece en la miseria *por creer en diosas,* el infeliz *licenciado de las ánimas,* más atestado de oraciones qué de ciencias y fórmulas del derecho; el burócrata que pasa del banquillo á la poltrona, subiéndose á erguido pedestal amasado con materiales de soberbia... y detrás de cada una de estas figuras parecíame ver, como á través de velos transparentes, otra, de más relieve aún y de realidad más positiva, luchando brazo á brazo con el infortunio y conquistando palmo á palmo las primicias de la fama y las difíciles avanzadas del porvenir: como obra de nuevo luchador, empapan las páginas del libro aromas de juventud y de esperanza; como creación de un ingénio verdadero, las saturan también oleadas de

pesimismo y de tristeza de que nace el concepto de la realidad y de la vida.

¡La felicidad, el arte, la poesía! Bien lo sabe el autor de tan inspirados artículos, que son, á un tiempo, dejos amargos de idealidad desvanecida, estudios de costumbres y esbozos de novelas: la felicidad es una diosa que, acostumbrada á visitar palacios y á pisar alfombras, no desciende á la vivienda de los humildes, y en cuanto á la santa poesía, los ricos, la *viven*, como se dice ahora, la hacen, miéntras al artista le queda sentirla y expresarla.

Triunfos y aplausos esperan al Sr. Cámara, si no vuelve las espaldas al porvenir y á su destino, tiene grandes alientos, músculos de atleta literario, fé de creyente y talento de escritor, talento de que, como los nobles de abolengo, no es fundador sino heredero, por legado de un padre distinguido: todo ello, y aún mucha perseverancia, haránle falta para proseguir por una senda sembrada de obstáculos, en que le aguardan, consigo mismo, luchas incesantes que engrandecen y agotan, subliman y matan,

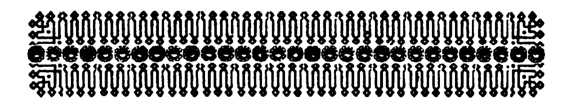
«¡Luchas sin fin, que renacen
de sí mismas con empeño,
días de afán, noches sin sueño,
fiebre de la inspiración:
momentos de angustia y gloria
y de esfuerzos de gigante,

en que, vencido ó triunfante,
crece siempre el corazón!»

según la frase inmortal de un gran poeta; y otras luchas relacionadas con el medio social, en las cuales no debe olvidar nunca que «la gloria prueba muy mal,» comúnmente, y que los nécios jamás perdonan al talento.

No aspiran estas líneas á hacer un juicio de un libro, que es la revelación de un escritor, y ni siquiera se han enumerado sus aciertos: la belleza literaria no se analiza, se admira, las obras del talento no se desmenuzan, se aplauden: con doble motivo cuando el autor, según frase hecha, pero insustituible, empieza por donde muchos acaban.





DON CASTOR AGUILERA

EL 10 de Marzo último falleció en Madrid, cuando en edad aún no muy avanzada, entregábase al descanso conquistado por una vida útil y laboriosa, el que se llamó en el mundo de los vivos Cástor Aguilera y Porta, á cuya buena memoria se consagran estas líneas, que brotan más que por impulsos de la amistad, bien que ésta fuese inquebrantable y estrecha, por los dictados de la justicia, no siempre olvidadiza de los merecimientos contraidos y de las recompensas no otorgadas.

Y aunque á dictados de amistad estas líneas atribuyese alguno de esos infortunados que no aciertan á perdonar el mérito, y para quienes constituye angustiosa pesadilla el talento ajeno, no por eso honraríase menos el que esto escribe, de escribirlo y de rendir á la amistad desinteresado tributo; que más que fraternal fué el afecto

que unió á Aguilera con el que hoy le llora y le ensalza, pudiendo repetir con el poeta,

«yo te llamara mi hermano,
si esto fuese más que amigo»;

y, de todas suertes, en la vida contemporánea, que tan aprisa corre, sin que níngun nombre dure ni fama alguna permanezca, vida febril, agitada y neurótica, corta en recuerdos y larga en olvidos; sin término para las negaciones de la ingratitud y brevísima para las realizaciones del medio, siempre merecería alguna consideración involuntaria aquella pluma rehacía á las adulaciones de los vivos y fácil á las alabanzas de los muertos.

Pero, por suerte, no es así; fué Aguilera hombre de mérito excepcional, é ilustró su nombre con excelentes escritos: de cuidada educación literaria, de sólida erudición y de memoria prodigiosa, á lo Sánchez Moguel y Menéndez Pelayo, no sólo era viviente archivo, sino intérprete y eco veracísimo de los clásicos españoles, que en sus lábios parecían renacer á la vida de la escena, del talento y del arte: era, en sus ideas caballerosas y cristianas, hombre chapado á la antigua española; había en su culto espíritu la selección de los elegidos; en su fácil ingénio, agudezas de buena ley; en su corazón, bondad ingénita; amenidad en su plática, y enseñanza en su palabra

jamás disputaba, porque no sin razón creía que en materia de principios, discutirlos es rebajarlos; y era, en fin, ilustrado sin decirlo, instructivo sin buscarlo, y elocuente sin saberlo.

¿Quien no recuerda en Manila á aquel anciano antes de tiempo, de baja estatura, cabellos tirando á blanco, ojos miopes asociados, por unión precisa, á inseparables gafas, porte distiguido y distraido aspecto, en cuya ancha frente revelábase el hábito de la meditación y el estudio, y extensas arrugas mostraban indiscretas las huellas inequívocas de las tempestades del pensamiento y las batallas de la vida? Sus obras asímismo, responde á este esbozo de retrato, aunque de manera incompleta: los *Cuentos historicos* acreditan su fantasía privilegiada; *La Virgen de los Dolores,* sus dotes de narrador castizo; sus artículos sueltos, aún no coleccionados, el abolengo de su ingénio y la nobleza de su prosa, de pura cepa española, y *El pez de madera* la cultura de su entendimiento; pero ni separadas ni juntas pueden aspirar á ser reflejo de la figura intelectual de su autor, ni expresión del nombre que mereciera, ni muestra acaso, de lo que pudo hacer; sus obras valen más que su fama, y él valió más que sus obras, pues, con ser éstas excelentes, fueron escasas para la fecundidad y riqueza de su alto ingénio, cortas para la

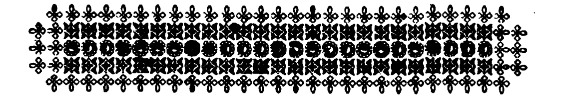
amplitud de su espíritu, humildes para el tesoro de sus ideas y limitas para las energías y las altezas de su talento.

Jamás, como ahora, deseado el prestigio de un nombre y la autoridad de un puesto en la república de las letras, para que estas palabras tuvieran el valor de un juicio respetado y de una opinión oida, autoridad y prestigio negados siempre á la ausencia de méritos, y señaladamente á los que, por burlas de la capricosa fortuna, alejáronse, aunque no desertaron nunca, de la Pátria inolvidable: salvar de esta suerte los espacios que separan la obscuridad de la luz es tan imposible empeño como rellenar un abismo con las manos.

Desterrado, asi mismo, el excelente Aguilera; errante por los paises ultramarinos españoles en que desempeñó altos puestos de la Administración pública, dejando un nombre honrado, paises que, en el órden literario, son «tierra de muertos, que á la vez mata», según célebre frase; minada su salud por silenciosas amarguras, cayó para siempre, como vencido gladiador, cuando acaso esperaban las letras los frutos más sazonados de su peregrino ingénio, y la obra completa de la madurez y plenitud de su talento. Hoy preciso es «recordar para volver á vivir en el tiempo pasado,» valiéndome de las inspiradas palabras del escritor: cumplióse su doliente profecía,

y el mayor de los misterios nos separa, el misterio del no sér en que se confunden el principio y el fin de la vida... y hoy á los que admiramos sus méritos; á los que le amábamos, y alejarse le vimos con la esperanza de volver á encontrarle en los últimos linderos de la existencia efímera; á los que hoy le lloramos como eterno ausente, no queda, en tal pérdida, que lo es tambien para las letras españolas, otro lenitivo, ni otra misión que la, á un tiempo, amarga y consoladora, de honrar su nombre, cubrir su recuerdo imborrable de crespones y laureles en las soledades del espíritu, en que es inmortal la religión de los grandes afectos, y confiar á las álas del aire una oración sentidísima, piadosa y cristiana, para que suba al cielo, y de allí descienda, en las lejanías del suelo pátrio donde sus restos reposan, trocada en lágrimas, transformada en amor y convertida en sollozos, sobre la tumba del ilustre muerto.





UN LIBRO MAS

POR

DON ADOLFO VALLESPINOSA

CON justicia se ha dicho de la colección de prosa y verso, recién publicada por el Sr. Vallespinosa con el título que sirve á estas líneas de epígrafe, que es un verdadero libro más, ó, lo que es igual, un libro más en el catálogo de los que permanecen, de los que, sin necesidad de panegíricos, se abren paso, se buscan, se leen, agradan y se conservan para saborearlos de nuevo en los breves reposos del espíritu, recordar una cita de interés, fortalecer el ánimo con una enseñanza, volver sobre una máxima profunda ó un noble pensamiento que nos cautivaron, ó deleitarnos con tal descripción, ó con determinado trozo de robusto lenguaje y jugoso castellano. Poco más puede decirse cuando se trata de *un libro,*

donde tantos inútilmente aspiran á serlo, y cuando son tantas las obras que nacen á la luz ganosas de ocupar honroso puesto en las poco apretadas filas de los productos del ingénio, y que, á pesar de haber sido impresas, van á engrosar el indigesto fárrago de los intentos malogrados, sin calor de simpatía ni rumor de aplauso, y sin poder medir, con sus álas débiles ó pegadizas, esa desesperante distancia, corta para el talento, infranqueable y larga para la medianía, que hay del olvido á la fama, del esfuerzo al triunfo, del valer personal á la sanción pública, y del merecimiento individual á la conciencia colectiva.

Y esto logra el Sr. Vallespinosa y esto alcanzará, ó tiene poco de profeta el que escribe estas líneas, siendo lo más digno de llamar la atención que lo consiga con una obra brevísima, cuya lectura no es más larga que la duración de un relámpago, pero un relámpago de talento, que, así como los del mundo físico brillan con instantánea luz y con igual rapidéz se desvanecen, con igual intensidad ilumina los espacios del espíritu, pero sin desaparecer ó dejando en pós una huella clara luminosa. Y como esto no se alcanza tan sólo con los primores del estilo, preciso es buscar y hallar en el libro del señor Vallespinosa otra condición más que le

imprime ese carácter de permanencia, condición que es como el alma en las obras humanas y que el mismo autor revela al afirmar, en las substanciosas líneas preliminares, que en sus escritos *no hay ni un átomo de mala intención.*

Es cierto, para honra suya: su libro no es sólo una obra literaria, sino el producto de un espíritu cultivado, un juicio sano y un entendimiento vigoroso; no adula, corrige; no es influido, influye; no sigue la corriente, la remonta; y como al hacerlo se inspira en inmutables principios; como no le mueven otras pasiones que la nobilísima de la verdad y del bien, no á diversa causa puede atribuirse la impresión que produce un libro de tan escasas páginas, ni achacarse la circunstancia de que ofrezca los caractéres de una obra singular y bien equilibrada, en que hay, como en el organismo humano no afectado por enervante dolencia, nérvios sanos, músculos de acero y sangre generosa que regule la vida, sin enfermizas nostalgias, languideces morbosas ni mutilaciones de la voluntad, de esas que revelan las miserias del ánimo, la anemia del cuerpo, los desmayos de la inteligencia y el agotamiento del espíritu.

¡De qué pocos libros—muchos celebrados y famosos—puede decirse otro tanto! Con los prestigios del talento, la mágia

del estilo y los resplandores de la belleza hábilmente realizada, encamínanse muchos á mecer la ambición ó satisfacer las pasiones propias ó las reinantes, ya lanzándose por el camino de la maledicencia y el escándalo, que conduce á ambicionados, aunque miserables términos de celebridad; que nada interesa tan vivamente como la alusiva narración de las debilidades ajenas y la sangrienta burla del mérito extraño, que escaló la altura y que deseamos ver abatido; ya halagando los instintos más bajos del corazón humano, de esos que en épocas de descreimiento, degeneración y desequilibrio, son masa dispuesta á recibir y devolver con aplauso todas las caricias del sensualismo brutal, todas las palpitaciones de la carne, todos los peligros de lo entrevisto, todos los atrevimientos de lo soñado y todos los refinamientos del vicio social, si se les ofrecen, al par que sin velos de idealismo y con el acre sabor de la realidad desnuda, con la inmunidad del hábito compartido y la moda corriente, y con la garantía de las absurdas pero admitidas ideas de una imposible irresponsabidad moral.

Entre tantas obras de esta índole como abundan en la literatura corriente, hay que saludar con respeto la aparición de un libro honrado, y si este libro une á la alteza del propósito las galas del ingenio y

las riquezas del lenguaje, como el del Sr. Vallespinosa, unir el aplauso al respeto; y aplauso sincero merecen la tradición india *Todo menos eso,* el sentido artículo *El primer beso*, *Los terremotos*, «esos sacudimientos de nuestro planeta, que parece resentido de la carga y protesta contra la humanidad que anida encima de él»; la intencionada fábula *El cisne negro*, la narración *Y vá de cuento*, en que se prueba donosamente «que los locos parecen á veces maestros consumados, con multitud de discípulos»; el original y profundo artículo *¡Oh, la belleza!;* el bien observado trabajo *Juan Teniente*, y otros muchos que sería largo ennumerar, así como los fáciles versos que contiene el volúmem.

Y como prueba de los anteriores asertos, reprodúcese á continuación un trozo de castiza y movida prosa con que el autor termina el artículo titulado *Baile de niños:* «La salida del baile—escribe el Sr. Vallespinosa—es tambien digna de un pincel hecho con rayos de sol y mojado en los cambiantes de una de esas caidas de la tarde, que exceden á todos los sueños de la fantasía... Los que llevan espadas, desarmados, porque las niñeras son las portadoras de aquellos fúnebres instrumentos de muerte, que parecen alfileteros, De los brazos infantiles cuelgan, vacías, arrugadas y pringosas las elegantes

bomboneras, y cabecitas con ojos soñolientos, se recuestan en los hombros de las madres, que cubren á sus pequeñuelos con mantones y capitas, que tapan el traje, aunque no del todo, pues debajo de unos madroños de toquilla asoman los encañonados de una gola, y detrás de los flecos de una manteleta se vén los dorados de una limosnera de paje...»

Sincera felicitación merece el Sr. Vallespinosa por su libro, así por su sentido y conceptos fundamentales, como por las bellezas de forma: no es privilegio extendido vivir en Filipinas la vida del pensamiento, sustrayéndose, con voluntad poderosa y sobrehumano esfuerzo, á esta especie de vida sin ideas: conocido es el Sr. Vallespinosa como periodista incansable, como soldado del trabajo inteligente, pero, para mayor ventaja, en su valiosa pluma literaria tiene las hebras de ese *pincel hecho con rayos de sol,* con que puede entretejer sus entorchados de general, rango á que se asciende rápidamente con libros como el suyo; y crea que comulgando en sus creencias y participando de los conceptos generales que tiene formados de la vida, más fácil es aceptar la ingeniosa alegoría de *El caballo mecánico,* que costó, la de su inventor, por *culpa del público incompetente é ingrato,* que suponer persistente su declarado afán de agradar *al público en*

general, no á la llamada minoría inteligente, lo que sólo explicaría el ser el hombre, según una eximia escritora, perpétua antitesis de sí mismo.

Más dificilmente se aprecia una obra literaria que un caballo mecánico, y el Sr. Vallespinosa, á pesar del concepto democrático que en el órden literario contienen las analizadas líneas preliminares, pertenece, por derecho propio, á la aristocracia del talento.





ROMANCES DE CIEGO

POR

D. MANUEL Mª RINCON

NADA tan convencional, ni tan falso,—lo que aún es peor,—que los deberes que, según admitidas ideas, la amistad impone, y la reserva con que siguiendo la lógica derivación de ciertas premisas, se acoge el aplauso por la amistad tributado; y aún reconociendo, y es mucho conceder, que el afecto influya en los serenos juicios del ánimo, no deja de ser en alto grado estrambótica una teoría que, observada en sus naturales consecuencias, conduce á la peregrina deducción de que puede elogiarse al enemigo ó á la persona que no conocemos, y débese al amigo negar el aplauso.

Por suerte si es cierto, que el que escribe estas líneas se honra con la amistad del Sr. Rincón y con él tiene contraidas no olvidadas deudas gratitud, también lo es

que el autor insigne de *Romances de ciego* es lo bastante conocido en Filipinas, y sus merecimientos sobradamente notorios, para que á nadie cause extrañeza el elogio de libro tan excelente, motivo de satisfacción legítima para el incansable periodista y poeta, y de regocijo para los amantes de la belleza y para las letras españolas: con esto, á los inteligentes nada decimos de nuevo, aunque sí lo digamos al modesto y meritísimo escritor, y nada nuevo revelamos tampoco á los ciegos del entendimiento, á los extraviados del espíritu ni á los indigentes de la voluntad.

El juicio de la obra si á tanto aspirase mi humilde pluma, podría condensarse en breves palabras: aunque valiosa, vale mucho menos que su autor, capaz de mayores empeños y de empresas de superior aliento, de que ha de darnos, algún dia, acabadas muestras; y el mérito del libro, escrito con gran ingénio y donosura, en versos chispeantes y salpicados de bellezas y esas luces que dán sólo los diamantes legítimos, donde tanto abundan los americanos, está en relación directa del talento de su autor é inversa del escaso volúmen de la obra: en ella rompe el señor Rincón los moldes del sentimentalismo convencional y de la seriedad afectada, con que se disfrazan tantas medianías, y describe, á grandes rasgos, con pinceladas fe-

lices y afortunados toques, costumbres y tipos populares de Filipinas, y emplea en esos cuadros palpitantes tal colorido y tan pronunciado sabor local, que tan inspiradas páginas serán leidas con el mismo deleite por el conocedor de estas regiones y por el que nunca las haya visitado. Tal es el privilegio de las obras escritas por el ingénio verdadero, y de tal modo el arte se engrandece á medida que se aparta de lo convencional.

Citar bellezas equivaldría á reproducir íntegro el libro, y con entresacar algunos versos basta para venir en conocimiento de su castizo abolengo, de su concepto á menudo sentencioso, y de su flexibilidad y gracejo: así, por ejemplo, en el romance *La pitillera*, cuando exclama

... «mejor será el dormir,—
... y lo dice y lo practica,
que en ésto de descansar
la pereza es muy activa;»

—

en el bien retratado escribiente *Aprodisio*, que

«se sabe todas las órdenes
y decretos, desde el año
de la Nanita hasta el dia,
¡que ya es saber, voto al chápiro!
pues como se sumen todas,
hay más leyes que cristianos.»

—

y cuando, en *El Veterano* concluye que

«es de la justicia agente,
y ya con lo dicho basta;
que la palabra *justicia*
ha sido siempre antipática,
lo mismo á los criminales
que á las personas honradas.»

—

Pero equivocaríase quien sólo por tales donaires, que recuerdan la burladora pluma de Quevedo, formase juicio del espíritu, en el fondo sério y reflexivo, de Rincón: antes al contrario, tiene el temple de esos hombres, de esos elegidos, que entre la lucha y la transacción optan por la primera, y si quisiera buscarse un testimonio viviente de una perseverancia, un carácter y una energía moral, en nuestro autor se hallaría cumplido y sorprendente; así tiene explicación tan fácil su laboriosa vida de héroe incansable del trabajo, de soldado infatigable de la inteligencia, nacido para jefe y cuyo talento consumen á diario la ruda y desconocida y nunca bien recompensada labor anónima de la prensa, á que dedica su fecundidad asombrosa, y las áridas tareas mercantiles, en que pasan dia por dia ante sus ojos cifras fabulosas, que huyen y se desvanecen, reduciéndose en sus manos á modesto ingreso mensual; así se comprende que tuviera que alejarse de la Administración

pública, á que, por suerte, ha pertenecido, con la conciencia llena de luz y los bolsillos vacíos, cuando un nepotismo, tan frecuente que á nadie escandaliza ni asombra, tuvo á bien sustituir sus merecimientos con cualquiera obscuridad favorecida; pero así también, puede alimentar el legítimo orgullo de deberlo todo á su esfuerzo y á sus obras, y así como hay hijos de la fortuna reconocerse como hijo de su mérito; y así también puede estar seguro de que su labor literaria dejará huella permanente en la historia intelectual de Filipinas, y en esos fastos en que no es ciertamente el favor el que escribe nombres insignes y recuerdos imperecederos, para memoria y gratitud de los tiempos.

Prosiga, pues, el Sr. Rincón el brillante camino emprendido, seguro de que le conduce al término, á ese término en que vé, cercadas de luz, las nobles é infortunadas figuras de García Collado y Romero Aquino, el genial poeta de exaltado lirismo, y el autor insigne que en el *Romancero filipino* trazó con letras de oro, esculturales estrofas y rayos de gloriosa luz, la historia del descubrimiento de estas dilatadas tierras; y como promovedor que ha sido de la reparadora idea á que deberán la vida de la publicidad las obras de ambos malogrados escritores, bien que asociando á su pensamiento un nombre ilustre y una protec-

ción generosa, acepte una doble, aunque modesta enhorabuena, por los hermosos *Romances de ciego,* por cierto muy bien ilustrados por Villegas y Velasco, y por aquel importante servicio prestado á las letras españolas, y no olvide que, según la frase de un gran pensador, las honras fúnebres se hacen siempre por los herederos.





LOS PIRINEOS

TIENEN las obras del entendimiento humano, singularmente aquellas que se alzan á las supremas alturas del arte y á la sanción suprema de la gloria, el privilegio peregrino de no envejecer nunca; y cuando los espíritus superficiales traducen los obligados silencios de la fama por términos de olvido, suponiendo que en las creaciones del génio hay fórmulas que pasan, conceptos fundamentales que varían, bellezas que se borran y ropajes que, al caducar su época, se esfuman, reaparecen con nueva y robusta vitalidad, de nuevo esclavizan la admiración y avasallan las almas, como para demostrar, una vez más triunfadoras en el espacio y en el tiempo, que es permanente el concepto inmutable del arte; que la belleza es una y eterna, resplandeciendo como luz solar, que por igual alumbró pasadas edades y esclarecerá las venideras; que es á la esencia el ropaje lo que la forma á la idea, y que en las

16

excelsitudes de la inteligencia y los vuelos de la inspiración soberana, no hay fórmulas que mueren, sino magnificencias que perduran, como pactos de gloria entre los grandes artistas y la inmortalidad.

Y esto sucede con el grandioso poema dramático *Los Pirineos* de D Victor Balaguer, artista eximio de la palabra, infatigable soldado del pensamiento y obrero del trabajo, cuyo espíritu generoso abrióse desde la juventud de una vida larga y gloriosa, á todos los secretos de la belleza y á las revelaciones todas de la idea: lo escribió, años hace, el ilustre poeta, dióle las galas y las gallardías de su lenguaje y su talento; le comunicó los vuelos de su mente pensadora y los arrebatos de su alma; infundióle vida con su aliento robusto; realzó, con reflejos de homeriana grandeza, sus vibrantes estrofas, y con altos conceptos é imágenes valientes y nobles sus versos inmortales, y hoy el anciano escritor, en cuya actividad pasmosa palpitaba la intuición bendita de que cada obra que trazase sería una página de gloria para su Pátria, asiste á la prevista resurrección de su poema, al aplauso de Europa y al fallo anticipado de la posteridad.

¡Y qué resurrección, tan alta por inusitada, y tan inusitada, por merecida y completa! Un músico insigne, el maestro Pedrell, aclamado ya como el *Wagner español*

por los más célebres críticos y compositores extranjeros, fundador indiscutible, con el esclarecido Bretón, del drama lírico nacional, ensancha los vuelos del poema en las alas sublimes de ese idioma universal compuesto de notas y harmonías, reminiscente lenguaje vestido de nostalgías, despertador de desconocidos éxtasis, y revelador de sospechadas glorias, sobrado finito para ser divino y demasiado excelso para ser humano; dos celebridades españolas, D. Segismundo Moret y D. Gabriel Rodríguez, ponen á contribución su palabra prodigiosa, en acto solemne, digno de perdurable memoria, para ensalzar los merecimientos del gran poeta y del inspirado maestro, cuyos nombres unidos quedan en una misma inmortal obra y en un mismo nimbo de luz; otro poeta de alta prosapia, mi amigo el insigne Ferrari, aún más admirable que admirado —con serlo tanto,—pone el prólogo del poema en hermosos versos castellanos, encanto del alma y delicia del oido; y el Ateneo de Madrid queriendo perpetuar el recuerdo de Velada tan extraordinaria, digna de los mejores tiempos de la Corporación ilustre que es el cerebro de España y algo como esencial entraña de la vida nacional, publica valioso folleto, en que se expone la importancia del asunto, insértase el magnífico prólogo de la trilogía balagueriana. y ya que no pueda ofrecerlos á la admi,

ración de cuantos residimos lejos de aquel centro inolvidable de cultura, anota los hermosos números musicales objeto de la Velada, plena idea, para aquellos espectadores, «de las condiciones y méritos de una obra que, gozando ya de reputación europea, es todavía casi completamente desconocida en España.»

Y en verdad que no en vano dieron al admirable poema escrito en verso catalán, el maestro Pedrell el lenguaje del alma, y el autor de *Pedro Abelardo,* al traducir el prólogo al austero castellano, el lenguaje más alto de la poesía. Es asunto de la trilogía la titánica lucha de la Provenza con Francia, en el siglo XIII, cuando D. Pedro de Aragón aniquila para siempre en Panissars la idea carlovingia, echando los cimientos de la gloriosa nacionalidad española, y cuando muerto en Muret aquel gran rey, el Conde de Foix sostiene heróicamente una guerra desigual, funesta al cabo para la Provenza, que sucumbe ante los poderes aliados de Francia y Roma. No cabe asunto más épico, engrandecido, sin embargo, por la musa del vigoroso poeta catalán.

La Provenza, esa región de la luz, del arte y la poesía, es para todos los amantes de las letras, pero singularmente para los poetas catalanes, una prolongación de la Pátria del espíritu: esa Provenza, «espejo

de caballeros y cuna de poetas,» con sus antiguas *córtes de amor,* sus juglares, sus fiestas famosas y sus inspirados *serventesios,* álzase hoy á través de las vicisitudes históricas, como suelo de privilegio y como raza genial, que tienen alma propia y vigorosa savia, en hombros de *felibres* como Romanil y Mistral, Romie y Bonaparte-Wyse: imposible pensar en la Provenza, sin recordar sus *juegos florales,* sus congregaciones fraternales de *amadores de la gentileza,* sus fiestas de *Font-segugno* y de la fuente de Valclusa en que palpita la inmortal memoria de Laura y de Petrarca; imposible imaginarse aquella región del sol predilecta, sin que surja al momento, ante los embelesados ojos del espíritu, la ideal figura de Mireya, la arlesiana doncella de sazonada hermosura y corazón ardoroso, hija también de una *razada* de aquel sol y por el sol de Provenza arrebatada, ya balbuciendo á Vicente, en la escena idílica de la deshojadura de las moreras, las primeras frases de amor que entreabren sus labios virginales como botón de encendida rosa, ya caida en los arenales, herida por el mortífero miasma que surge envuelto en nieblas desde las dunas de Aguas Muertas, esparcido el opulento y negro cabello, enturbiados los dulces ojos que envidia fueron y admiración del luminoso día, miéntras parecen vagar, como gemidos indeci-

sos, un suspiro de malogrado amor y una plegaria purísima en sus murientes labios.

Imposible recordar la Provenza y á Mistral, su homeriano poeta, sin asociar al recuerdo la noble tierra catalana y á Balaguer, su poeta egregio: Mistral es á la Provenza lo que Balaguer á Cataluña: y ésta es á España lo que á Francia la región arlesiana: pujante y simultáneo fué el renacimiento de las letras en una y otra región; brillantes son, por igual, sus juegos florales, y exímios sus escritores; y para que sea mayor la semejanza de ambas tierras, hermanas son sus lenguas, común á una y otra el cielo esplendoroso, el sol vivificante y el azul Mediterráneo, y honor de sus escudos respectivos son las rojas barras catalanas. Balaguer, el maestro de los poetas catalanes, el iniciador del renacimiento regional literario, el defensor y mantenedor de sus justas intelectuales, es á un tiempo el Romanil y el Mistral de Cataluña, con la ventaja de su doble gloria como poeta catalán y por sus castizos versos castellanos.

No es, pues, de extrañar, que en el magnífico poema baje la inspiración como un dios, á las manos del sacerdote artista, ni que broten de su pluma de oro cuadros de tal alteza como el prólogo, que es un resúmen histórico de primer órden y una exposición magistral de pensamiento íntimo de la obra: forman el fondo del soberbio

cuadro, los Pirineos «en casi toda su extensión, desde Navarra hasta el último término pirenáico de Cataluña»: entre las cumbres de los montes, valles, lagos y ríos, divísanse los antiguos castillos de Foix, Montsegur, Lordat, y otros; el *bardo de los Pirineos* entona, entre la majestad y grandeza de la alegórica escena, el himno de las ingentes montañas, entre cuyos senos y precipicios palpita la leyenda, vive la tradición y se guardan las llaves de oro de la historia medio-eval española; á la voz del poeta, renacen, como con nueva vida, los grandes hechos históricos, las acciones heróicas, las memorables hazañas, y pasadas grandezas, muertos triunfos, anteriores días. ¡Es el desfile de la gloria! pero gloria de la guerra al fin, gloria escrita con sangre de héroes y con lágrimas de mártires. Aquellas rudas cumbres que antes fueron «campo de luchas y de muertes, ¿porqué no ser en adelante faro de paz y de ventura?» Y el bardo, anticipándose al porvenir remoto, prorrumpe en el santo grito de ¡aleluya! y termina su lírica relación con esta estrofa generosa:

«Ya conocen á Dios sus criaturas,
la caridad sustituyó á la guerra,
hermanos todos son en las llanuras,
como hermanos son todos en la sierra.
Gloria, gloria al Señor en las alturas,
y paz, paz á los hombres en la tierra.»

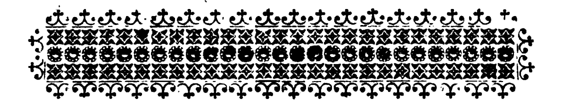
¿Profetizó el poeta? ¡No se sabe! Pero de todas suertes, es grande su concepción, noble su idea: sacerdote parece que oficia en los altares del porvenir; que aquellas agrias montañas altares son erigidos á la grandeza de Dios; bóveda y cortinaje del inmenso templo es aquel cielo majestuoso que, por alzarse sobre los montes, aún parece más alto; las nieves de las cumbres únicas parecen de inmaculada pureza, y las blancas nubes que cortan los enhiestos picos, humo semejan de sagrado incienso elevado por la naturaleza á las plantas de su Supremo Hacedor. Aquellos montes, antes cerrada barrera y baluarte, puerta son ahora franqueada á todo impulso de civilización, á toda resplandecencia del pensamiento humano; y por los hondos valles y por las recónditas entrañas de la roca, cruza la locomotora, hollando recuerdos, estremeciendo tumbas y lanzando con la potente voz de la industria, espirales de humo que parecen la firma del progreso en los espacios.

Honor merece el maestro Pedrell, que con obra maestra de harmonía contribuye á la universalidad del poema y á la fundación definitiva del drama lírico nacional. Honor, asímismo, al insigne Ferrari, que traslada el *Alma Mater* de la obra á tan gallardos versos castellanos, y el Ateneo de Madrid, que así reivindica las glorias es-

pañolas. Honor y aplauso, señaladamente al ilustre autor de *Los Pirineos*, al que felicita con renovados entusiasmos el que firma las presentes líneas, desde esta lejanía penosa donde, como el infortunado Enrique Gil, si no en cuerpo, en espíritu, por muerte de esperanzas y realidades de olvido,

«Yace en su propia tumba desterrado.»





EL ATENEO

POR autorizado conducto llega á nosotros la noticia de que se proyecta fundar en Manila un Ateneo Científico, Literario y Artístico, dentro de las limitaciones modestas que las circunstancias de localidad y las inevitables á todo comienzo, en empresa de tal índole, imponen y aconsejan; y se nos asegura que una comisión de personas entusiastas, con el carácter de fundadora y organizadora, tiene ya redactadas las bases reglamentarias, y tan adelantados los trabajos preliminares que muy en breve habrá de celebrarse la primera junta general ó reunión prévia á la instalación del Centro, á la que serán invitados cuantos puedan aportar prestigios y energías intelectuales, elementos de vida y concurso valioso á la realización del pensamiento.

Algo tambien se nos indica respecto al plán desarrollado en las bases acordadas,

provisionalmente, por la comisión organizadora, y sobre los fines á que, con la creación de la Sociedad, se aspira; y que se resúmen en los que son, en todas partes, sobrado conocidos y como inseparables de instituciones tan provechosas, y en alguna innovación de importancia sugerida por especiales condiciones artísticas en la localidad; constituirán, por lo tanto, aquellos fines, que de altos y trascendentales pueden calificarse, la difusión de la cultura intelectual, la elevación moral del espíritu, el ensanche y vigoroso impulso de la acción civilizadora, la compartida dirección del entendimiento, y la depuración del gusto en las artes liberales y bellas; como medios para la realización del propósito corporativo, la útil conferencia, la agradable velada musical ó literaria, la celebración de juegos florales, y, existiendo actualmente en Manila una pléyade de pintores y escultores, de reconocido mérito, notables y acreditados algunos, otros esperanza legítima del arte, la instalación permanente de una sala de exposición y venta de pinturas y esculturas, en que aficionados y público en general puedan verlas y admirarlas.

El pensamiento es de tal trascendencia que no necesita encarecimientos; basta con enunciarlo: y por nuestra parte no sólo le consideramos digno del aplauso más en-

tusiasta, sino que también acreedor al apoyo más decidido de nuestras dignas autoridades, de la prensa toda y de cuantas personas están llamadas por su ilustración, su representación intelectual, su prestigio y sus medios, á darle calor y vida.

Hoy son numerosos y valiosísimos los elementos con que cuenta la población para hacer floreciente y próspera una institución de esa índole, causa de todo movimiento intelectual y de toda corriente literaria y artística y motivo de honor y orgullo en las localidades que la cuentan en su seno: aislados y dispersos aquellos elementos, conviértense en energías perdidas, en inútiles fuerzas para la sociedad en que viven, y en factores estériles para sí mismos y para el común progreso: unidos en un haz, realízanse los milagros de la acción colectiva, que no tienen límite, por indefinidos, ni término por ilimitados.

Esos organismos, con su unidad de acción, sus medios colectivos y su carácter de asociación inteligente, no sólo sirven, por sus actos públicos, de esparcimiento del espíritu, vulgarización de conocimientos y enseñanzas y motivo de noble emulación del talento, sino que en el contínuo trato y comunicación que establecen entre sus asociados, despiertan duraderos afectos, dan origen al comercio intelectual, activan las funciones pensadoras y ennoblecen las fa-

cultades del espíritu, sin lo cual la vida individual conviértese en existencia vegetativa, y la vida psicológica en una existencia sin ideas, inútil, tediosa y vacía, porque, repitiendo la hermosa sentencia bíblica, *no sólo de pan vive el hombre*.

Deseamos á los iniciadores del pensamiento perseverancia bastante para llegar al término propuesto sin vacilaciones ni desmayos; para ello, cuenten con que al paso han de salirles obstáculos por repetidos previstos y por previstos fáciles de vencer: el pesimismo circunstancial, que negará la oportunidad del momento, alegando dificultades transitorias, tales como la situación económica y el estado de perturbación moral y material en que se desenvuelve la vida de provincias cercanas y aún de regiones más próximas; el pesimismo permanente y absoluto, que juzgará aquí imposible toda innovación y considerará impracticable todo adelanto intelectual colectivo y todo fin de progreso y mejora pretendiendo escribir sobre la frente de los siglos y ante el paso augusto de la civilazación triunfadora, la parte primera de la terrible inscripción del infierno dantesco; y, por último, el indiferentismo impenitente, que ve pasar ante sí, encogiéndose de hombros, sin conmoverse ni inmutarse, y sin medirlos ni apreciarlos, hombres y sucesos, amagos de desdichas,

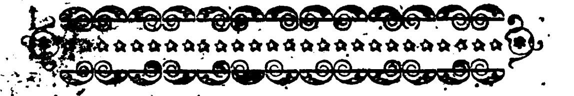
ráfagas de esperanza, promesas de venturas, voces despertadoras del porvenir, centelleos de grandeza y revelaciones de gloria.

Todo ello tiene respuesta fácil en labios de los hombres de buena voluntad: la institución modesta que está á punto de nacer, en nada afectar puede, en el órden económico, á la situación que atravesamos, aunque sí puede influir y mucho en la esfera intelectual; no bajo mejores auspicios, sino en el seno de calamitosos tiempos de perturbación constante y de estrecheces públicas, surgió á gloriosa vida el Ateneo de Madrid, que tanta parte tuvo en el movimiento intelectual de mitad del siglo; y, aunque á larga distancia de tan famoso Centro de cultura, análogo pensamiento y parecidos fines habrá de perseguir en Manila la Sociedad proyectada. Por otra parte, á las colectividades, como á los individuos, es dado siempre emprender el viaje á Corinto de que hablan los clásicos latinos, con sólo la virtud de la perseverancia y la inquebrantable y firme resolución de llegar.

Sombra desteñida nos parece el fantasma de la rebelión criminal é insensata, que yace, á impulso de nuestras armas, aniquilada y deshecha; pero, siendo así, tiempo es de que sucedan á los tiunfos de nuestro ejército las victorias de las nobles ideas, y aún cuando así no fuére y arda en los

campos la tea de una discordia que tiene por origen la ingratitud y el error, engendrados en las tinieblas, ora es de oponer á los absurdos miserables del *Katipunan*, los destellos generosos del saber verdadero, por medio de una institución de carácter social y educadores fines, cuyo lema sea el glorioso y tradicional *Pátria, fides, amor,* de nuesrros antiguos sabios y trovadores; en que el cultivo de la ciencia y los tributos de admiración al arte, tengan por primero y sólido fundamento el santo amor de la Pátria y el culto de la fé de nuestros mayores; en una institución, en fin, que sea, como española, cristiana, esto es, en su nervio, en su médula y hasta en su forma externa, esencialmente cristiana y española.

Adelante, pues, sin vacilaciones ni desmayos desoyendo los voces del egoismo estéril y del pesimismo infecundo; no se han realizado nunca provechosas obras consoldados de la duda, ni colectividad alguna ha ido á la conquista del porvenir con ejércitos de indeferentes; el entusiasmo sólo tiene reservado el don altísimo de edificar y crear, y manifestación alguna existe de su poder, superior á esos templos de la inteligencia, que en la marcha del humano espíritu por las sendas del progreso viril y de la civilización verdadera, son los únicos faros del camino.



...ET NOVISSIMI PRIMI

SR. D. CASIMIRO FRANQUELO

NO atribuya V. á falta de voluntad, mi querido compañero y amigo, mi tardanza en contestar a sus expresivas líneas *The lats and the least,* á propósito del naciente Ateneo Científico, Literario y Artístico de Manila: usted sabe que me sobra voluntad, como me falta tiempo, y debe saber, también, que nunca puede ser el último un escritor y periodista de sus merecimientos é historia, y que es de los primeros en mi consideración y mi afecto.

Ni ¿cómo había yo de dejar sin respuesta, ó, mejor dicho, sin aplauso, sus bien pensadas indicaciones sobre lo que debe ser el Ateneo de Manila, cuando esas meditadas indicaciones constituyen un verdadero y completísimo programa? Porqué el entusiasmo es el mejor programa y el mejor medio de realización de estas empre-

sas: es, al propio tiempo, el entusiasmo el barómetro que nos indica la oportunidad del momento elegido, y á tal circunstancia sólo pueden ser achacados los elogios inmerecidos con que V. me honra, los que debo á la noble bondad, compañera inseperable de su talento, de mi distinguido amigo el Sr. Camps, y hasta los excesivos, por sobradamente generosos, de un escritor meritísimo que sepulta su nombre en el océano de cuartillas del *Diario* y á quien revelan y descubren la alteza de su ingénio y las brillanteces de su pluma.

Estos,—me digo yo, no cediendo á los impulsos de una modestia convencional, sino hablando á sólas con mi conciencia, —son triunfos anticipados del trascendental pensamiento que, por un azar que aún no me explico, me ha tocado simbolizar; tan grande es la idea, que yo, *pequeño de cuarta clase* como afirmaba de sí el inolvidable Eulogio Florentino Sanz, me siento doblemente, empequeñecido; y me digo, en conclusión, esta verdad como un puño: yo puedo y debo ser discutido; el Ateneo es indiscutible; y recojo aquellos homenajes y los deposito, como suyos, al pié del ara, aún inacabada, de la naciente institución.

Sin que V. lo dijera, mi querido Franquelo, bien se adivinaría en sus ardorosos párrafos y en sus aspiraciones generosas, al antiguo sócio y sostenedor del Ateneo

matritense: los que allí hemos aprendido á estudiar y á meditar, dos de las funciones más altas del sér humano; los que hemos orado en aquel templo del saber, y nos hemos acercado á aquella luz intelectual deslumbradora, conservamos siempre, como honróso escudo del hogar solariego, algún destello de aquella luz, á la manera de reflejo en nuestra mente, y llevamos algo de aquel mundo de cultura en nuestra cabeza; por eso, las aspiraciones de los que aún *vivimos*, con el poder del recuerdo, en nuestra antigua *casa* de la calle de la Montera, son de la naturaleza de una sed infinita.

No puede ser de otra manera: allí ennoblecimos el entendimiento, bebiendo el saber á raudales,—aunque respecto de mí, cayera la semilla en tierra poco fértil,—en la elocuencia de nuestros hombres más eminentes, entre los que siempre descuella la figura simpática y bondadosa de Moreno Nieto, enlazado por vínculos de gloria á los más esplendorosos días de la inmortal institución: allí, ante aquella cátedra que consagraron Zorrilla y Campoamor, Núñez de Arce y Fernández y González, abrimos nuestro corazón y nuestro espíritu á los inefables secretos y á las no sabidas harmonías de la poesía y del arte; allí en aquellos caminos, abiertos á toda investigación, en aquellos espacios descu-

biertos á toda mirada indagadora, hallamos al fin el espacio soñado y la adivinada senda, en la mitad de la cual surgen ante el hombre, como ideales que le señalan el término, la ciencia con todas sus promesas, Dios con todas sus excelsitudes, la Pátria con sus grandezas todas, el arte con todos sus arrobos, marcando ese momento supremo y decisivo en nuestra vida, en que el alma se eleva á su Hacedor, asciende la inteligencia á las regiones de la verdad cognoscible, y se alzan el corazón al amor de la humanidad, el espíritu á las sublimidades de la idea, la sensibilidad á las esferas supremas del arte, y el pensamiento á las alturas de la Historia.

¿Cómo no he de querer yo, cómo no han de querer los fundadores del Ateneo de Manila que éste siga las huellas del de la Córte; que los estantes de su biblioteca estén rellenos con los libros de todos los tiempos; que el modernismo lo invada, con la lista larga de todas las revistas científicas, con todas las formas del progreso intelectual, con todas las conquistas del pensamiento humano, y que reine el espíritu más ámplio y generoso en sus discusiones.

Cómo V., mi ilustrado amigo, lo entiendo yo: me imagino á las veces, ya que he echado tan grave peso sobre mis débiles hombros, que estoy asistido de aquellos

entusiasmos, de la perseverancia y la fé aquellas que animaban al arquitecto ciego de *La bóveda*, del gran Herculano: sueño con el templo ideal, con el ideal palacio que quisiera erigir á la inteligencia y al saber en Filipinas, augusto y grande como nuestras góticas catedrales, custodio, en su ámplio seno, de todas las obras maestras del pensamiento universal, guardador de todas las luces de la inteligencia, ante cuyos destellos huyen dispersas y avergonzadas las negras nubes de los errores filosóficos que V. enumera, y bajo cuya cúpula inmensa hubiese espacio bastante, «abierto á todas las inteligencias, á todas las teorías y á todos los ideales». Es mas, sueño, á las veces, que al derribarse cimbras y pilares de la atrevida fábrica, el edificio perdura y la nave inmensa se sostiene.

Y habida cuenta de la distancia que separa el ideal de la realidad, á algo parecido aspira y llegará la institución naciente, á pesar de los pesimismos de toda clase y del indiferentismo de clase única que siempre han entorpecido el noble pensamiento; tanto que si no fuera por el calor y el entusiasmo generoso que han acogido la idea, repetiríase con el poeta, que

«el intentarlo sólo es heroismo;»

pero está de más hablar del intento en

donde existe la realidad pujante y la común decidida voluntad: como hay una gradación para todas las cosas, la institución naciente podrá no ser mucho, pero de seguro no descenderá á no ser nada, porque de este peligro está exenta toda fundación, cuyos asociados,—y no será V. de los últimos, mi excelente amigo,—deben bastarse, por su firme constancia y energías salvadoras, para alzarla sobre sus hombros, grande ó pequeña, alta ó modesta, pero siempre templo al saber, altar á la Pátria, culto al arte y asilo de las letras; arco de triunfo, en fin bajo el cual pase majestuosa la idea.

Sin menoscabar las ventajas de la polémica, aparte aquellos conceptos fundamentales que están fuera de discusión, entiendo yo,—y en esto expreso un parecer individual,—que es preferible, para la propagación de la cultura intelectual y los adelantos y progresos del espíritu, la útil cátedra del Ateneo, ocupada por ilustrados conferenciantes; exímios teólogos y sábios canonistas que, según V. dice muy bien, destruyan tanto error insano y tanta repugnante utopia como se viene señoreando del mundo; y á ese honor y á ese timbre aspirará la institución lo primero. La cátedra es la forma más adecuada de propaganda científica, la exposición serena del juicio, sin las perturbaciones de la lucha





RAFAEL CARRILLO

PARECE que era ayer, como se dice con frase vulgar por lo repetida é irreemplazable por lo sentenciosa, cuando se deslizaba la juventud de Rafael Carrillo, la de otros compañeros de la infancia que yá no existen, y la del que escribe estas líneas, en aquel macizo de flores, edén de las almas, pátria de la poesía y antesala del Paraiso, que se llama Sevilla. ¡Recuerdo imperecedero de tiempos mejores, que hoy penetra y se clava en el corazón á un tiempo como aguda espina y tenaz y dulce memoria, y como reconvención doliente de muertas venturas no bien saboreadas entonces, porque es condición de la felicidad que se la goce sin conocerla y se la conozca sin alcanzarla!

En verdad es cierta la célebre máxima de Jorge Manrique,

«Cuán presto se vá el placer
Cómo después de acordado.
Da dolor;
Cómo, á nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor;»

pero no siempre fué mejor, sólo á nuestro parecer, el tiempo pasado, como no siempre nos parece el mejor el suelo natal porque lo idealicemos con el amor y lo hermoseemos con la fantasía. No es, no, igual toda la tierra, ni son todos los tiempos iguales. No en todas partes hay aquel cielo que es una eterna sonrisa, ni aquel sol que es un incendio en las venas, ni el suelo aquel que es una primavera continuada, ni aquella luz que es una revelación, ni el arte aquel en que los siglos se recrean, ni aquellas mujeres, promesas de gloria en que se recrean los ojos, ni aquel ingenio soberano en que la ática sal, la fácil doñosura, la vibrante imágen y la no aprendida gracia, brotando en las inteligencias y en los lábios á la manera de chispas escapadas á oculto fuego, deslumbran como relámpagos brilladores. Ni hay nada de común semejanza entre la juventud que sueña y la edad madura que medita y gime, entre el tiempo de la ilusión vehemente y el de la realidad asoladora, de la promesa colmada y de la

lucha estéril, de la esperanza riente y del desengaño amargo. Aquellos tiempos, felices nos parecen al resplandor del recuerdo, no por pasados, sino porque lo fueron: estos que corren nos parecen tristes, no por presentes, sino porque sufrimos.

¡Bien hayan aquellos á quienes el tiempo presente les parezca mejor, ó contemplen como mejor el tiempo que fué, sólo por ser pasado! Esos no habrán luchado, esos no habrán sufrido; pero hay seres que no tienen otra herencia que el dolor, ni otro patrimonio que la amargura: sus menores contratiempos son largos infortunios; sus infortunios toman las proporciones de catástrofes: nacieron para luchar, sin que una sola vez les sonriera la victoria; nacieron para sufrir, sin que jamás la felicidad rozára sus sienes con alas embriagadoras; corren tras ella y cuando van á alcanzarla, caen sin aliento, con los pies ensangrentados, entre las asperezas del camino, ó se desploman en la tumba cuando tocan ya la victoria con las manos: y lo peor es que estos hombres, que estos séres suelen ser los que nacen á la vida con los trazos indelebles de la rectitud en el corazón, los anhelos de la gloria en el noble pecho, las excelsitudes del pensamiento en la frente, é infinita sed de justicia en el alma.

¿Necesito decir que estas líneas quieren

trazar la figura del que se llamó en vida Rafael Carrillo y Martos? ¡A él se refieren y su noble memoria las inspira! Aquel, más que amigo, hermano del alma, no existe ya, pero fué como estos vacilantes trazos le presentan; un carácter en esta época sin caractéres, una voluntad en estos tiempos de indecisión, una rectitud en estos días de anemia moral, un talento en esta era de triunfantes medianías: altivo como todos los fuertes, no quemó nunca el incienso de la adulación provechosa; enamorado de verdad jamás rindió homenages á la mentira, ni ofició nunca, mentido sacerdote, en los altares de barro en que otros rinden culto á los ídolos del medro; amó con temperamento de andaluz y pensó con cerebro de hombre del Norte: no parece sino que su ardorosa fantasía aprendió á soñar en aquellos prodigios de arte, en que la luz se quiebra entre arabescos y ajimeces, maravillosos calados y artesonados de oro, en el regio Alcázar hispalense; que aprendió á amar en aquellas noches luminosas en que parece que estallan besos y suspiros en la atmósfera caldeada por el estío en la ciudad del Guadalquivir, y en que se cruzan intensas miradas de eterno amor entre los astros lejanos en el espacio sereno y transparente, y que aprendió á pensar con rectitud y grandeza en las austeras líneas y la atre-

vida altura de naves, pilares, bóvedas y gigantes cúpulas de la gran basílica sevillana.

Y tan eximias cualidades fueron norma de su vida, tan breve como útil y honrada: aquella condición del soñar, transportó á su pluma, creadora de sentidos y notables escritos; aquella cualidad del pensar, llevó á su labor de funcionario, labrándose su nombre y un prestigio basados en el mérito sólido y verdadero y siendo honra y dechado del Cuerpo español de Telégrafos; y aquella condición del amar llevó á un hogar santificado por eternos vínculos, edificado por la perseverancia, la voluntad y el trabajo, engrandecido por la bondad de su alma y ennoblecido por aquel esposo modelo y aquel ejemplo de cariñosos padres; hogar hoy desolado, en que sollozan el dolor y la orfandad, de la dama virtuosa, sevillana también, que compartió las largas vicisitudes y las cortas alegrías del finado, y de los tristes hijos de aquel amor de toda la vida.

Tal era aquel hijo de la luz que ha venido á morir entre envidiosas sombras, lejos, muy lejos del adorado suelo natal, y aún más de la prosperidad y del triunfo que persiguió, tan tenazmente negados como merecidos, triunfo y halagos de que dudó siempre, como si un hondo presentimiento

se lo revelára: su nombre es un ejemplo, su vida una enseñanza; honor fué de la tierra en que nació, y hoy es honra de la tierra que ha recibido sus despojos; y por esta causa, no por estímulos del cariño que nos unió y del que se enorgullece el que esto escribe, álzase aquí su nombre á la sanción pública.

¡Pobre Rafael, pobre amigo y hermano del alma! ¡Un nombre más de un mártir del deber; un epitafio más en el desolado cementerio de mi espíritu! ¡Descansa en paz, en esa tumba que todos, errantes como tú y pasajeros en esta tierra española, tendremos que abandonar algún día! No necesitas elogios ni pomposos títulos en tu piedra sepulcral, sobre la cual estará descendiendo siempre una plegaria que cruzará, afanosa á través de los mares: el tiempo desgastará en ella tu nombre, tan digno de ser querido y respetado: ¡Lástima que entonces no aparezca, como grabada por invisible mano, otra leyenda que pocos sepulcros pueden ostentar: «¡Aquí yace un hombre!»



CONSEJOS A SUS HIJOS

ANTISÉPTICOS MILITARES

POR

D. NICETO MAYORAL Y ZALDIVAR

BIEN ha hecho el autor del libro, cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, en publicar una segunda edición de obra tan importante. No dos, sino muchas y numerosas ediciones debieran hacerse de esos libros que, en medio de la indeferencia y del descreimiento que nos invaden como mortal epidemia, vienen á ser á manera de enérgicos reactivos aplicados á un cuerpo enfermo, pero robusto y fuerte todavía, y como voz olvidada pero conocida que, al resonar en nuestro espíritu, tiene la virtud de elevarlo, y al descender al corazón tiene el poder de moverlo, y al vibrar en nuestra conciencia tiene la

potestad de sacudirla, y al penetrar en el santuario de nuestra apagada fé tiene la facultad de reavivarla.

Estos libros son raros pero, de vez en cuando, aparecen: en la llanura sin ideas que es desolación de nuestra retina y mísera obra de un rasero inconsciente y brutal que sueña con la nivelación absoluta, son las pirámides del pensamiento: poco importa que las rodée un esteril desierto de arena, porque allí irá el espíritu humano á buscarlas y admirarlas, á estudiar los secretos de su construcción y á descifrar las maravillas de su ingente altura; porque la humanidad, hoy como siempre y digan lo que quieran los pesimistas de toda laya, busca las obras que afirman y no los libros que niegan; no desciende á los llanos en donde la envuelvan las sombras anticipadas de la noche y lleguen tarde la luces del nuevo día; prefiere las alturas y las montañas, desde donde divisen sus fatigados ojos los albores del porvenir. Por eso detiénese al pié de esas pirámides de la inteligencia, no alzadas cual las del Egipto, como leyendas de muerte, por despóticos monarcas, para atajar la marcha de los siglos, sino como símbolos de vida y faros en el camino de los pueblos, elevados por los soberanos de las modernas dinastías del talento.

A este órden de libros pertenece el del

Sr. Mayoral: no se busquen en él esos artificios retóricos que suelen ser, en tantas obras no sentidas, inanimadas flores de trapo; su estilo es llano, pero lleno de savia; su forma es concisa, pero nutrida de nobles ideas; no hay en las hermosas páginas de su libro ese falso vigor que deslumbra con la rotundidad y la estudiada harmonía del período, pero sí la solidez del pensamiento robusto, y asi de ellas se desprende lo que pudiéramos llamar el perfume de un alma, y se adivina en ellas la vibración de un carácter. Para decirlo de una vez es de esos libros que hoy—¡dá pena confesarlo!—tanto escasean: es un libro sincero y honrado, y, como antes se consigna, obra de verdadera altura intelectual y de gran altura moral, porque, al pasar sus hojas, se recorre ese camino cuyo principio son las delineaciones del deber militar, cuyo desarrollo trazado está por el culto del honor, la religión del valor y el sacrificio; el concepto de la organización perfecta y de la misión histórica y providencial de la espada, y el ideal de la gloria—que para el soldado español deja de serlo, convertido como se halla en realidad permanente,—y cuyo término supremo es el engrandecimiento de la Pátria.

Dice un insigne escritor peruano, Ricardo Palma, formulando ingeniosa receta para hacer verso que basta formar lí-

neas de igual medida, colocar consonantes en las puntas, y en el centro poner talento: pues, bien; el Sr. Mayoral pone talento en todas las páginas de su libro, y aún pone algo más, porque pone corazón. Innumerables son las frases felices que esmaltan la obra, y por esta causa es imposible citarlas: imposible, asimismo, sintetizar el pensemiento fundamental del libro, por lo vario, intencionado y profundo: poco es decir, para intentarlo que, sin ideales, no hay posible engrandecimiento nacional; que sin organización militar no hay grandes pueblos; que sólo lo que podríamos llamar *disciplina moral,*—en que por igual entran el concepto del deber, el amor santo de la Pátria y el entusiasmo por sus gloriosos destinos,—forma los ejércitos victoriosos; que sólo el deber y el honor forman caudillos; que sólo el honor, incluyendo en él valor, subordinación y disciplina, forma soldados. Todo esto no daría idea precisa y completa de la obra, que es mucho más y más dice todavía.

Nos fijaremos en dos cartas, las segunda y tercera, que son, á nuestro parecer, el *alma mater* de la obra: el Sr. Mayoral no ha escrito un libro de combate sino de exposición de ideas y doctrinas, y de aquí su mayor ventaja, porque lo que pierde en pasión lo gana en fecunda serenidad de juicio: así, en la primera de las citadas cartas, expone,

á grandes rasgos, la misión de las armas; razón tiene el ilustrado autor al afirmar que la espada,—en los tiempos modernos señaladamente,—representa la justicia; la representó, asimismo, en lo antiguo, aunque espíritus superficiales vean sólo en aquellas guerras movimientos de la ambición y achaques de la barbarie: la barbarie y la ambición fueron sólo instrumentos de fines más altos, formas históricas de designios providenciales; cual lo fueron el castigo y la purificación de corrompidas nacionalidades. Los pueblos no sucumben por su grandeza sino por el olvido de las virtudes.

¡La ambición!... bien hace el autor en maldecirla, y por lo que se refiere al ejército, consignar esta frase hermosa por lo espartana: «Mereced los ascensos antes de desearlos» frase elocuente que todo lo sintetiza: la ambición es una forma de la impaciencia suprema, y como desordenado apetito, reñida está con las serenidades de la conciencia, que es, á un tiempo, la rectitud del corazón y el sentido del alma. Ha dicho un escritor célebre que Dios ha dado la paz á los muertos y la pasión á los vivos, pero es que hay pasiones honradas y nobles, y otras que no lo son: la ambición no puede ser honrada; si la honradez la inspira, entonces es la emulación serena que sigue la estela de aspi-

raciones legítimas, y esta es su forma noble en los paises organizados en que el mérito es un poder y la virtud una fuerza; si es ambición á solas, senda es obscura y por lo comun, criminal y su trazo se observa en los pueblos perturbados por hondas tempestades sociales.

Tal es el libro del Sr. Mayoral, á quien sinceramente felicitamos; consideramos la obra tan importante y útil, que quisiéramos que no faltase un ejemplar en la biblioteca de cada oficial y jefe, y aún en el bolsillo de cada soldado, y cuenta que hoy todos somos soldados en el ejército de nuestra reorganización nacional.

«La Pátria dice ¡vence!»—según la frase del Sr. Mayoral,—á sus caudillos y soldados: no es extraño; de tal suerte esta acostumbrada á la victoria. ¿Ni qué otra palabra ha de decirse á un ejército que tiene caudillos como el ilustre y heróico á quien la obra está dedicada y jefes como el autor de las hermosas páginas que han motivado estas líneas!



EL P. CLEMENTE

DE esta afectuosa manera—y es acaso su mejor elogio,—todo el mundo nombra en Manila á nuestro respetado y querido amigo el Excmo. Sr. D. Manuel Clemente, dignidad de Chantre de esta Santa Iglesia Catedral, que, llegado no há muchos meses de la Península, á donde le llevaron exigencias de su salud quebrantada, de nuevo vuelve, y por igual motivo, al querido suelo natal, á bordo del trasatlántico *Isla de Mindanao,* que mañana abandonará nuestro puerto.

El P. Clemente es una de las figuras al par más salientes y más simpáticas de Manila: su nombre es popular en esta *Perla de Oriente*, pero no con esa popularidad que tiene dejos de familiaridad humillante y asomos de disimulado desdén público, sino con esa otra popularidad difícil y enaltecedora que alcanza tan contado número,

como que representa el respeto que se transforma en cariño, y el cariño que participa de la admiración, y estos son tributo únicamente rendido en los altares del talento y del saber á aquellos séres privilegiados que, á donde quiera que dirijan sus actividades y cualquiera que sea el escenario en que desarrollen su vida útil para la virtud y para el bien, simbolizan siempre el peregrino conjunto de una gran inteligencia y de un gran corazón.

Y no brotan, más que de nuestra pluma de nuestra alma, estas frases, por dictados de una amistád que nos honra y es inquebrantable ni á impulsos de la pena que nos embarga al verlo,—y ojalá que no sea de manera definitiva,—partir de nuestro lado; nó, en manera alguna: tributo de parca justicia son nuestras palabras, que más merece y mayor ha de tributársele cuando, en las lejanías del tiempo y en las proporciones de perspectiva de la ausencia, resuene, en toda su plenitud su nombre ilustre, y se agrande, en toda su amplitud, su noble figura: cuando se cierre el balance de este período perturbado, en que los ecos de la lucha apagan los clamores de la verdad, y lea Filipinas, en ese libro de historia contemporánea que tiene escrita una página en cada conciencia, los grandes servicios que debe y las impagables cifras de gratitud deudora que tiene á su cargo con-

traidas, hácia los hombres eminentes, que, dejando huellas de luz, pasaron por su suelo.

Tributo es de coartada justicia el que rendimos á nuestro insigne amigo, cuyas altas cualidades son tan reconocidas que pasan en autoridad de cosa juzgada. Sacerdote modesto y sencillo; de jovial y amena conversación, tras la que se esconde un espíritu reflexivo y sério; severo en observar y prudentísimo en el consejo; caritativo sin ostentación; de carácter expansivo ni radical ni ecléctico, pues lo oportuno y lo posible han sido la ley de su vida; de ilustración vastísima, y amante de los libros excelentes que tuvo siempre á disposición de sus amigos en su copiosa biblioteca, compuesta de notables obras de Teología y Filosofía, Historia y Literatura; dotado de singulares talentos y de elocuencia conmovedora, su vida y sus actos constituyen una enseñanza y un ejemplo: Dios sólo sabe, porque el P. Clemente acostumbra olvidarlos, los favores dispensados en silencio, las lágrimas que la caridad enjugó por medio de sus manos; imposibles de enumerar los beneficios que en el órden intelectual y moral, le deben los adelantos de este pedazo de tierra española, que él ama con todo su corazón de español y de sacerdote é imposible, asímismo, relatar los bienes del espíritu y los fecundos entusiasmos sembrados por su pluma

erudita de escritor y crítico y palabra admirable, puestas siempre al servicio de las grandes ideas y de los fines evangelizadores. Todo el mundo recuerda, de cuantos quedamos en Filipinas de aquel tiempo, el hermoso sermón pronunciado en las honras fúnebres conmemorativas del gran patriota D. Simón de Anda: nadie habrá olvidado la soberbia arenga con que inauguró los certámenes celebrados en el Centenario del descubrimiento de América, y aún repercute en nuestros oidos la peroración magnífica pronunciada en la bendición de la bandera de la entusiasta Guerrilla de San Miguel.

La hoja de servicios del ilustre sacerdote, no es, por lo brillante, para formulada á la ligera, ni cabe, por extensa, en el espacio de que disponemos. Anotaremos los más señalados. Llegó á Filipinas muy jóven, con todos los entusiasmos de un alma apasionada de las grandes ideas de Religión y Pátria aquí terminó sus estudios y obtuvo el grado de doctor en Teología, recibiendo después las órdenes sagradas: en 1871 fué nombrado Rector del Colegio de San José, fundado por los Jesuitas y que, desde la expulsión de estos piadosos varones, dependía del Gobierno general: allí, adelantándose á los tiempos, preparó el proyecto de convertir la institución en Escuela de Artes y Oficios, pen-

samiento que no pudo realizarse por haberse destinado las rentas del Colegio al sostenimiento de las Facultades de Medicina y Farmacia creadas en la Universidad de Sto. Tomás: ha pertenecido nuestro respetable amigo á casi todas las Juntas oficiales que secundan al Gobierno en la gestión civilizadora de este país; á la de instrucción pública, á. la que dirije el benéfico Colegio de Sta. Isabel, en que dió nuestras gallardas de sus conocimientos pedagógicos, adquiridos en la Escuela Normal Central de Madrid; y á las del Hospicio de S. José, Hospital de S. Juan de Dios, y superior de cárceles.

Tan preciada labor fué recompensada en 1877 por el Gobierno de S. M. con la gran Cruz de Isabel la Católica.

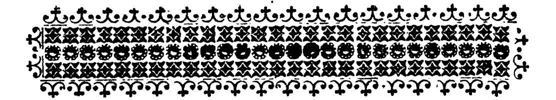
En unión del P. Martínez Vigil, sábio dominico, actual obispo de Oviedo, cooperó, con su gran saber literario, á la celebración del aniversario de Cervantes, que, por primera vez, se verificó en Manila el año 1876. Ha sido el P. Clemente dos veces Director de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Pero donde demostró todas las aptitudes y variedades de su talento fué en la Presidencia de la Comisión directiva de la Exposición Regional Filipina: en este gran certámen del trabajo y la industria, magna empresa cuya importancia y alcance se apre-

ciarán en todo su valor cuando el tiempo y los prestigios del recuerdo le presten su aureola, unió su nombre al insigne de D. Angel Avilés, sólo por tal obra, si otras no tuviese, de imperecedera memoria en este suelo, y aumentó y consolidó su reputación, mereciendo su nombramiento de Consejero del de Administración de estas islas, á cuyas deliberaciones ha llevado el concurso de su voluntad incansable, de su ilustración no común, de su inteligencia poderosa y de su elocuente palabra.

Nos falta espacio para continuar, porque mucho nos queda por decir. Lleve nuestro querido amigo próspero viaje y haga el cielo que halle en la tierra natal alivio á sus dolencias y el reposo que debe ser premio justo á tantos merecimientos; y al alejarse de este pedazo de la Pátria, al que un disculpable egoismo nos hace desear su regreso, abrigue el convencimiento firmísimo de que aquí deja inextinguibles afectos, recuerdos imborrables, huella imperecedera de su paso y un nombre esclarecido.





LA MUSA Y EL POETA

POEMA DE

D. JOSÉ TORAL

DE los escritores que empiezan hay que considerar, más que las primeras obras, las que, seguramente, han de seguirlas; más que lo realizado, lo que se revela que ha de realizarse, cuando las flores, como sucede á muchos árboles, se conviertan en frutos sazonados: lo qne entonces pierden las producciones literarias en frescura, gánanlo en intención y profundidad, á la espontaneidad la perfección sucede, y á las brillanteces de la imaginación, no siempre contenida en los que, andando el tiempo, serán sus límites, el sereno reposo de las ideas.

Las obras primeras de un ingenio, son las primeras de un talento.

Lo que hay que ver es si esas flores tienen perfume propio: si vienen á la vida con desmayado color y galas efímeras, como sucede las más veces con esos versos que son común patrimonio en época determinada de la existencia, cuando las ilusiones llaman, al pasar, en todas las puertas, en cuyo caso constituyen aquellas manifestaciones del espíritu un pasajero accidente de la juventud; ó si en sus hojas encendidas, en el apretado botón en que las semillas duermen y en su resistente lozanía, se revelan las riquezas de la savia fecunda, las esquisiteces del penetrante aroma y las exuberancias de una vigorosa generación.

No podía sustraerse en absoluto, á esta ley general, el jóven autor de *La Musa y el Poeta;* pero las flores de su ingenio pertenecen á la última especie, tienen color y perfume, ostentan gallarda lozanía, y en el botón del poema hay abundante semilla, siendo lo más raro que coexisten en la obra, por privilegio que no todos alcanzan, esas flores de juventud, con frutos sazonados y maduros que al mismo tiempo brotaron; y es que, en arte, se da á veces el caso de organismos intelectuales que en sí llevan la contradicción y peregrina antítesis de un corazón jóven y un juicio viejo.

Habrá quien eche de menos una enumeración de defectos; tiénenlos, por regla

sin excepción, todas las obras humanas, y en mayor número las obras primeras de un autor; podrá notarse en el poema de Toral un cambio frecuente de asonancia y metros, que acaso quebrante la unidad rítmica, una repetida terminación aguda de versos, que tal vez perjudique y rompa la harmonía; pero no dejan lugar á detenerse en estos lunares, condiciones de valía que los anulan porque los exceden y superan; ni esos lunares deben importar gran cosa al jóven poeta, porque pertenecen á los que el ilustre Campillo achaca á exceso y no á defecto de cualidades literarias; consiste lo último en pobreza intelectual, y está muy léjos José Toral de esta dolencia incurable, como lo está quién en posesión se halla de la inteligencia que impulsa, de la inspiración que sostiene, de la constancia que vence y del talento que llega.

A estas cualidades que llevan al triunfo, por el camino de la perseverancia y del estudio, une otras de no menor importancia el autor de *La Musa y el Poeta:* es creyente en medio de un mundo de dudas y tibiezas; ama, en una época de positivismo febril y de aridez de las almas; espera, sustrayéndose al contínuo espectáculo de las impaciencias y de las inquietudes que son el carácter distintivo de los actuales tiempos; sueña, entre una lucha real,

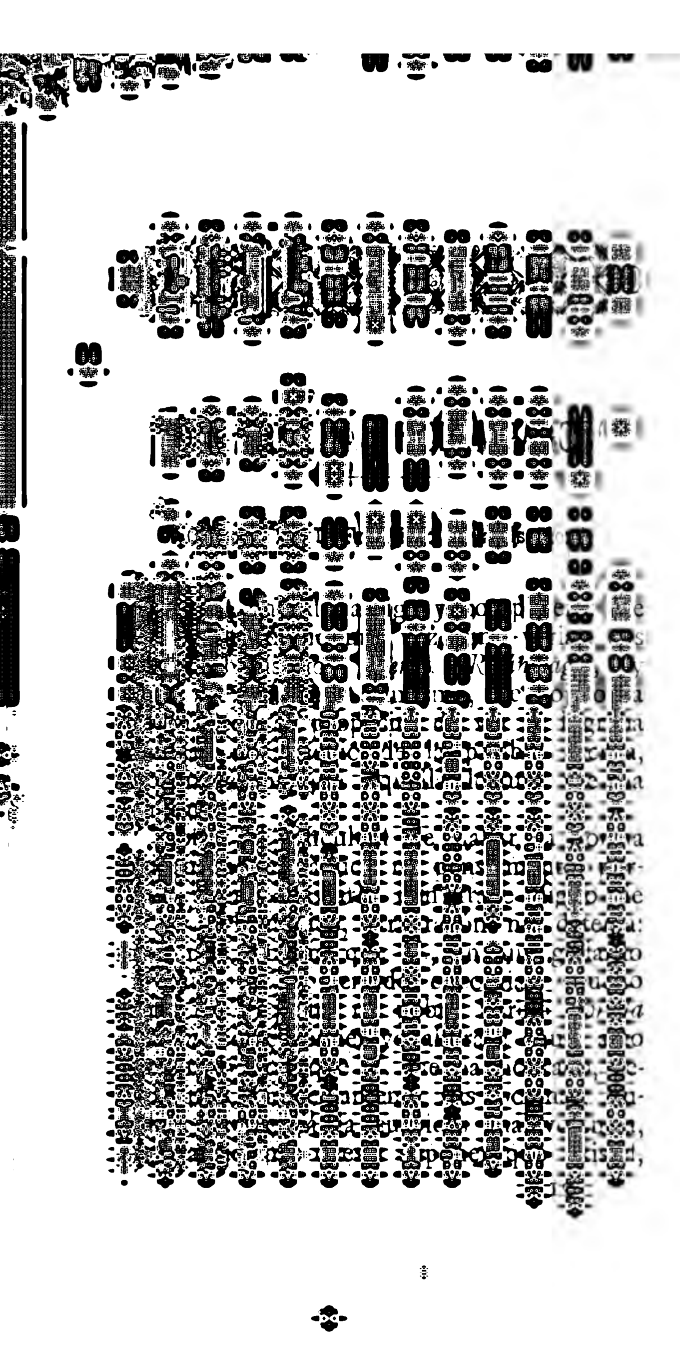
y tenacícima de intereses ciegos; vive, por último, enamorado del ideal, cuando fijos todos los ojos en la tierra, son tan contados los espíritus que alzan al cielo su mirada, para «construir su catedral en las nubes que pasan.»

¿El asunto del poema?—No es preciso reseñarlo; léanlo los aficionados á la poesía y los amantes de la belleza; además,—ya al comienzo de estas líneas lo he dicho, —con ser tan inspirada su obra, el autor la obscurece con las promesas de su ingenio; tiene alientos y porvenir, así que si promete mucho por lo que vale, aún vale más por lo que promete. El poema es un perfume de juventud; de esa juventud pasajera que para ocultar al hombre la felicidad suprema que en si contiene y que, una vez pasada, no volverá,—ocultación piadosa para hacer menos violenta la transición á los sinsabores de la edad madura,—todo lo exagera, y, convirtiendo granos de arena en montañas altas, ve en el primer dolor la más grande catástrofe, una agonía en el primer suspiro, la huida de las ilusiones en la amargura, primera y el primer desengaño, y el fracaso del corazón en la primera contrariedad amorosa. Fenómeno es este singular y repetido, sin embargo, en la fantasía de los poetas en en esa primera juventud: ser venturoso y considerarse infortunado; hallar amarga, en

el primero dulcísimo sorbo, la copa de los placeres; creer herido el corazón para siempre y para siempre tronchada la existencia, cuando precisamente llama á las puertas de su dolor soñado, con aldaba de oro, la plenitud de la vida, de la pasión y de la gloria.

Pero no debe lamentarse ese estado de espíritu del poeta, que enriquece las letras con hermosas obras por todos celebradas y con gusto leidas; ni debe sentirlo el autor de *La Musa y el Poeta*, que, con su primera inspirada obra con cuya dedicatoria tanto me ha honrado, ingresa en aquellas gloriosas filas, conquistando, en sus comienzos, un nombre distinguido.





—movimiento de gratitud, no exento de parcialidad ó divorciado de la justicia, despojando esta sospecha de todo valor á mis palabras, que ya lo tienen tan escaso. Lo menos que dirán,—se me ocurría,— es que el autor de los *Poemas Relámpagos* y yo, nos halagamos mútuamente con un cambio de aplausos; pero en el mismo momento una respuesta satisfactoria á suposición semejante, ahuyentó mis temores y disipó mis dudas: sólo podrán decir eso, aquellos desgraciados que no tienen nada que cambiar.

Además, los poemas de usted se bastan para responder á todo victoriosamente: ni es culpa mia haber sentado plaza, de muchacho, en los ejércitos del entusiasmo, siendo ya muy tarde para desertar de sus filas: en ellas continúo, como es natural y sin que á nadie le sorprenda, porque á mi tampoco me sorprende, de soldado raso, ya zaherido de visionario, ya motejado de optimista, de esos que se forjan la verdad á la medida de sus sueños, pero con la vista siempre en la altura, el espíritu rindiendo culto único en los altares del ideal, dispuesto siempre á toda lucha del pensamiento, que enaltezca el arte y envuelva todos los respetos de esa religión de las almas bien templadas, sin reconocer ni acatar otros entorchados que los del talento, y repitiéndome, con in-



la ira en los ojos, la envidia en el alma y la frustrada mordedura en los lábios; esto veo más allá de los poemas de V., porque le contemplo á V. en resuelta marcha á la conquista del porvenir: para suscitar esos obstáculos bastan, asímismo, sus poemas: ¿no hay en ellos versos gallardos, imágenes hermosas, pensamientos brillantes, idea y forma, nervio, carne, sangre y músculos, sin los cuales no hay drama, ni siquiera idilio, ni personajes, ni realidad, ni vida? Pues no puede faltarles el aplauso de la negación. Hasta en el nombre ha tenido V. una intuición peregrina: *Poemas relámpagos* les llama V. sin duda por lo breves, pero este título resulta de más propia significación, porque lo que en ellos se observa es el relampagueo de la inspiración, que se confunde, hasta ser el mismo, con el relampagueo de la gloria.

Hay una frase que, en fuerza de gráfica, ha pasado á ser castiza; cuando un hombre vale, suele decirse: *ese es de los que llegan;* el común de las gentes, sin ser el vulgo, no admite que un hombre que vale no pueda llegar: como es natural, esa frase se dice de aquellos que tienen fisonomía literaria personal y propia: es en vano estudiar el arte, si no late en el fondo del alma; es inútil que lea los clásicos el que no tiene nada que leer dentro de sí. Pues bien, si aquella frase no se aplica á V.

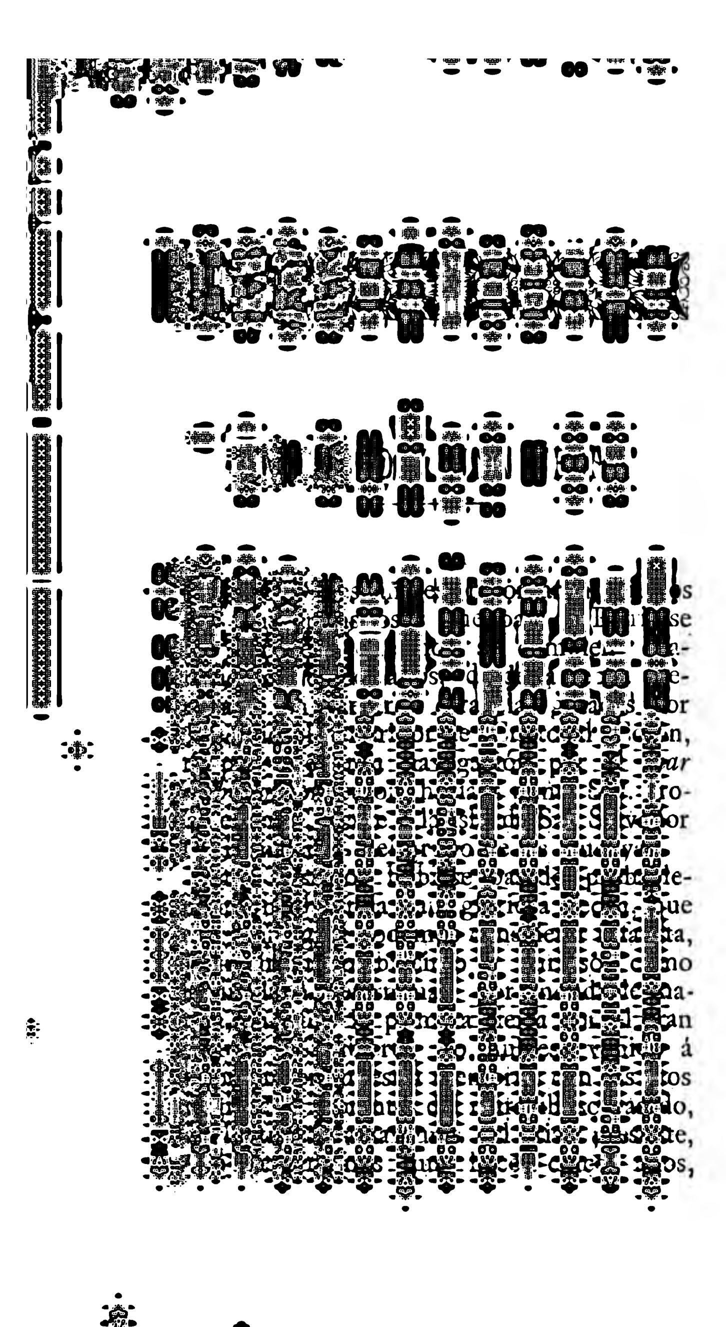
no sé á quien, con mayor razón, aplicarse: hay en sus versos deslumbramientos de luz, brillanteces de forma, sentimiento del color, fulguraciones de ideas, derroches de bellezas y adivinaciones de esa línea, sin solución de continuidad, de ese hilo de oro cuyo término es lo infinito; porque no hay para el arte columnas de Hércules, ni limites, ni llegada, como no los hay en el planeta, desde que borró Colón, con su gloria, el *No hay más allá*, en la conciencia de los pueblos, y con la quilla de sus bajeles en la verde espalda de los mares. Hay, sin embargo, en arte, un medio para llegar: estar pensando contínuamente en que no se ha llegado.

No terminaría, y por eso hago aquí punto, si fuese á escribir cuanto me ha inspirado la lectura de sus brillantes poemas, por los que le envía el parabién más cumplido y un buen apretón de manos su amigo y compañero que le quiere y le admira.

CÁRLOS PEÑARANDA.

Manila, 28 de Octubre de 1897.





mientras las naciones todas, por España convocadas, congregábanse para conmemorar el cuarto centenario del más grande acontecimiento que presenciaron los siglos, cual es la restitución de un mundo á Dios, á la humanidad y la Historia, preparábanse y se concertaban en las sombras, allá en los ingratos campos de Cúba, la perfidía más negra y la traición más nefanda contra la misma sagrada bandera que ostentaban en su gallarda popa los tres épicos bajeles que fondearon en el puerto de Gibara el 28 de Octubre de 1492.

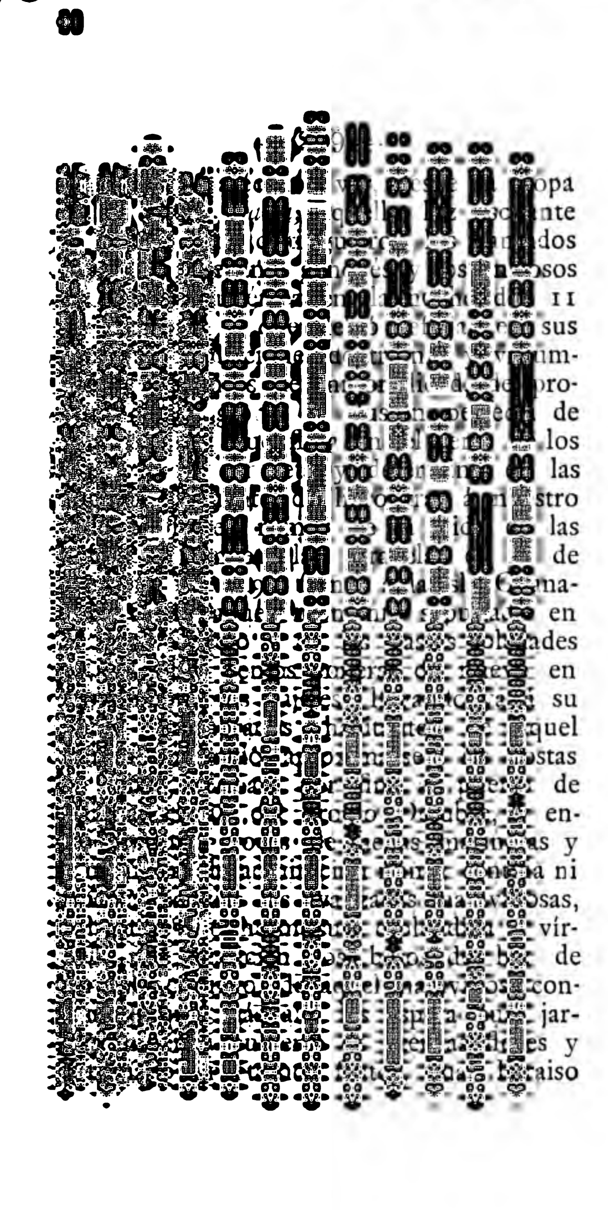
En la obra citada, de que su autor ilustre nos ha honrado con un lujoso ejemplar, se dilucida como el título del libro indica, cuáles fueron *Las primeras tierras descubiertas por Colón*: su autor el Contra almirante Sr. Montojo, que hoy se halla al frente de las fuerzas marítimas del archipiélago, consagra á asunto de tal monta para la historia nacional, concienzudo estudio; patentiza, con dialéctica concluyente, reconociendo los aciertos, los errores en que, acerca del punto objeto de controversia, han incurrido historiógrafos españoles y extranjeros de tal resonancia y nombre como Herrera, Gomara, Muñoz, Navarrete, Campe, Humboldt, Leyva, Armas, Markham, Bossi, y otros; y mediante un análisis incontestable del extracto hecho por Las Casas del Diario de Colón, y un detenido exámen

de la famosa carta del piloto Juan de la Cosa, estableciendo los cálculos todos de horas de navegación, rumbos, millas recorridas, intensidad horaría de las corrientes, influencia de los vientos, naturaleza de los puertos y configuración de las tierras visitadas y descritas, demuestra, con tanta claridad y fuerza tal de evidencia que no queda lugar á duda, que la primera isla descubierta por el insigne marino genovés, fué la de Guanahani, que hoy lleva el nombre filibustero de Watling, y el primer puerto de Cuba visitado por las tres naves históricas, el de Gibara.

Acompañan á la obra, como apéndice, un cuadro genealógico de los ascendientes y descendientes del *primer Almirante de las Indias*, y láminas que contienen la carta moderna de las Lucayas, famosísima hecha en 1500 por Juan de la Cosa, una que comprende parte de aquella islas y de la costa más próxima de Cuba, con los derroteros seguidos por Colón, y otra, por último que contiene el trazado de las derrotas de Colón según varias autoridades, al aproximarse á las tierras descubiertas: un cróquis de la isla Watling, con indicación del paraje en que se supone que fondearon las carabelas; un trozo de la carta de las Lucayas; de la *Historia de las Indias* de Herrera y parte de una carta del Atlas universal de Le Testu.

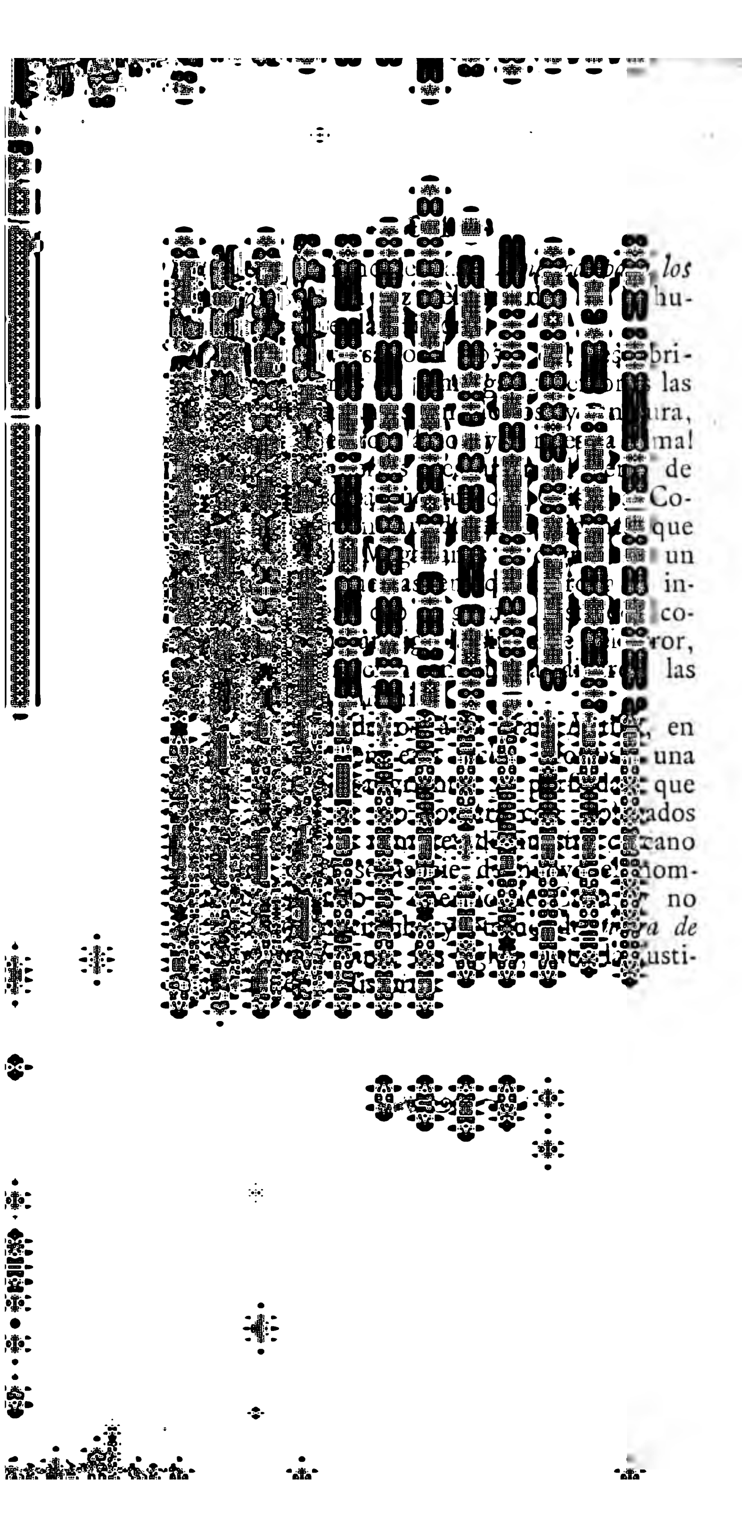
Bastarán estas indicaciones para dar una idea de la importancia de la obra, llamada por su autor *ensayo crítico,* cuando es una acabada crítica histórica, y por tal la reputó el gran estadista recientemente asesinado en Santa Agueda, haciendo que se publicase á expensas de la Junta del Centenario, para distribuirla profusamente con ocasión de las fiestas celebradas en Huelva en 1892.

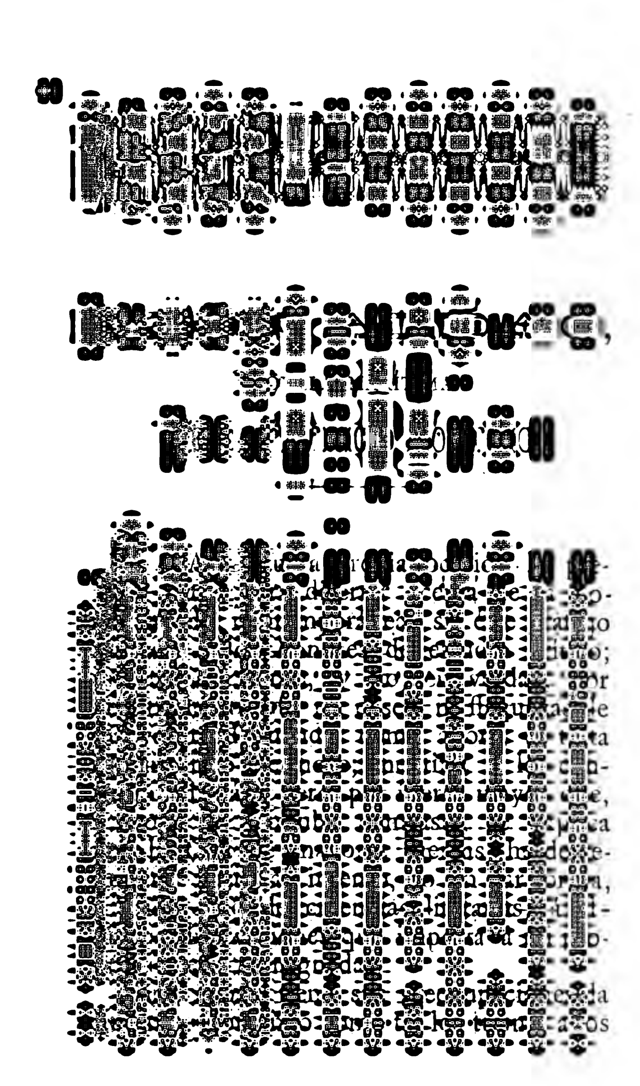
La circunstancia misma de haber omitido hábilmente el autor en el libro, toda frase que pudiera traducirse por destello de entusiasmo ó por explosión de sentimientos sugeridos por la imaginación no obstante rozarse cada línea con un heroismo, una grandeza nacional y una gloria deslumbradora, ciñéndose, por el contrario, á la escrupulosidad de la indagación histórica y al severo lenguaje de la verdad, dá á las interesantes páginas clarividencias de certidumbre y espejismos de realidad viviente. Ante aquel exámen minucioso de los hechos el espíritu afirma que así debieron pasar y que no pudieron pasar de otra manera: sentirse parece el rumor de las cortantes proas de las carabelas dividiendo las atónitas aguas, cuando el descubridor egregio notó, por vez primera, en medio de la inmensidad de los mares y sin que su grande alma se inmutára, la hasta entonces desconocida desviación de la aguja



nuevo reservado á nuestra gloria y destinado á la humanidad en horas solemnes y grandiosas del porvenir, y entre cuyos árboles seculares, gigantes frondas y macizos de rosas irisadas, se desliza rastrera la serpiente de la ingratitud, de inflexibles anillos, pronta á enroscarse en nuestro cuello.

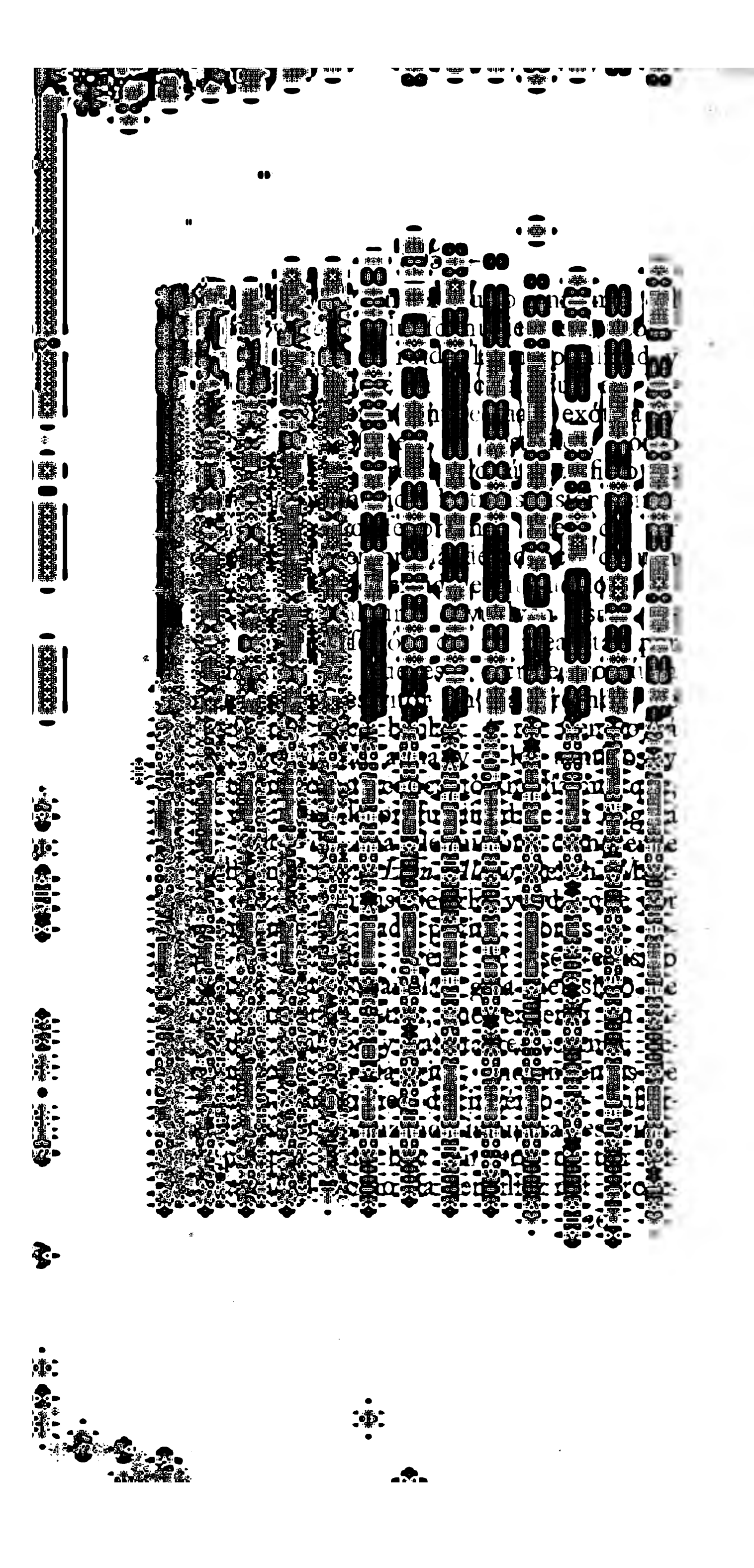
Imposible en aquellas horas de gloria abrigar tan dura sospecha: imposible prever que en el transcurso de cuatro siglos se realizáse el absurdo histórico de convertirse el hecho más sublime, el honor más insigne, no ya de España, sino de la humanidad entera, porque casi excede los límites de lo humano, en motivo de inacabables desdichas, el amor en odio, la caridad en guerra, el supremo bien en ingratitud horrenda, la fé del creyente en la desesperación del réprobo, y las armas de la civilización allí aportadas por la nación descubridora y evangelizadora, en puñales traidores vueltos contra la civilización al volverse contra la Pátria sagrada, Imposible sospechar entónces que, andando los tiempos, un falaz extranjero, hallando la más suprema fórmula de la codicia envilicedora y de las pequeñeces todas del egoismo internacional, levantando murallas divisorias entre los hombres en el imbecil sueño de separarlos en vez de unirlos, no ya profiriese, que es elevado concepto, sino





últimamente transcurridos,—ha venido pagándose del prurito de las obras trascendentales: el *trascendentalismo en el arte*, frase por el uso consagrada, ha tenido en sus manos por tan largo tiempo, el cetro de la moda: estéticas doctrinas, por igual mal entendidas y propagadas, y, no menos, deslumbramientos de sugestiva originalidad, y el imperio, siempre despótico, de lo nuevo, desviaron el arte de su camino único y malgastaron poderosos talentos: atentas sólo aquellas teorías á convertir la genial soberanía de las letras en análisis de temperamentos,—lo que tambien se llamó estudio del *documento humano*,—ó en pizarra de instituto de enseñanza, en que habían de resolverse abstrusos problemas algebráicos, ó bien en clínica médica, en que debía observarse el raro caso patológico, y con preferencia, la hereditaria neurosis, mostrando, ante los ojos del público, con todas sus repugnancias y crudezas, y como mal incurable, propulsor de la atada voluntad y fatal orígen de las acciones humanas, el miserable órgano lesionado.

Tan equivocada *tendencia,* como, asimismo, se decía, tuvo á su devoción grandes ingenios, dramáticos, poetas y novelistas insignes, honra del arte y gala de las letras contemporáneas, que conmovieron las conciencias y dejaron huella du-



dimiento, ni tan interesante como la viveza de la narración, ni tan trascendental como la belleza. La primera condición de un libro de amena literatura, según la gráfica frase de escritor eximio, es ser ameno, y en tal grado reune *Leon Aldao* las cualidades diversas que constituyen tan peregrina condición, que el que comience su lectura no soltará el libro de la mano hasta llegar, interesado y ansioso, á la página postréra.

La amenidad, forma suprema del interés literario de la narración, á que en vano aspiran celebradas novelas de tediosa lectura, es la primera cualidad, pero no la única, del libro del Sr. Montojo: obra de la juventud del autor, las sentidas páginas que la forman, vieron la luz, en una primera parte, el año 1887, y en su segunda parte, que comprende el desenlace y la conclusión, posible es que hubiesen permanecido inéditas, quedando el libro inacabado, si un amigo del ilustre marino, amante de las letras, mi querido paisano el Sr. D. José Clavet, no hubiese,—prestando á éstas señalado servicio,—tomado á empeño publicarlas; y en verdad, que ese ambiente de juventud se aspira en ellas, porque el autor no ha querido, sin duda, desfigurarlas, como hacen tantos, sobrecargándolas con las prolijas y, por lo común rebuscadas correcciones de la edad madura; y ha procedido

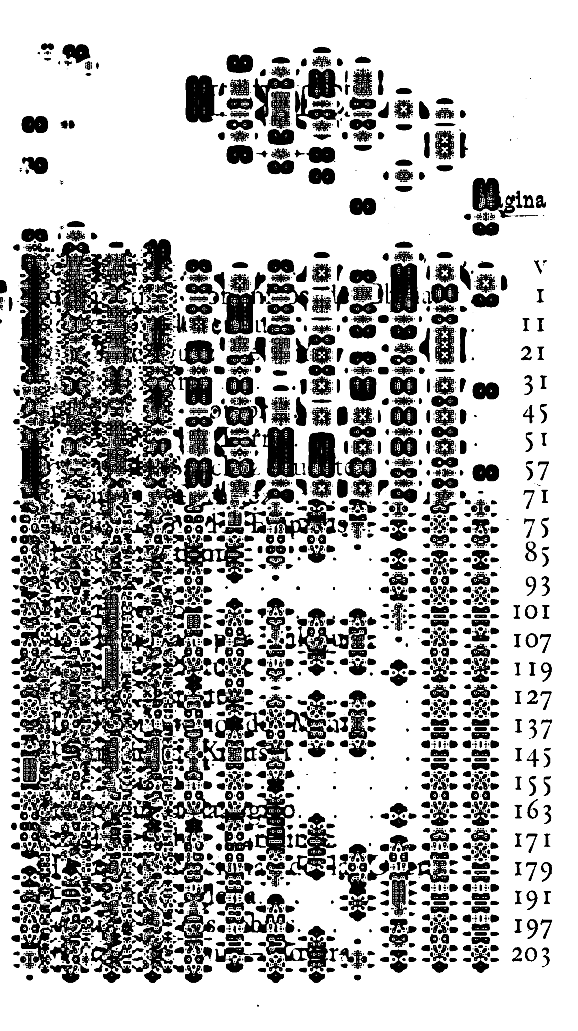
[illegible]

ideal figura de Clara Atkins, que fija, en cielos más puros, los destellos nacientes del amor verdadero; y coexisten con estos afectos, que son á veces impresiones que pasan, malogradas unas, extinguidas ó persistentes otras, como acontece sin excepción casi al pisar los umbrales de oro de la juventud, el sensual recuerdo de la pasada y fácil ventura, en la agraciada Paulita, y la desviación acre y punzante, en tal edad por lo común disculpable, que representa María, la tentadora, la mujer ardiente que en toda pasión elevada es como temible prueba que se interpone y nos subyuga y avasalla contra las protestas de la voluntad y los propósitos renovados, y siempre destruidos, simbolizando sólo el incendio de los sentidos y las violencias del deseo.

Estas imágenes viven, palpitan en el libro, por el que felicitamos sinceramente á su autor; realidad ó ficción ó mezcla de ambas cosas, en sus páginas, se agitan y se mueven como arrancadas de la escena del mundo y sorprendidas en los tumultos de la pasión y de los encontrados intereses que provocan y explican, las acciones humanas. Pérdida es para las letras españolas que el insigne marino no haya hecho ó no haya podido hacer su ocupación del arte, y profesión de su pluma, pues á juzgar por las brillantes muestras,

de tan opuesto género, como *Las primeras tierras descubiertas por Colón* y *León Aldao,* era senda en que le aguardaban muchos aplausos y laureles. Y respecto de la segunda, ocurre pensar, sin incurrir en el pecado de indiscreción, que cuantos leyeren la hermosa y sentida novela, verán resurgir, á pesar de su aparente desaparición en el epílogo, la imagen del Teniente de Navío, *inmediato* del «Jorge Juan» hácia el año 1862, y refundirse en la figura simpática y caballerosa de un general ilustre que ha unido, completando unos con otros en suma gloriosa, á señalados triunfos en las letras, recientes y hazañosas victorias de la espada.





Pagina

Página

